



DESDE EL FONDO DE MÍ

Argenis Gadea



EDITORES



EDITORES

DESDE
EL FONDO
DE MÍ

Argenis Gadea
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798533495394

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Ilustración de la portada:
Orlando Urdaneta

Corrección:
Alirio Hernández

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

DESDE EL FONDO DE MÍ

Argenis Gadea

Para Maya

*La vida es un cuento contado por un idiota, lleno
de ruido y de furia, que no tienen ningun sentido*

Shakespeare

I

A pesar de haber declinado la propuesta, lo estoy haciendo. Siguiendo los consejos de Mariana en cuanto a emprender este diario— pues a ella le parece una buena terapia — he comenzado a escribir, aun cuando sospecho que esto no va a seguir. Es domingo, y espero que regrese Oliver de casa de sus padres, salvándome de ver y escuchar la voz de Candy, su madre. (No me parece práctico un diario, lo veo como algo estúpido, pero tras la insistencia de Mariana, aquí estoy, haciendo lo que jamás llegué a imaginar que haría).

Como de costumbre, está lloviendo, algo que detesto desde niña. En ocasiones siento que no soy de este país, y detesto el cielo gris también, pero no lo manifiesto. Siempre espero ansiosa que llegue el verano, pero cuando llega, solamente me simpatiza los primeros días; después lo detesto tanto o más que a la lluvia. Siempre estoy en constante juicio sobre absolutamente todo, quizás sea la razón del empeño de Mariana en que comenzara esto. Mariana es mi mejor amiga, no sé qué sería de mí sin ella, nos conocemos desde niña. Siempre fue más madura que yo, portando constantemente una elegancia aristocrática.

Increíblemente, el vino me sabe diferente hoy —me quedará acaso para una copa más— y ya va entrando

el mediodía. No tengo ninguna intención de cocinar, tomaré un pedazo de queso y algunas uvas, y con eso me bastará para almorzar. Y como si pudiera ver el futuro, veo llegar a Oliver, lo escucho comentar sobre las personas que vio en el tren, mientras se quita la chaqueta y los zapatos, prende el televisor y deja caer su cuerpo en el sofá, hasta la seis de la tarde, para después tomar su móvil y ordenar *Indian food* (comida que detestaba pero con el tiempo me acostumbré a sus especies, todo para complacerlo), ver el mismo programa de televisión, sentir cómo me acaricia la pierna un par de veces, me da un beso en la mejilla y nos vamos a la cama sin hacer ningún tipo de actividad sexual. Después de todo esto, despertar el lunes y comenzar la misma rutina de todas mis semanas: ir a trabajar a un lugar que detesto, y para arruinar un poco más el día, seguramente, cuando salga de mi casa, comience a llover —desde que llegamos a *Stockwell* empecé a trabajar en una maldita librería; le digo maldita porque realmente pienso que está maldita. Tengo seis años trabajando y no he podido conseguir otro trabajo, los primeros meses me mantuve positiva creyendo que era algo temporal, pero se ha transformado en seis malditos años.

Trabajo de lunes a sábado de nueve de la mañana hasta la cinco de la tarde. Siento que pierdo mi tiempo en esa maldita librería, pues detesto leer, detesto los

libros, detesto a la gente estúpida preguntando por autores mediocres, y la única parte que no detesto de mi trabajo, es cuando llega el precioso momento de cerrar, y salir de allí.

Como toda una futuróloga, puedo escuchar la alarma de mi despertador sonando a las seis de la mañana, despierto y tomo un baño de agua tibia, preparo una taza de café, plancho la misma camisa de Oliver de todos los lunes, eligiendo la misma corbata del día, mientras Oliver lucha para levantarse. Preparo el desayuno, me visto, y como es normal todos los lunes, me decido siempre por la blusa azul no muy descotada. Me despido de Oliver, como siempre, en la puerta de nuestro edificio, con un beso olor a café; emprendo camino hacia la librería y empiezo a fabular en mi mente que un borracho la ha quemado para su goce, pero siempre al encontrarla nuevamente sin ningún rasguño, me desilusiono.

Oliver trabaja en un banco como cajero, esperando por el puesto de operaciones bursátiles. él Estudió economía, pero pienso que no le sirvió de mucho porque igual que yo, tiene seis años haciendo lo mismo. Sin rendirse, siempre mantiene el optimismo, esperando el gran ascenso. Aunque parezca extraño, no está nada mal esta idea de Mariana, escribir me ha hecho sentir mejor, y la lluvia de hoy para nada me ha afectado.

Pensando mejor, creo que tomaré una decisión firme, no negociable. Le diré a Oliver que desde hoy soy yo quien decide la cena de los domingos; creo que hacer unos cambios me ayudará a romper esta monotonía, que ha estado conmigo en mis peores momentos, y en los pocos buenos que he tenido.

Mariana y yo estudiamos juntas primaria y secundaria. Ella, siendo una niña muy “rara” por su precoz madurez, haciendo muchos comentarios de no ver llegar la hora de entrar a la universidad y poder graduarse. En mi caso, el tema de la universidad nunca lo vi con gran entusiasmo. Entre bicicletas y parques pasamos la adolescencia muy rápido, lo recuerdo con mucha nitidez: veranos muy calientes, e inviernos muy fríos. Pienso que fue la etapa más feliz de mi vida, ver cómo familias enteras de asiáticos, con sus cámaras, disparaban fotos de cada rincón de *Cambridge* con frenesí de conocer y saber todo.

Cambridge, ciudad donde viví hasta los treinta y dos años, donde fumé mi primer cigarro de marihuana, y donde le mentí a mi madre cuando me preguntó el porqué de mis ojos rojos. Me recuerdo respondiéndole con una mentira, que después de analizarla, da risa: «¡porque fui a nadar a la piscina con mis amigas, mami!». Además, es la ciudad donde me enamoré por primera vez, con apenas quince años de edad.

Cuando tuve diecisiete años, mi madre comenzó a de-

sarrollar un cáncer que ella y mi padre me ocultaron hasta el día de su muerte. Faltando algunos meses para mi cumpleaños, regresando de la casa de Mariana, encontré la casa desierta. Después de entrar, subí a mi habitación, y luego de algunas horas llamé a mi padre, quien me comunicó con voz quebrada, que mi madre había muerto después de un ataque respiratorio.

Fueron días difíciles para mi padre, y para mí. Yo hacía un esfuerzo enorme para animarlo, pero nada causaba efecto alguno en su dolor. Mariana estuvo a mi lado tres días luego del acto crematorio de mi madre, y unos meses después, con la excusa de tener que salir de mi habitación para despejar la mente, me invitó a su casa por el cumpleaños de su padre. Acepté sólo para no tener que escuchar a mi papá llorar después de acabar su botella de *whiskey* sentado en el sofá; ni quería verlo en ese estado, ya que siempre ha sido de espíritu fuerte y alegre. Un hombre que me enseñó a disparar con su arma, y logró que tuviera una fina puntería. Verlo siempre borracho y melancólico, me causaba cierta angustia en mi estómago.

Todos en la casa de Mariana eran muy comedidos conmigo. Cuando termino el cumpleaños, el padre de Mariana se ofreció a llevarme a mi casa con el pretexto de tener que comprar algunas cosas en el supermercado, cerca de mi vecindario. A pocos metros de mi casa, el padre de Mariana me preguntó

con una sonrisa amigable, «¿quieres trabajar en mi tienda de bicicletas?». Le respondí que no sabía nada de reparar bicicletas, y entonces sonrió amablemente mientras me decía que necesitaba una persona que se encargara de los pedidos, y llevara la facturación en una laptop. Sin demora, acepté la propuesta.

La tienda de bicicletas del padre de Mariana quedaba en el *town*, a unos veinte minutos de mi casa. Allí se vendían bicicletas nuevas y de segunda mano. Estuve a las nueve de la mañana de acuerdo a lo planeado, y el padre de Mariana me esperaba con un café en su mano derecha, para presentarme a *Daret* y *Zaul*, los dos empleados. Luego me llevó al final de la tienda, para abrir la pequeña puerta de una oficina diminuta, donde había un escritorio negro, una vieja silla negra, y una *laptop*. En el lado izquierdo del escritorio había un archivero azul que encima tenía una pequeña lámpara, cerca de una minúscula ventana sucia, a través de la cual se podía ver la calle atrás de la tienda.

El padre de Mariana duró tan sólo unos veinte minutos, explicándome todo lo que debía hacer. Me ofreció pago semanal, en horario de lunes a viernes, desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde, y los sábados medio tiempo. En ese momento creí que el padre de Mariana me veía con un poco de lástima, pensando que tenía algunos problemas mentales a raíz de la muerte de mi madre. Después de poco

tiempo, empecé a disfrutar el trabajo con una cierta naturalidad, me sentía productiva, y mis días se pasaban entre café y facturas de bicicletas en la pequeña y sucia oficina. Remendé la vieja silla con cinta negra, para evitar, entre otras cosas, que algunos resortes se salieran y rompieran mi ropa.

Encendía al llegar, una pequeña radio que llevé de mi casa, para escuchar la programación de noticias, y a las diez de la mañana cambiaba de dial, para sintonizar la transmisión de un programa de chismes y farándula, que terminaba a las doce del mediodía, justo cuando mi estómago daba señales que era el momento de almorzar. Tomaba media hora para comer, y podía llegar a tiempo para el comienzo del programa de Amelia Gil, transformada en una de las heroínas de la época, defensora de los derechos de la mujer (Era mi *Oprah Winfrey*) Así, consumía mi semana.

Los sábados y domingos me sentía completamente sola y en completo desastre. No me gustaba llegar a casa y ver a mi padre destrozado, sin querer superar la muerte de mi madre. Recuerdo como si acabase de pasar, era un miércoles, y como siempre, salí temprano de mi casa para ser la primera en el *Coffe shop*. Me despedí de mi padre con un beso en la mejilla. (Él, como siempre, veía el televisor con la vista perdida y vidriosa). Cuando era un poco más de las once de la mañana; el padre de Mariana abrió la puerta, me sa-

ludó y tomó asiento en una silla que había comprado en una tienda a pocos metros de la suya. Me dio una carpeta pidiéndome que la abriera, y pensé que se trataba de algunas facturas, pero al abrirla me encontré con un contrato de trabajo a mi nombre, con un pago mensual elevando mi salario y mis vacaciones pagadas. Inmediatamente lo firmé y se lo regresé dándole las gracias. Antes de marcharse, me dijo que en dos días comenzaban a remodelar la oficina, para así tener más espacio: en una “oficina decente”. Añadió que debía trabajar desde casa durante tres semanas, a lo que solamente afirmé con mi cabeza diciéndole que sí.

Terminé de escuchar el programa de Amelia y salí de la tienda con la ilusión de contarle a mi padre lo que mi jefe me ofreció, y que, si todo iba bien, podríamos viajar a *Italia* en las navidades. Tomé mi bicicleta y la dejé tirada en el jardín, entré a mi casa y llamé a mi padre con tono de entusiasmo (siempre que lo llamaba, respondía ¡*Hija!*!) pero no conseguí ninguna respuesta. Me quité los zapatos y coloqué las llaves en la pequeña mesa de vidrio, escuchaba el televisor encendido —lo más seguro es que esté dormido, pensé— llegué a la sala y conseguí a mi padre tendido boca abajo en el sofá —de seguro otra vez está borracho—, intenté despertarlo posando mi mano en su hombro, dándole pequeños sacudones, pero no despertaba. Después de varios minutos em-

pecé a preocuparme y llamé una ambulancia, tratando de pensar que era tan solo una borrachera muy potente, pero algo dentro de mí decía que no era así. Llegaron los paramédicos, me hicieron esperar en la cocina durante algunos minutos, hasta que una mujer colocando su mano en mi hombro dijo que mi padre había fallecido.

Sentí un poco de mareo, pero fui fuerte y acepté la situación. Tenía tomar el control de mí misma sin soltar una lágrima me mantuve firme al dolor, me lo tragué y lo enterré muy adentro de mi corazón, pensando que era mejor así, que ahora mi padre estaba con mi madre (no sé dónde diablos están, pero están juntos, lo quiero creer así). Mariana en pocos minutos llegó a mi casa, me abrazó llorando como si fuera su padre el que hubiera muerto. Recordé muy bien cómo me había preparado mi padre en caso de que algo así pasara, lo primero que tenía que hacer era llamar a *Orlando Zumil*, abogado y amigo desde hace muchos años.

Orlando se encargó del funeral y todo el papeleo. Mi padre era militar retirado de la marina, y para el funeral asistieron algunos vecinos y dos excompañeros de armas que me entregaron una placa donde colocaron *William Foxxing* en lugar de *William Foxing*, pero no quise hacer ninguna acotación sobre el error, porque los dos excompañeros los dos excompañeros eran

dos ancianos con que casi no podían ver. Uno de ellos apenas podía escuchar, y el otro tenía dificultad para ver.

Mariana me ofreció quedarme en su casa por algún tiempo, pero no acepté, ya que en realidad no me sentía mal sobre la muerte de mi padre. Era un sentimiento extraño de tranquilidad, que reinaba sobre mí. No dejé de trabajar un solo día, me mantuve en mi casa haciendo la misma rutina de trabajo, pero esta vez en la mesa de mi casa. Boté el sofá donde había muerto mi padre, sábanas viejas, boté casi todo lo viejo y anticuado que iba viendo. Después de un mes del entierro de mi padre, *Orlando Zumil* llegó a la casa pasadas las diez de la mañana. Lo hice pasar al instante, le ofrecí una taza de café, y sin perder tiempo después de tomar un sorbo largo, colocó su portafolio encima de la mesa, dándome varios papeles de la casa, para que los firmara. De seguidas, me dio la clave de la caja fuerte que se encontraba en la habitación de mis padres, y sin tener nada más que decir, tomó otro sorbo largo de café, agarró su portafolio y se marchó estrechando mi mano, subrayando que no dudara en llamarlo si tuviese alguna duda, o requiriera alguno de sus servicios.

No miré el papel donde estaba escrita la clave de la caja fuerte, lo coloqué a un lado, y retomé mi trabajo. Con cierto entusiasmo subí el volumen a la radio, y

me serví una taza de café. Hace dos semanas había comprado una laptop nueva, que me hacía el trabajo más fácil y rápido; a las doce y diez minutos del mediodía, terminé mi labor, y mientras recogía unas facturas, vi el papel con la clave de la caja fuerte de mi padre, trasapelado entre otros.

Tomé el papel, casi en zancadas subí las escaleras, y entré a la habitación de mis padres. Era la única parte de la casa de donde no había botado nada, quería dejar todo intacto allí, tal como lo dejó mi madre, con la cama vestida de aquel azul que tanto le gustaba. Abrí el closet de madera justo al lado de la cama, y en la parte de abajo avisté la caja fuerte, pequeña y vieja, que había heredado mi padre de mi abuelo.

Mi padre, después de su muerte, me hizo soltar una sonrisa con una lágrima que rodó por mi cara, pues la contraseña era la fecha de mi nacimiento: 1978. Al abrir la caja fuerte, me encontré un sobre pequeño de color amarillo, debajo del sobre dinero en efectivo, y más abajo una pequeña caja de madera (sospeché qué había en la caja, pero dispuse abrir antes el sobre). Al abrirlo, encontré fotos muy viejas (de cuando mi padre era un bebé) y algunas mías en brazos de mi madre. Para evitar entrar en un llanto que tenía acumulado, dejé el sobre, tomé el dinero sin contarlo, y al abrir la caja de madera me conseguí aquella pistola 22 *Compact Smith—Wesson*, con la que mi padre me había enseñado a disparar.

Una caja de balas era lo último que había en la caja fuerte, (mi padre siempre quiso que practicara tiro deportivo, ya que tenía una gran puntería, pero mi madre se rehusaba diciendo que no era un deporte para mujeres). cerré la caja, tomé la pistola y la caja de balas, y las coloqué debajo de mi cama. Me cambié de ropa, y tomando cien libras y me dispuse a ir almorzar en ese restaurante italiano que tanto le gustaba a mi padre.

No hay mayor desdicha para un ser humano que ser visto con lástima, y así me sentí cuando *Donato Delinco* me saludó al entrar al restaurante. *Donato* es el dueño del establecimiento, y era amigo de mi padre. Todas las personas que sabían de mi situación de orfandad, al verme me daban un abrazo diciendo: «¡Lo siento!, lamento todo lo que estás pasando», frase que siempre me ha sonado falsa y detestable. Cada vez que alguien venía a mí repitiendo esa infeliz frase, me daban ganas de replicarle con una grosería, o decirle que son mentiras sus palabras. Pero debido a una actitud de cobardía, implícita en mi ADN, nunca hice comentarios y me mantuve callada, asintiendo con mi cabeza, como dando las gracias.

Donato, como siempre, con gesto amable me invitó a escoger la mesa de mi gusto. Tomé la misma donde me sentaba con mi madre y mi padre, desde donde podía verse las personas ir y venir por la calle. Me atendió el mesonero sobrino de Donato — de quien

supongo tiene mi edad – con actitud simpática y muy cordial, pero con una gigante nariz que suprime cualquier chance de enamorarme de un italiano. Elegí una botella de vino blanco (*Sauvignon Blanc*) y una porción de olivas mixtas de entrada, mientras pensaba lo que comería. Quería tomarme mi tiempo, igual, no tenía premura en volver a casa.

Distraída, viendo las personas pasar, al comenzar mi tercer vaso de vino me decidí por una carbonara y una ensalada mixta. Invariablemente, el servicio era muy rápido y la comida persistentemente buena, y aunque no soy de gran apetito, no dejé ni una rúcula en el plato de la ensalada, y ningún trozo de *pacetta* en el plato de pasta. Además, haciendo un gran esfuerzo, me tomé hasta la última gota de vino. Al salir del restaurante intenté por algunos segundos ir al mercado popular en el centro de *Cambridge*, pero gracias al vino me sentía un poco abobada y con sueño (pienso que soy boba de nacimiento, pero el sueño le daba un *plus* extra) que me hizo tomar un taxi.

Abrí la puerta de mi casa, subí las escaleras, entré a la habitación de mis padres, y me lancé a la cama, arañando mi brazo con la madera de una esquina filosa de la mesa de noche de mi madre. Extraordinariamente, no sentí ningún dolor sino todo lo contrario, sentí un raro placer al ver cómo una pequeña gota de sangre salía de mi piel.

II

—¡Ya está lista la carpa! Deberías venir a ver cómo luce—advirtió mi padre.

—Mi opinión no es importante, creo en el buen trabajo de los muchachos, y si no has visto estoy ocupado—dije con una pizca de agresividad, ya que odiaba que entraran en mi remolque sin avisar.

—¿Cenaremos juntos hoy? —replicó mi padre.

—Sí—respondí en un tono más sereno.

Viajamos de *Camberwell* a *Stockwell*, creo que solamente estaremos cuatro semanas, pero esa decisión tan solo la sabe mi padre que, como de costumbre, y dejando atrás los buenos modales, entra a mi remolque sin avisar. Quizás por eso mi madre decidió no viajar más con nosotros, y quedarse en *Newcastle*.

Nací un veinte y ocho de mayo del año 1984, y las primeras cosas que vi de este mundo, y mis primeros juguetes, fueron dentro de este circo. Todo comenzó cuando mi abuelo *James Ademar*, a los quince años de edad, escapó de su casa para ver un circo que estaba de pasada por el pueblo, es decir, solamente duraría unas horas y seguiría su camino. Mi abuelo desapareció uniéndose a la caravana, y solo después de seis años regresó para formar lo que ahora se llama el circo Ademar. Mi padre creció entre animales y autopsis-

tas; es el negocio familiar, es todo lo que sabe hacer. Algunas veces un demonio dentro de mí quisiera que el circo vaya a la quiebra, pero sé que sería muy duro para él, y no quisiera verlo sufrir.

Mi idea principal es viajar por el mundo, conocer diferentes personas, diferentes culturas, escapar de la tiranía de la monotonía y equivocarme a sentir que estoy vivo y sobre todo salvar todo lo que me parezca interesante en mi libreta. He vivido toda mi vida en una casa rodante, trabajando de ciudad en ciudad, y quisiera ver algo más que un circo en decadencia que me parece que toda chirria. No recuerdo muy bien dónde leí que la vida y el mundo encierran situaciones más interesantes, más novelescas, que todas las novelas juntas.

Sé muy bien que, para viajar y dormir de hotel en hotel, se necesita dinero (dinero que no tengo) pero si sigo con mi plan estricto de ahorro, quizás en algunos años tendré la cantidad suficiente para comenzar mi viaje. Este mundo algunas veces me gusta y otras no es decir me gusta la vida, pero no sus leyes; quisiera vivir experiencias nuevas que a mis treinta y seis años no he vivido. El mundo gira, pero me temo que no a mi alrededor...

Cuando tenía siete años, empecé a hacer malabares sólo porque me llamaba la atención las pelotas de colores atravesándose unas con otras. Mi padre me

enseñó todo lo que sé sobre malabarismo, creyendo que podría ser alguien importante en esa rama. Es la primera vez que no estoy presente durante la instalación de la carpa —antes me gustaba y hasta ayudaba— pero no me he sentido bien últimamente, psicológicamente hablando.

Me atormenta pensar que voy a hacer esto toda mi vida, razón por la cual cada vez estoy más seguro que tengo que salir de este medio. Algunos años atrás no podía vivir sin el circo, pero ahora quiero escapar; estoy pagando por haber nacido en una familia cirquera (El día en que todos los hombres sean eruditos, y todas las mujeres toquen piano, el mundo será un total desastre). En cada ciudad que llegamos, aumenta mi percepción de que este circo, cada vez está más decadente, pero mi padre no quiere verlo así.

Cuando teníamos los animales era algo distinto para mí, pues me levantaba muy temprano para atenderlos. Mi padre aprendió de mi abuelo el oficio de domador de fieras, y lleva en su cuello una cicatriz igual a la de un collar, debido a que cuando tenía doce años, mientras estaba jugando con mi abuelo, tropezó y cayó de espaldas en la jaula de uno de los ocho tigres. Con sus garras le produjo la cicatriz, por lo que ese día casi pierde la vida. Es decir, estuve a punto de no venir al mundo...

La decisión de no tener más animales fue de mi pa-

dre —yo me negué desde el primer el día— pero ya no podíamos con los gastos de comida y traslado. Cuando cumplí diez años comencé a manejar el monociclo mientras hacía malabares con cinco pelotas de diferentes colores; mi acto consistía en salir a lo último del show, cerrando la función con una rutina que duraba cinco minutos, nada extraordinario, pero suficientemente bueno para mi padre.

A causa de mi adolescencia precoz y mi rebeldía, ya que la juventud tiene una gran seducción, quise ser mimo. Como mi padre me complacía en todo lo que quería, si al mundo circense se refería, no dudó en apoyarme y desde ese momento me hizo vivir en el remolque de Fernando, nombre artístico del limeño, que aún trabaja en el circo. Fernando es un hombre mayor, su edad es un misterio, nunca ha querido revelar en qué año nació y ni su nombre completo, tan solo se hacer llamar Fernando. Tiene veinte años trabajando en el circo, aunque ahora hace cosas absurdas que a nadie impresionan, o a nadie le hacen gracia.

Mi padre no ha querido darlo de baja tan solo por cosas circunstanciales. Para el tiempo en que tenía el entusiasmo a flor de piel (todo lo hago con un poco de entusiasmo, pues si se hacen las cosas sin entusiasmo, se siente deprimente); pasé dos meses viviendo en el remolque de Fernando, aprendiendo una rutina y algunas de las técnicas “génesis” para hacer mimo,

que las traspasaba a mí sin ninguna mezquindad. También compartió sin ningún celo. su maquillaje barato. Mi idea de ser mimo, solo duró cinco meses, y mi padre comenzaba a ponerse un poco nervioso por mi inestabilidad dentro del circo, algo que yo no podía ocultar. Pero dicha inestabilidad siempre está presente en la vida de un circo pobre, o quizás, mi inestabilidad me ha retenido un tiempo con mi padre, es decir, siempre estoy cambiando de idea o de rol cada tres meses. Si hubiera hecho siempre lo mismo, estaría muy lejos o quizás me habría suicidado. (Pienso que cuando no hay más opciones, el suicidio es la mejor opción).

Cuando cumplí los dieciocho años, viajábamos por los lados de *Bournemouth*; era la primera vez que el circo pasaba por esa zona, por esos caminos. Mi padre conoció a cuatro hombres que venían de *Marruecos*. es un imán para conocer artistas, y en menos de cinco minutos le presentaron un acto llamado *gladiadores traga fuegos*. La trama de la rutina se trataba de caracterizar a gladiadores que lanzan fuego, y mi padre sin pensarlo les dio trabajo. Al día siguiente de ver el acto, desperté hechizado por completo y le dije a mi padre que quería aprender a lanzar fuego como esos hombres.

Después de algunas quemaduras en mi lengua, pequeños tragos de *diésel*, mareos y una tos igual a la de un hombre en su lecho de muerte, esa idea de ser

traga fuegos salió de mi mente como caballo sin freno. Ese año pasamos las navidades en *Newcastle* con mi madre, en la casa donde mi padre nació y adonde mi abuelo regresó unos años después de escapar de la miseria. Dándole una cachetada a la pobreza, creó el circo. Siento que al llegar a esa casa estoy entrando en otro circo más; una casa donde encuentras pelotas, cuchillos, látigos, y muchas cosas más.

Mi padre hacía una cena con algunos primos que quedaban en el pueblo, y con los hombres vagabundos de sentimientos y de familia que trabajaban en el circo y no tenían dónde pasar la nochebuena. Mi padre los invitaba a pasar la Navidad haciéndolos sentir parte de la familia (A veces siento que el circo no es nada más que una familia loca, donde el arte es una forma suprema y absoluta de sobrevivir).

A mediados de enero ya estábamos trabajando; mi padre conoció a un grupo de bailarinas gracias a otro circo que se había cansado de tanto luchar para no cerrar. Fue el año donde sentí por primera vez el amor “*como si un genio maléfico me hubiese llevado a esa mujer*”. Había tenido mis roces sexuales con mujeres de mundo, pero esta vez era diferente a mis experiencias previas. Al grupo de bailarinas de cinco chicas, mi padre las colocó antes que los trapecistas hicieran su acto, así podían estar más tranquilos y no dejar a la banda tocando sola mientras los trapecistas se prepa-

raban para su acto. Todas portaban un cuerpo atlético, brazos hermosos y hombros bonitos, pero una de ellas, Liza, llamó mi atención desde el primer día que la vi bailando, provocando que mi mente hiciera fabulaciones de cómo luciría desnuda.

A pesar de la aparente seguridad que sentía al hablar con una mujer, con Liza sucedió algo distinto. Pasaron varios días antes de intentar tener mi primer contacto, pero me sentía torpe, estúpido, sin nada interesante que decir. Con una forzada sonrisa nerviosa, apenas tuve valor para decirle “hola” y seguir caminando. Al llegar a cada ciudad visitada, me gusta conocer los pubs cercanos a la zona donde se instala la carpa, conocer personas y probar suerte por si una mujer se muestra dispuesta a tener sexo conmigo, Liza simplemente “apestaba” a belleza, y su personalidad hacía que me volviera tonto frente a ella, sin que las palabras pudieran salir por mi boca.

Para el momento que Liza entró al circo, yo no hacía ningún acto., Por mi inestabilidad, mi padre me recomendó que por un tiempo descansara, y seguramente eso me ayudaría tomar el camino correcto. Ganaba mi salario ayudando con la organización de los trajes de artistas y el maquillaje. Varios años atrás, los artistas se encargaban del vestuario, la música y el maquillaje, pero mi padre tenía problemas con ellos debido al mal estado de la ropa, por lo que decidió hacerse

cargo cobrando unas cuantas libras mensuales para el mantenimiento de la misma.

Una noche después que terminó la función, mi amigo el payaso *Jeff*, a quien le había confesado que Liza me gustaba, me contó que logró escucharle que le encantaban los trapeceistas, que le parecían hombres con una gran condición física, concentración y arrojo; de esa manera arriesgaban su vida, y le emocionaba pensar que algunas veces parecían aspirar a coger una estrella. Tuve algunos problemas para dormir, pero logré hacerlo pensando en los trapecios y en mi estrategia, que empezaba al siguiente día.

Desayuné con mi padre haciéndole insinuaciones de tener ya algo en mente, con lo que podría comenzar a trabajar otra vez como artista, pero no hizo ningún comentario y seguimos comiendo. Después de levantarnos de la mesa, me presenté en el remolque del señor Jorge, veterano del trapecio de un linaje artístico venido de generaciones. Como era de presumir, aceptó que iniciara algunas clases con él y parte de su familia, advirtiéndome que no iba a ser nada fácil, ya que mi edad no era la adecuada para comenzar en el trapecio. Le confesé que mi aspiración no era de alto vuelo (siempre he visto los trapeceistas como un acto muy de segunda mano, ya que si fallan tienen una malla que los atrapa en la caída, a pesar de no ser su acto a tanta altura, como parece).

Todos esos pensamientos cambiaron ese mismo día, al subirme hasta el tope para tomar por primera vez un trapecio y balancearme, Sentí que estaba en el tope de la *Torre Eiffel* con un poco de mareo, cosa que Jorge notó al instante, diciéndome que, si sentía vértigo, era normal. Después de una hora, renuncié a la idea del trapecio —¡qué ideas tan estúpidas pasan algunas veces por mi mente! — le di las gracias a Jorge por haber permitido que hiciera el ridículo un par de minutos, y me fui a mi remolque deseando un baño de agua fría. Hasta ese momento, había pensado que podía hacer casi todo lo que ofrece el circo, pero confirmé que no. Después de dormir un par de horas, me vestí con ropa limpia y decidí ir a un *pub* que estaba apenas a dos cuadras de nuestra carpa. Me gustan los *pubs*, tomar cerveza, comer todos los viernes religiosamente *fish and chips*; siento esa pequeña vena de patriota cada vez que entro a un *pub*, me gusta el tiempo inestable, el futbol, me gusta casi todo lo que me rodea.

Entré al *pub*, me senté en la barra, pedí una cerveza y dediqué mi atención al televisor donde, por suerte, pasaban la repetición de un partido de futbol. Luego de unos diez minutos, mientras tomaba el último sorbo de mi cerveza, voltéé mi mirada hacia la puerta y vi cómo *Liza*, con su piel frágil y sus hermosos ojos, caminaba directamente hacia mí con la mirada puesta

en su móvil. Se sentó a mi lado, y pidió una copa de vino, sin dejar de mirar la pantalla del teléfono.

Tomó el primer sorbo de su vino, hizo un recorrido con su mirada a todo el derredor, y me dijo con un tono de voz dulce: — ¿Ademar, cierto? — El único Ademar después de mi padre», le contesté con sonrisa insegura, a lo que ella respondió con otra sonrisa. Tomó otro sorbo de su copa, y siguió absorta en su dispositivo, moviendo sus dedos con gran agilidad. Después de tomarme un par de cervezas, y sintiéndome un poco más seguro, le invité una copa, lo cual aceptó de inmediato.

A pesar de ello, no dejó de mirar su móvil. En un intento de entablar conversación, le invité la segunda copa. Aceptó de nuevo, pidiéndome que la disculpara, pues su novio no paraba de escribirle. Al escucharla, sentí como si un boxeador profesional estuviera dando golpes a mi estómago, y para desviar mi mente de esa palabra y tratar de olvidarla, tomé mi cerveza de un solo trago, para pedir de inmediato otra. Como el cuerpo es una especie de dictador, no lograba dejar de mirarla mientras escribía, dejándome invadir por los celos cada vez que esbozaba una leve sonrisa.

Sé que la risa es el sonido de la inteligencia, pero la de Liza era pícara y sexy. Ya había bebido lo suficiente como para atreverme a llamar su atención, y lancé la pregunta tal vez más estúpida que hecho en mi vida:

— ¿Qué acto te gusta más del circo? Le pregunté tomando un sorbo de cerveza. — El acto que me vuelve loca, y el que más me gusta de todos, es el mío, me dijo soltando una risita burlona. No estoy seguro de haber sabido interpretar esa risa, pero sentí que se burlaba de mí.

Al ordenar para ella otra copa de vino, Liza me dio las gracias con un gesto risueño como recompensa. El partido de fútbol había terminado, pero no me importó, únicamente quería que dejara su móvil y conversara conmigo. Analicé la situación, y llegué a la conclusión que era un total fracaso intentar semejante estupidez, así que decidí tomar una cerveza más y volver a mi remolque. Pero tan solo unas simples palabras cambiaron mis planes: — ¿Puedes invitarme una copa en tu remolque? Me preguntó, agregando de inmediato: — Podemos escuchar algo de música, pero si tienes otros planes, lo entenderé, dijo mientras mordía sensualmente sus labios.

Liza había dicho las palabras que cualquier hombre en mi lugar quiere escuchar. Empecé a sentir un poco de nervios, me parecía que todo a mi alrededor era molesto y brusco, y reaccionando después de durar algunos segundos callado, le dije que aceptaba su propuesta. Rápidamente hice un repaso en mi mente, ya que mi memoria me decía que no tenía vino en mi remolque. De inmediato hablé con el hombre que atendía el bar,

diciéndole que necesitaba una botella del vino que estaba tomando Liza. Fue entonces cuando el hombre alto, redondo, fuerte, de cabello rústico y ojos grandes, dejando ver su honestidad y amabilidad, me dijo que me saldría algo costosa, pero que, si caminaba unos diez minutos, encontraría una tienda donde podría comprarla por la mitad del precio.

Atreviéndome a obviar mi régimen militar sobre gastar dinero en cosas innecesarias, luego de agradecer el gesto, le dije que no me importaba pagar el precio que fuere, al tiempo que le entregaba los cincuenta libras del costo de la botella. No quería arriesgarme a que Liza cambiara de opinión, ya que por esas leyes secretas que dominan las mujeres, todo puede cambiar rápidamente. Temía que la abandonaran las ganas de ir a mi remolque, y aunque casi nunca tomo vino, esa noche quería convertirme en todo un catador.

Cuando llegamos a mi remolque, estaba nervioso por dos razones: Una era Liza, y la segunda es que no tenía preservativos, porque a pesar de no estar seguro de que iba a tener sexo, algo dentro de mí, me decía que sí. Le serví una copa de vino hasta el tope, haciendo lo mismo con la mía, y empecé a contarle algunas historias y chistes estúpidos que había ensayado, y que casi siempre funcionaban con las chicas del prostíbulo. Ella me correspondió con cortas carcajadas, pero lo más significativo es que logré que su

móvil pasara a un segundo plano. Cerca de la medianoche, faltando poco para terminar la botella, me abalancé sobre ella, abrazándola mientras la besaba metiendo mi lengua en su boca. Y como un beso lleva a otro beso, terminamos haciendo lo que un hombre y una mujer hacen, después de unos tragos.

Dándome un suave beso en los labios, Liza se despidió pasadas las cuatro de la madrugada. Me dormí de nuevo, para despertar a eso de las diez de la mañana con un leve dolor de cabeza. Con mi pensamiento fijado en ella, tomé un baño de agua fría, mi analgésico natural. Quise estrenar un blue jean, lo combiné con camisa blanca y calcé mis chancas antes de ir a desayunar con mi padre. Pero en realidad, lo que deseaba más que cualquier otra cosa, era verla nuevamente, por lo que caminé directo a su remolque. No quería hacerla sentir presionada, ni lucir como un idiota enamorado, pero una fuerza interior empujaba mis pasos hacia ese remolque, y en mi mente se repetía una y otra vez, la imagen de Liza desnuda cabalgando sobre mi cuerpo.

Usando los nudillos toqué la puerta del remolque tímidamente, pero asegurándome que se pudiera escuchar. Al cabo de algunos segundos, abrió la puerta una de sus compañeras, y me miró escrutadoramente de arriba abajo sin pronunciar una sola palabra. Al preguntarle por Liza, en silencio giró en sus talones cerrando

la puerta tras de sí. Logré escuchar algunos cuchicheos y después de varios minutos salió Liza, vestida, lista para ir a correr. — ¿Qué quieres? me preguntó sin mirarme, al tiempo que comenzaba a estirar sus piernas. — ¿Quería saber si podemos desayunar juntos? le dije con voz quebrada, al notarla seca y distante. — Lo siento, estoy saliendo a correr, pero de no ser así, tampoco aceptaría tu invitación, agregó. — Pero, ¿por qué?, no entiendo, le dije con voz frágil, apocada. Me miró a los ojos y me dijo: — Lo que pasó anoche, nunca pasó, y emprendió la carrera.

Sintiéndome como un tonto regresé a mi remolque, sin apetito. El mismo día, *Paty*, una mujer mayor que trabaja como cocinera y por la noche en la taquilla cobrando la entrada, estuvo indispuesta para trabajar. E La jornada, fue suplida por aquella mujer que abrió la puerta del remolque (nunca supe su nombre). El circo estuvo a casa llena, y como un espectador más, me senté en la primera fila con la excusa de querer escuchar el monólogo que mi padre iba a estrenar comenzando la función. Pero en realidad, a la única que quería ver era a Liza. Tan solo escuchar el monólogo, me ayudó a recuperar un poco de lucidez, y regresé a mi remolque, no quería verme como un tonto. Me costó un poco conciliar el sueño debido a que en mi cama todavía quedaban residuos de su perfume.

A las siete de la mañana, mi padre entró a mi remolque con la cara desfigurada por la ira. Me despertó diciéndome que las bailarinas habían robado todo el dinero de la función de la noche anterior, y un poco más, escapando con sus pertenencias durante la madrugada, y que la policía venía en camino. Aunque por un instante creí estar soñando, me vestí, y fui directo al remolque de Liza. La puerta estaba abierta, y en efecto, estaba vacío. Después de escuchar el relato de mi padre dando la descripción de las mujeres, uno de los oficiales dijo que todo concordaba con una red de mujeres que se dedica a la prostitución y al robo, cuyo modus operandi es ofrecer bailes privados para luego robar a los clientes. Al escuchar el comentario policial, mis manos comenzaron a sudar y mi corazón empezó a latir muy fuerte, recordando el hecho de no haber utilizado condón con Liza (si es que se llama así). Ya más calmado, pasado un tiempo, mi padre en su remolque luego de un par de whisky, me dijo sonriendo: — “Caras vemos, prostitutas no sabemos”.

III

Soy una cobarde, timorata, amilanada y estúpida. Una vez leí un poema que decía que nuestros pecados son testarudos y nuestros arrepentimientos son cobardes. Le pedí a Oliver con voz suave y amablemente, que comiéramos algo diferente, porque hacía mucho, cada domingo comíamos la misma comida. «¡Sabes muy bien que los domingos se come *Indian food*, igualmente a ti te encanta!» me dijo Oliver sentándose en el sofá. Fui golpeada con un látigo en la cara al escuchar la respuesta de Oliver. Queriendo no pelear, y que los dos nos sintiéramos complacidos, hice la propuesta de que él pidiera su *Indian food* y yo, algo diferente. «¡Si vas a pedir algo diferente, te lo pagas tú!» obtuve como respuesta.

Quise decirle que era un acto miserable de su parte, pero no pronuncié una sola palabra, no tuve el valor requerido, y una vez más el silencio tomó mi cuerpo. Insistiendo en que me complaciera al menos una vez, le propuse ver una película. — ¡Ni lo pienses, mi programa favorito está por comenzar! Sin refutar, callada y con una media sonrisa, sentí el fracaso en la idea estúpida de intentar hacer algo diferente, o lograr que Oliver quiera complacerme en algo.

Recuerdo el verano de dos mil cuatro. Primeros días de julio — día doce para ser exacta — veintiséis años de

edad. Tenía varios amoríos, pero nada en serio; aún trabajaba con el papá de Mariana, y por primera vez en mi vida sentía que las cosas estaban cambiando en positivo. Uno de los empleados entró a mi oficina diciéndome de un cliente que pedía un descuento. Siendo yo la única autorizada para regatear precios con la clientela, atendí de inmediato el caso. Aquel hombre era Oliver, queriendo comprar una bicicleta, pero tan solo tenía ciento treinta libras. Acepté el dinero, por el solo hecho de haberme gustado su físico, y sin rodeo alguno, le pedí su número de teléfono. Ya hacía cuatro meses no tenía sexo, y estando en pleno siglo XXI, para aquel tiempo mi lema es que las mujeres deben tomar la iniciativa.

Comencé a salir con Oliver, cuatro años mayor que yo. Iniciamos una relación común y silvestre, como cualquier noviazgo, pero en un abrir y cerrar de ojos nos casamos el nueve de marzo de dos mil seis, día de mi cumpleaños. Él no había terminado su carrera de economía, por discapacidad intelectual, o quizás porque todas las noches las pasábamos de bar en bar. Vivimos en mi casa hasta dos mil diez, ya para entonces Oliver asombrosamente había logrado su título de economista, y sólo esperaba por una buena oferta de trabajo en algún importante banco de Londres.

Aunque no fue una fácil decisión, vendimos la casa de mis padres, pues estaba convencida de estar co-

menzando un importante nuevo ciclo de vida junto a Oliver. El dinero de la venta, sólo nos alcanzó para comprar un apartamento en Stockwell, con una habitación y un pequeño estudio, un baño grande y sala de estar con ambiente conectado a la cocina. Colocamos carpeta gris (elegida por Oliver), compramos por internet una mesa de madera con tres sillas, y su padre nos regaló un refrigerador junto a algunos utensilios de cocina obsequiados por su madre. Con eso nos bastaba, no queríamos tener muchas cosas. Cuando Oliver consiguiera un trabajo con un buen salario, en un año nos mudaríamos a una mejor zona. Ese año se ha convertido en diez, o quizás quiso decirme diez y yo escuché un año. He llegado a un punto, que realmente no sé si he perdido estos catorce años de mi vida, al lado de un hombre que ni siquiera puede complacerme en una cena. Realmente estoy cansada de conformarme con sobras de atención, y de lucir una risa hipócrita cada vez que visitamos a sus padres, personajes que parecen salidos de un libro para idiotas.

Candy Roy, así se llama la madre de Oliver. Los primeros años de conocerla me pareció una madre cariñosa, y sentí que podía confiar en ella, pero todo esto cambió al pasar el tiempo. Unos tantos sábados por la noche, habíamos acordado cenar en casa de *Candy*. La noche fue realmente agradable, escuché con aten-

ción las historias de juventud, y una vez más la madre de Oliver glorificó a su amiga, que esa noche cenó con nosotros, dándole a tomar su mejor vino. Al terminar la cena, la amiga se retiró, diciendo que estaba un poco cansada, que se marchaba a su casa. Se despidió dándole un abrazo a su vieja amiga que duró algunos segundos. «¡Por fin se fue esta mujer de mi casa!» dijo *Candy* en tono altanero. Se sentó a mi lado, llenó su copa de vino, y comenzó a decir impropiedades de su amiga. Ese día conocí a mi verdadera suegra, dejándose ver como lo que realmente era, una persona falsa, venenosa, con poca educación, derrumbando todo tipo de fachada de matrimonio perfecto y madre perfecta.

Tiempo después me enteré que Oliver la había descubierto en acto de infidelidad, y le guardó el secreto con el pretexto de no ver a sus padres separados. *Bruce*, el padre de Oliver, cuando lo conocí me pareció un hombre tosco con muy poco sentido del humor. Mi actitud siempre fue callada y decir que sí a todo, y no cuestionar ninguna tesis del padre durante la cena. Muchas veces pasé por no saber del tema, quedando como una neófita, pero realmente lo hacía tan solo para escucharlo explicando su opinión mientras dejaba ver su gran ignorancia, —diciendo almarino por armario—. Todo este tiempo he tenido que soportar esas malditas reuniones con los padres de Oliver, y

siempre lo he complacido en asistir, y, aun así, el imbécil no me puede complacer no pidiendo *Indian food*. Ha rebasado mi límite de paciencia y de promesas no cumplidas, y creo que es hora de cambiar algunas cosas, a ver si puedo conseguir una victoria de mi lado. Las concesiones hacia Oliver van a cambiar, si rectifica creo que este matrimonio puede funcionar aún.

IV

Hay un porcentaje grande de circos pobres y creo que nosotros estamos en ese porcentaje; he escuchado sobre circos tan pobres, que en un acto de magia colocan en una mesa de madera una calavera con varias hojas de lechuga sobre la mandíbula, y por detrás, invisible al público, el conejo hace ver que el esqueleto come la hoja de la lechuga. Ese mago se quedó sin trabajo cuando murió el conejo. Es unas de las tantas historias de circos pobres, pasando por situaciones patéticas. Este circo Ademar es como una pequeña ciudad autónoma de clase pobre, con ciento sesenta habitantes; unos más locos que otros, con sueños sobre—valorados, haciendo que el ecosistema del circo siempre esté constantemente en medio de sentimientos encontrados de egos estúpidos.

Los ensayos comienzan a las once de la mañana, cada uno ya sabe lo que tiene que hacer en su rutina. Todos los artistas deben estar maquillados y con su traje, dos horas antes de la función, por decreto de mi padre, cansado de tantas sorpresas de último momento. Hace tres años trabajaba en un acto en la cama elástica, acto que llamó mi atención, y en un par de meses logré dominarlo. Sentí que por fin había encontrado lo que realmente me gustaba: «unos meses

más y lo dejarás, como todo lo que has hecho en este circo!», me decía mi padre, por lo que decidí practicar algunas acrobacias que tenía en mente. Calenté mis músculos y empecé a realizar pequeños saltos para ir aclimatando mi cuerpo, y en el momento que salté más fuerte, algo duro impactó en mi cara. Algunos resortes de la cama se zafaron, rompiéndome tres dientes y los labios.

Mi padre, con toda pericia, revisó minuciosamente la cama elástica, llegando a la conclusión que alguna persona había aflojado esos resortes. De manera rústica echó a los cuatro artistas que trabajaban en esa rutina. Me rehusé, pero no me quedó más que aceptar la hipótesis de mi padre. Duré algunos meses recuperándome, tiempo que aproveché para retomar algunas lecturas, dejando un tiempo de ocio para disfrazar mis pensamientos y jugar con mi imaginación, donde pude verme viajando por toda *Europa*.

Mis primeras tareas asignadas después de esos meses, fueron entre otras, ayudar al personal de mantenimiento en pequeños trabajos, e ir a la tienda más cercana en la pequeña moto comprada por el circo para esos menesteres. Me gustaba sentir la brisa deslizándose en mi cara, dándome una sensación de libertad cada vez que aceleraba el motor al máximo. Me entusiasmé con las motos, y queriendo sentir un poco más de adrenalina, me acerqué a quienes hacían

el espectáculo del globo de la muerte. Este acto contaba con cinco motociclistas dando vueltas sin parar, en una estructura de metal en forma de círculo, sin chocar entre ellos. Al sentir la potencia de esas motos, pensé que al fin había encontrado mi acto.

Mi padre entusiasmado – ya que cuando joven le apasionaron las motos – me compró una *Honda* color rojo, con detalles en blanco. En mi primer día de ensayo, todo fue un desastre. *Patrick*, que en su época fue toda una figura, fue quien me indicó cómo debía comenzar a manejar dentro del globo. Subí a la moto, agarré con firmeza el mando y arranqué atendiendo las indicaciones previas, pero al momento de completar la vuelta, desaceleré. En la estrepitosa caída, me disloqué un hombro y me fracturé una muñeca. No supe interpretar la mirada de mi padre, pero fue algo así como una metamorfosis entre lástima y decepción.

Una vez más, en mi remolque, de reposo, pero esta vez con un dolor en hombro que extrañamente a las dos de la mañana me dolía, haciendo mis noches malditas, entre analgésicos y algunas novelas de ficción. Así pasé varias semanas. Algunas noches me sentaba tras el escenario, donde podía ver todo el vaivén de los artistas. Veía a los acróbatas Daniel, Antonio y *Jhon*, que se hacían llamar *Zazu*, *Lnero* y *Corril*, respectivamente. Eran tres rumanos que llegaron al circo, y que permanecían muy callados – como en una especie de

rito – antes de salir al escenario. En el balancín, estaban *Richard* y *Jhoanna*, con nombre artístico *Bodel* y *Konda*. Angélica era contorsionista, venida de Rusia, con veintiséis años de edad, y se hacía llamar *Beauty*. Haciendo un ejercicio de cálculo mental, pienso que puede medir un metro ochenta de estatura, con una hermosa cabellera amarilla cayendo sobre sus hombros, piernas largas y ojos grandes, color azul. Cada vez que pienso en ella, recuerdo sus preciosas nalgas.

Llevar el apellido Ademar me brinda ciertas ventajas. Llegamos a un pueblo del sur, *Bibury*, y la primera noche fui a tomar algunas cervezas en un pub ubicado cerca de la carpa. *Cleste* era el nombre del lugar que cumplía – como todos los pubs – con los cánones sacramentales: contaba con dos televisores, en uno fútbol y en el otro cricket. Había varios señores mayores discutiendo por una jugada vista en el segundo aparato, y otros comentando sobre el nivel del fútbol en España. Un hombre sentado en la barra con un periódico doblado por la mitad, hacía un crucigrama.

Pedí una cerveza al sentarme en la barra, mientras observaba cómo extrañamente el lugar parecía un mundo de viejos, pues hasta el barman era entrado en edad. Pasaron algunos minutos y pude ver a Angélica – que llevaba poco tiempo en el circo – saliendo sorpresivamente del baño. La miré fijamente, y ella con simpatía y mostrando agrado, me saludó, pidió

una cerveza y se sentó a mi lado mirando el partido de *cricket*. Habiendo superado ya lo de *Liza*, y descartando cualquier tipo de enfermedad después de exámenes realizados, le comenté que el bateador de Nueva Zelanda era uno de mis favoritos. Tomó un sorbo de su cerveza, hizo un gesto de afirmación con su cabeza, y después de muchos *Pints*, terminamos en mi remolque tomando vodka. Besándonos apasionada e intensamente, creí que había llegado el momento de desvestirla, pero cuando lo intenté, tomó mis manos para confesarme que aún era virgen, y le había prometido a su novio guardar su virginidad para el momento de su casamiento. —“Pero no todo está perdido, puedo hacer algo por ti”, me dijo en tono susurrante. Bajó mi jean, se arrodilló, tomó mi pene, lo colocó entre sus senos, y le hizo honor a su país.

Lewis, Marcelo y Henrique, ostentando los nombres artísticos de *Wis*, Lelo y *Zizu* (en el mismo orden) se desempeñan en la cama elástica. Vienen de *Manchester*, y aun cuando parecen muy engreídos para mi gusto, debo aceptar que algunos artistas son así. (Como ya no lo soy, a mi ego le cuesta aceptarlo). En la cuerda floja tenemos a Lorena y Jorge, conocidos como Sol y Chachi, y en el equilibristismo está Alan, cuyo nombre artístico es *Zaul*. Este último nunca sale de su remolque y jamás se le ve ensayando, permanece aislado, como si fuese un eremita, un hombre de las

cavernas. Pero a la hora de su acto, sale proyectando la seguridad requerida, en una actitud que creo muy conveniente en ocasiones, para evitar reflejar posibles puntos débiles que pudieran ser usados en contra.

V

—¡Qué grata sorpresa! — dijo Mariana, dándome un beso en cada mejilla.

—Estaba caminando por esta zona y quise pasar a saludarte — le dije, sentándome en el sofá donde una vez al mes vengo a desahogarme con ella.

—¿Todo está bien? — me preguntó con un tono de voz de preocupación.

—¡Sí! Quería verte unos minutos—le respondí sonriendo.

—¿Has hecho el ejercicio que te aconsejé? — me preguntó, cruzando las piernas.

—Sí— le dije, afirmando con mi cabeza.

—¿Te gusta? ¿Cómo te sientes? — dijo en estilo terapéutico que detesto.

—Lo he hecho, pero no me gusta mucho, me parece una mierda— dije mintiendo, pues me encanta la idea.

—Ya pensaremos en otra cosa, Lily — dijo en un tono lastimero que detesto también.

—Ya me tengo que ir, me alegró verte, deberíamos organizar una cena— le dije levantándome, para caminar hacia la puerta del estudio.

—Me parece buena idea, así puedo ver a Oliver, que hace mucho que no lo veo— dijo Mariana dándome dos besos en cada mejilla.

Por un momento había olvidado completamente a Oliver, quizás debido a que ya había comenzado mi

indiferencia hacia él. No le planché la camisa de trabajo ni busqué la corbata para combinarla, tan solo le hice una taza de café de desayuno. Sorprendido, me preguntó por qué no había planchado su camisa y vestida y lista le repliqué en tono seco: «¡no tengo tiempo!» y salí del apartamento sintiendo que había hecho un buen movimiento para llamar su atención. Después de ver a Mariana, con algunos minutos de ventaja, me fui a la librería donde gracias a mi mala suerte tengo que aguantar en silencio, a la desagradable vieja medio santurrona de mi jefa *Agata*. Tiene sesenta años, nunca que se ha casado, no tiene televisor ni computadora en su casa, solamente un pequeño radio y libros por doquier, todo esto lo sé desde hace varios años, cuando me invitó a tomar el té en su casa.

Tuve que actuar para disimular el olor rancio en el momento de entrar en su casa. Me hizo pasar al *living room*, y en el momento de sentarme en el sofá que hacía juego con la alfombra —no por el color sino por lo sucio— sentí cómo el olor a rancio se hacía más intenso. Montañas de libros regados en cada esquina del salón, y con una biblioteca tapada con una sábana marrón. *Agata* trajo el té y un plato pequeño con algunas galletas, le pregunté dónde quedaba el baño, y sin mirarme me señaló con su dedo apuntando hacia arriba; eso me asustó un poco y caminé hasta unas

escaleras donde había más libros. En el baño, al lado del inodoro, dos torres de libros nuevos y viejos, coloqué la alarma de mi móvil para que se activara en veinte minutos, y así poder simular una llamada y escapar. «Veo que es una gran lectora» le dije tomando un sorbo de té que no era tal, sino azúcar con agua. Me respondió con un tono de sorpresa y una pequeña sonrisa: «¡un poco!».

La visita duró hasta que sonó mi móvil y pude salir de esa casa. *Agata* me acompañó hasta la puerta, diciéndome que pronto planearía una cena para escuchar las misas de *Beethoven*; me asustó un poco el cambio permanente en su tono de voz, y su cara pareció jugar con múltiples personalidades cada cinco minutos. En la librería, no actúa de esa manera.

Como todos los días, *Agata* me entrega una lista de los ejemplares nuevos que hay que buscar en el depósito para ordenarlos en sus repisas; ordeno los libros que están en vidriera con vista a la calle, la mayoría de los cuales se corresponde con los más vendidos de la semana, las rebajas semanales, y unas biografías nuevas. Siempre trato de hacer todo lo más rápido y mejor posible, para maximizar el tiempo libre. El mayor flujo de clientes es a eso de las diez de la mañana; personas mayores buscando el nuevo libro de recetas de *Jaime Oliver*, otras personas buscando novelas de ficción, románticas, surrealismo mágico y crimen.

Llego con un ánimo de mierda y a duras penas a la una de la tarde, momento en que tomo media hora para comer en una cafetería cercana. Cuando regreso de almorzar, coloco mi mente en piloto automático, y disfrazo mis pensamientos para sentir que disfruto el trabajo. Lo más emocionante de mi día es cuando regreso a casa, algunas veces en autobús, pero casi siempre caminando. Esta vez, un par de cuadras antes de llegar a mi departamento, vi un pequeño auto con un cartel en su parabrisas que decía “Se vende”. Se trata de un *Ford Fiesta*, modelo que siempre me ha gustado, probablemente porque aprendí a manejar en un *Ford*.

Tomo mi celular y llamo al número que dice el cartel, me atiende una mujer, le doy las buenas tardes y le pregunto por el precio del auto; me dice 1,500 libras —me sorprende el precio— le pregunto que si tiene algún problema mecánico y la mujer me responde que está en perfecto estado, que el motivo de la venta es que era un regalo de su exmarido y le trae malos recuerdos, que solamente quiere deshacerse de él. No dudé y quedé con la mujer en una hora en el sitio donde estaba el auto.

Tomé mi celular y llamé al número del cartel. Me atendió una mujer, y luego de darle las buenas tardes, le pregunté cuánto dinero pedía por el auto. Me sorprendió el precio de mil quinientas libras, y enseguida

le pregunté si tenía algún problema mecánico, a lo que ella respondió que estaba en perfecto estado, que básicamente el motivo de venta es que, por ser un regalo de su ex, le trae malos recuerdos, y sólo quiere deshacerse del vehículo. Sin dudar, acordé con ella vernos en una hora en el sitio.

En múltiples ocasiones, le había hablado a Oliver de la conveniencia de comprar un auto, a lo que respondía que sería un gasto innecesario, por cuanto no era molestia para él tomar el *underground*. Pero esta vez, sin importar lo que pensara, tomé un baño, me vestí, y saqué mil quinientas libras de la vieja caja fuerte que heredé (no confío en los bancos). Pocos metros antes de llegar al sitio indicado, avisté una mujer de cabello negro, que resultó ser efectivamente Amanda, la dueña del vehículo. Le entregué el dinero al tiempo de ella entregarme los papeles de propiedad. Encendió el motor y me invitó a que viera su interior. ¡Como nuevo! le dije, para preguntarle por qué lo vendía a un precio tan módico. “No me interesa el dinero, solo deseo no verlo más, porque me recuerda a mi ex marido, que es un hijo de su madre. Además, en cinco días parto a Suramérica, y un dinero extraño está nada mal”.

Con un dejo de envidia le pregunté: ¿Suramérica por trabajo? –No, he vendido algunas cosas que me quedaron de mi divorcio, y voy en vacaciones largas para

Acapulco en busca de un buen mexicano que me llene de placeres, me respondió, soltando una carcajada. ¡Qué suerte tienes! pensé, acompañándola con mi risa, para enmascarar la envidia que sentí. “Nuestro paso por la vida es efímero, y transcurre muy rápido como para perderlo en tonterías que no es de nuestro agrado hacer”, me respondió. Antes de despedirse, colocó su tarjeta personal entre los papeles, me estrechó la mano y se despidió de mí desapareciendo al subir en un Mercedes negro descapotable. Me quedé por un instante pensando en sus palabras, subí al auto, y maneje por primera vez hasta el puesto de estacionamiento del apartamento. Antes de bajarme, tomé la tarjeta de Amanda, y la guardé en mi bolso.

—He comprado un auto—le dije a Oliver después que lanzó su chaqueta sobre de la mesa.

—¿Presumo que eres tú quien va a pagar el seguro y la gasolina del auto? porque yo no necesito un automóvil, mi amorcito— me dijo, con ese diminutivo que detesto.

—Tranquilo, me haré cargo de los gastos del auto—le dije esperando una pregunta sobre los detalles de la compra, o unas felicitaciones.

—Sería lo más adecuado, ya que no me has consultado; pero pensando bien, es una buena idea, así podremos visitar a mis padres más a menudo— agregó mientras encendía el televisor.

—¿Qué cenaremos hoy? — dijo cruzando las piernas.

—No tengo ganas de cocinar, y ya que está el auto, podemos salir a cenar en ese restaurante de *Oxford* que tanto me gusta, para celebrar. Yo invito— le dije como excusa para hacer que viera el bonito Ford que había comprado gracias a un divorcio.

—Estoy muy cansado, pediré *Indian food* ¿Quieres algo? — dijo sin hacer ningún contacto visual.

—No, gracias, yo misma iré por algo de comer— le dije tomando las llaves del auto y mi bolso al sentirme como una estúpida.

—Ok— dijo, viendo a la televisión mientras quitaba sus medias.

—Nos vemos en un rato— le dije apretando las llaves, con muchas ganas de insultarlo, pero me contuve.

Puse el auto en marcha sin tener la menor idea de dónde iría, sólo quería alejarme del imbécil de Oliver. Por mi mente pasaron decenas de cosas que pude haber dicho ante su indiferencia, pero siempre me ocurre lo mismo, me contengo. Alguna vez leí en una revista, que estudios demuestran que cuando una persona no tiene claro un destino, termina caminando en círculo, y justamente es lo que hice: manejar en círculo. Encendí la radio buscando cualquier programa interesante, pero lo único que logré escuchar fue música pop de los noventa. ¡Cómo ha cambiado la radio, ya no es como antes! pronuncié en voz alta

mientras cruzaba un semáforo. Era más de las siete de la noche, y decidí volver a mi zona y comer algo en cualquier pub cercano al departamento, pero al querer saber mi ubicación, noté que estaba completamente perdida.

Hice una parada en un gran estacionamiento aparentemente semi clandestino, donde pude ver mucho movimiento de hombres que salían o entraban por una puerta. Observé con detenimiento, y se hizo obvio que era un puticlub. No pude evitar sentir un poco de lástima por las esposas o novias de aquellos hombres. Activé el GPS de mi celular, vi algunos minutos el mapa, y regresé al departamento sin ningún problema. Nunca había visto un puticlub de esas características... ¡Qué básicos son los hombres!

VI

El acto del globo de la muerte, lo hacen *Aris*, *Cameron* y *Dan*, quienes artísticamente son *Ziza*, *Casper* y *Lile*. Carlos, cuyo nombre artístico es *Brasel*, es un mexicano que hace de hombre bala y participa también en los malabares junto a *Jusepe*, *Francesco* y *Leonardo*. *Emerick*, conocido como *Sami*, es el único mago del circo. En el monociclo están *Jack*, *Elizabeth* y *Patricia*, con los nombres artísticos de *Solim*, *Rosa* y *Kael*. Tenemos un solo hombre que hace de traga fuegos, llamado *Rafael*, de nombre artístico *Paquin*, quien no pierde ninguna oportunidad de hacer alarde de sus raíces españolas, y el flamenco no deja de sonar nunca en su remolque. *Leopoldo*, *Nicula*, *Néstor*, *Penélope* y *Lucía* conforman la familia de los trapeceistas, donde a *Lucía*, con tan solo cuatro años, le sale por los poros el potencial artístico. *Angélica* ayuda a las bailarinas *Roxana* y *Sofía*.

Por último (aunque me cuesta un poco llegar a este punto), están los payasos, conformados por *Lilo*, *Nick*, *Jeff* y yo. El nombre artístico de *Lilo* es *Crodoum*, el de *Nick*, *Mamil*, (es el enano que baila de cabeza cuando mi padre cierra la función), el de *Jeff* es *Dondil*, y por último estoy yo, que me hago llamar *Kasi*. Tenemos seis conductores de camiones y tres cocineras de nombres *Elibet*, *Andre-*

na y Lorena. Servando es el jefe de mantenimiento eléctrico e integral, con él siempre estoy atento, para ofrecer mi ayuda tan solo por escapar del escenario.

Al igual que mi padre, no quiero engañarme para sufrir, pensando que soy de este mundo. He intentado de todo, acrobacias, balancín, cuerda floja, equilibrismo, magia... lo único que me ha faltado, es unirme al grupo de bailarinas. Mi padre se resiste a perder la esperanza de verme engranado en un acto del circo, y tomar algún día la dirección general del mismo. No tuve una adecuada educación en ningún momento de mi vida, para mi padre más importante que aprender a leer y escribir, es que tenga dominio del oficio. Con esa metodología creció, y esa es la única manera de ganarse la vida que conoce.

Los días pasan y a mis treinta y seis años sigo aquí, junto a mi padre, haciendo cosas que no sé si realmente quiero hacer. Mi vena cirquera y artística sufre una especie de trastorno patológico, que consiste en levantarme algunos días con ganas de seguir con la vida que llevo, pero otras veces quisiera escapar para comenzar a viajar, sintiendo realmente que esto es lo que quiero hacer. Solo que apenas cuento con un escaso veinte por ciento de lo que calculo podría necesitar para emprender mi periplo, y no sería hasta dentro de un par de años que lograría reunir lo suficiente, sin importar lo que él opine.

He plasmado todo el itinerario en esta libreta. Mi primer destino sería India, país que siempre me ha atraído, que cuenta con mil trescientos treinta y nueve billones de habitantes, región sumamente rica en cultura y espiritualidad, con gran variedad de especias, que emanan aromas únicos. Sueño con visitar el palacio de *Mysore*, uno de los mejores ejemplos de la época dorada, *Sri Meenakeshu*, uno de los templos más importantes, visitado por millones de personas para rendir culto a una deidad, el *Taj Mahal*, el monumento más visitado en ese país, además de pagar con rupias la degustación de platos típicos como el pollo *tandoori*, o el pollo *tika masala*, o el *kashmiri aloo dum*, que es un plato vegetariano a base de patatas.

Me agradaría disfrutar de los colores particulares de la India, es decir, esa gran gama de rojo, naranja, amarillo, amarillo verdoso, violeta, azul turquesa y verde, encontrados en cada mercado popular de *Mumbay*. Mi segundo destino sería París... poder caminar por *Champs Elysees*, disfrutar de la famosa *Berthillon*, que funciona desde el siglo XX. Obligante ir a la torre *Eiffel*, y cómo no asistir al museo *Louvre*, comer en cualquier restaurante, inmejorables todos dictando cátedra del buen comer.

.

VII

Acostados ya, en tono alto le dije a Oliver: «¡Nunca más cuentas conmigo para planchar y organizar tu ropa en la mañana!»

—¡Mierda! fue su respuesta.

Di media vuelta y apagué la lámpara en mi mesa de noche. En la mañana, su cara de malestar era notable, en contraposición a mi aire de paz e incipiente libertad. No me había sentido tan tranquila en mucho tiempo como ahora, sin el fastidioso planchar de cada mañana. Cumplí con mi obligado ritual matutino, es decir, bañarme y prepararme para ir a trabajar, luego de preparar café. Tomé las llaves del auto y mi bolso, mientras Oliver seguía mis pasos intentando anudar su corbata. (Era una de las que yo más detestaba, la más horrible que había visto en mi vida, y aunque había intentado deshacerme de ella, él se oponía alegando que era un regalo de su madre).

Bajé las escaleras al pasitrote, y mientras, sentí que Oliver seguía el ritmo de mis pasos. Era claro que intentaba decirme algo, y en fracciones de segundo mi ilusa imaginación comenzó a verlo pidiéndome perdón con un tierno beso y un abrazo, Llegamos a la planta baja, donde yo tomaría el camino al estacionamiento, y él hacia la entrada principal. Me tomó

por un brazo suavemente, haciéndome pensar que era el momento de disculparse por los últimos días de apatía y descuido, pero descubrí que la realidad era otra, al escucharlo: ¿Puedes llevarme? recogiendo los hombros y abriendo sus manos, como jefe malhumorado. ¡Vete a la mierda! fue mi respuesta, girando sobre mis talones.

¡Antes, eran tantas las cosas que me gustaban de Oliver, y ahora, son tantas las cosas que odio! Ya ni siquiera nos reímos del mismo chiste, quizás por esa ingrata actitud de no darse cuenta de sus imbecilidades, y ni tan sólo complacerme en no pedir *India food*. Puse el auto en marcha, salí del estacionamiento, y lo vi esperando en la puerta del edificio, creyendo seguramente que mi actitud era por una rabieta pasajera, y que era yo quien debía pedir disculpas. Pasé despacio enseñándole mi dedo medio y mirándolo fijamente durante algunos segundos, para luego acelerar haciendo que las llantas traseras chillaran. A pesar de quedar cerca la librería, decidí no caminar más; estaciono a pocos metros, pagando tres libras por todo el día, que transcurre igual que todos los demás, con las mismas personas, los mismos libros y la misma demacrada cara de Ágata.

Esta mañana, vi a un anciano sacando algo gelatinoso de la nariz con su dedo, que luego limpió en la chaqueta de otro anciano que lo acompañaba. Al vol-

tear y darse cuenta que he mirado lo que hizo, sonrió y me guiñó el ojo, haciéndome su cómplice. Después de la asquerosidad de aquel acto, a eso de las once de la mañana recibí un mensaje de Mariana, recordándome la cena en el restaurante tailandés cercano a mi departamento. Había olvidado por completo la invitación, y estuve tentada a llamar a Oliver para que cenara con nosotras, y así evitarme responder a las interrogantes de mi amiga.

Pero de sólo recordar lo miserable y egoísta que ha sido Oliver últimamente, la idea de invitarlo se evaporó en mi mente. Salí del trabajo a las cinco de la tarde, ni un minuto más ni uno menos, como le gusta a Ágata. Me dirigí en el auto a una tienda de artículos portugueses donde suelo comprar un vino, cuya calidad me parece aceptable para su precio. Tomé la *Clapham Street* para incorporarme a la *Lambe Street*.

La tienda es pequeña, pero bien surtida con variedad de productos traídos de Portugal, como embutidos, chorizos, pasta seca, pescados y vino. La mujer que atiende siempre me saluda en portugués – idioma que no entiendo – y siempre con ella está un hombre mal arreglado con pantalones de vestir, pantuflas y una franela blanca con el logo de Coca Cola. Deduzco que es su esposo, que, con su bigote amarillento manchado por la nicotina, me ve de arriba abajo con una mirada sádica y penetrante, fijando su vista durante

varios segundos, sin disimulo, en mi entrepierna. Sin quitarme la vista, tomó una galleta del mostrador y se dispuso a comer haciendo chasquidos, encendió un cigarrillo y comenzó a limpiar los dientes con su dedo índice.

Salí rápido de la tienda, sintiendo lástima por la suerte de la mujer. Llegué al restaurante antes que Mariana, pedí un *Merlot Australiano*; no estaba segura si la música de fondo era *Chopin* o *Vivaldi*. Hace mucho no me sentaba en un restaurante porque Oliver prefiere pedir *Indian food*, pero alejé de mi mente mis miserias y me concentré en la música, el vino y el hombre que masturbaba las copas de vino con una pequeña toalla blanca.

Pasados algunos minutos, llegó Mariana. Nos saludamos como siempre, con dos besos y un abrazo que dura unos cuantos segundos, demostrándonos el afecto y cariño habidos por muchos años. Ella ordenó un vaso de vino rosado y antes de que preguntara por Oliver, le dije una mentira piadosa: “No pudo acompañarnos debido a un problema estomacal. Sin perder tiempo, desvié su atención para evitar el interrogatorio de terapeuta, pidiéndole que me contara del psicólogo con el que está saliendo.

Mariana suspiró luego de un sorbo largo de vino, para decirme que tan solo dos encuentros bastaron para descubrir que es un verdadero sádico y canalla. Cru-

zó las piernas, y comenzó a contarme: —La primera noche fuimos a cenar y luego a una discoteca. A eso de las dos de la mañana, le pedí que me llevara a casa pues me sentía cansada. Sonrió, me dio un beso en la mejilla, llamó un taxi y se despidió como si nada pasara. No le di mucha importancia a su actitud, hasta la segunda vez, cuando fuimos a un restaurante mexicano. Trató de emborracharme con tequila, mientras hacía elogios estúpidos a mi vestuario. Luego de cenar, ofreció llevarme en su auto, al hacerle saber que asistí a un congreso en *Manchester* y me sentía agotada de mi viaje, por lo que no me sentía animada para ir a una discoteca o algún pub. Faltando poco para llegar a mi casa, mientras miraba mi móvil, sentí un ruido extraño. El muy imbécil había bajado el cierre de su jean, y sacando su pene me invitó a jugar con su amigo usando mi boca. Sin dudar, tomé mi bolso, abrí la puerta del auto, y al bajarme le dije que no quería que me llamara nunca más.

Mariana pidió otra copa de vino y terminó diciendo que lo más incómodo es que lo ve unas tres veces a la semana, ya que su consultorio está al lado del suyo. «¿Cómo se llama el fantoche?» le pregunté, cruzando ahora yo mis piernas, *Eugenio Chirinos*, respondió en tono molesto. *Mariana* es una de las mujeres más educadas que en mi vida he conocido, son muy pocas las veces donde su vocablo se encuentra interrumpido

por una palabra agresiva o grotesca, pero claramente, el acto de aquel *Eugenio*, la había herido.

«Ahora Hablemos un poco de ti», me dijo haciendo su primera pregunta: ¿Cómo te has sentido con el diario? Fijé mi vista en el menú para no hacer contacto visual, y le dije que no he escrito, que he comenzado a leer una novela. No sé por qué le estaba mintiendo sobre el diario. Mi respuesta no causó ningún asombro, y astutamente le pregunté si ya estaba lista para ordenar. Ella levantó su mano llamando al mesonero, me miró, y dice: «A veces vemos que no pasa nada, y sin embargo están pasando muchas cosas».

VIII

«Tendrás que salir hoy a escena, *Jeff* no se siente bien, te espero vestido y maquillado en media hora», dijo mi padre después de, una vez más, entrar a mi remolque sin tocar la puerta. Coloqué mi mente en piloto automático, me vestí con el traje amarillo desgastado igual que una vieja pared. Ya he perdido aquellos nervios por salir al escenario, en muchas ocasiones me tenían que empujar. Ayer fue totalmente diferente, y anoche temprano, después de la función, ya estaba en mi remolque. Casi siempre después de quitarme el traje de payaso, entro en un estado de melancolía y depresión.

¡Todo me parece tan aburrido, se me hace que siempre hago lo mismo! Lo que tengo cerca, lo que percibo, lo que siento. Creo estar viviendo en constante monotonía, después de pasar por todo lo que ofrece el circo, escogí ser payaso. No sé si por lo corto de la intervención, o quizás porque usando tanto maquillaje, nariz falsa y peluca, no se nota tanto que no pertenezco a este mundo.

Cuando le dije a mi padre que quería ser payaso, bajó la mirada y se marchó —el silencio es un arma eficaz—, ahí comprendí que no me creía ni una sola palabra; después de pasar por malabarismo, mimo, mo-

nociclo, tragafuegos, trapecista, acróbata, globo de la muerte, balancín, cama elástica, tenía sus razones. *Jeff* es un payaso anciano que se hace llamar *Dondik*, siempre que se siente mal es porque la noche anterior bebió hasta caer inconsciente en su cama (Un payaso cuando comienza a beber cae más aprisa de lo que un techador borracho, cae).

El siguiente destino en mi plan de viajes sería Ámsterdam. Subiendo al tren, en tres horas y media llegaría a *Centraal Station*. Es una capital que admiro por su gran tolerancia de convivencia, y porque me agradaría probar sus famosos quesos, sus platos típicos como el *rijsttafel*, característico de la gastronomía holandesa a base de arroz con verduras, carne y coco, o quizás me atreva a probar la sopa *erwtensoep*, que simplemente es a base de guisantes. Visitaría el museo del sexo, el Barrio Rojo, tomaría *Heineken* hasta emborracharme en cualquier pub, fumaría marihuana y terminaría comiendo porciones pantagruélicas en cualquier sitio de comida rápida. De igual forma, visitaría los campos de tulipanes, comprobando la veracidad del dicho que proclama: “La belleza es un alimento”.

Los números me agobian, porque en el momento de hacer las sumas, estos me muestran el tiempo que me falta para empezar mi viaje. Mientras tanto, mentalmente voy recorriendo todas las ciudades que quiero conocer, ya que, si por algún motivo no se cumplen

mis planes, ya he viajado imaginariamente. Pienso que he nacido para saborear los placeres de viajar, así que me mantengo firme en que ese día llegara. Como dice *Lilo*: «La esperanza es un sentimiento de poder que nunca deberíamos subestimar».

Lilo, que se hace llamar *Crodovan*, de manos grandes y contextura fornida en su metro noventa de estatura, llegó desde *Glasgow* a trabajar como payaso en el circo desde hace cinco años. Me ayudó a crear mi personaje en el momento que decidí incursionar en su oficio, pero a pesar de que me pareció algo muy sencillo, para Lilo era como crear una nueva vida. Jamás pensé que significara tanto para él...

Me explicó que, para ser payaso en el circo de mi padre, no necesitaba muchas cosas. “Igual duramos veinte minutos en el escenario”, agregó con risa burlesca (En ese momento entendí, que no era el único en ver la mediocridad de esta carpa). Era lunes, lo invité a un pub cercano, y llegó a las siete de la noche, como habíamos acordado, vestido con camisa verde, jean azul y mocasines desgastados.

—¿Te gusta el circo? —me preguntó poniendo su mano en mi hombro, como señal para que respondiera con sinceridad.

—¡Sí! —le respondí, esquivando el contacto visual.

—¡No te creo una mierda! — me dijo riendo, y no hice más nada que acompañarlo en su risa.

Comenzó a relatarme, que viene de una familia de relojeros a lo largo de varias generaciones. Estima haber tenido una infancia feliz. Su padre le compraba todo lo relacionado con payasos, incluyendo la decoración de su habitación. Su madre, conociendo su fascinación, al cumplir diez años le regaló una nariz roja y una peluca de varios colores. Fue entonces cuando comenzó a hacer de cómico en la familia durante algunos años, hasta que su padre lo llevó por primera vez a la relojería para enseñarle el oficio. Comenzó haciendo pequeños trabajos, pero entre chistes y bromas distraía con frecuencia a los dos empleados del local.

A sus dieciocho años — y con algunos whiskeys en la cabeza — llegó a su casa borracho, diciéndole a su padre que no iba a seguir sus pasos, que quería ser payaso, o cómico reconocido. Al verlo en ese estado, este no le dio mucha importancia, lo duchó con agua fría y lo metió a la cama. Al siguiente día, Lilo repitió las mismas palabras al momento de desayunar en familia, obteniendo como respuesta inmediata de su padre: “Si no vas a ser relojero como yo, entonces no puedes vivir bajo mi techo”. Tomó sus cosas y se marchó al siguiente pueblo, donde estaba de paso un pequeño circo.

—¿Te reconciliaste con tu padre? —le pregunté luego de un sorbo de cerveza.

—No, después de una semana de haberme ido de la

casa, le dio un infarto arreglando un reloj—dijo mirándome a los ojos.

—Siento escuchar eso, *Lilo*—le dije dándole una palmada en la espalda como forma de consuelo.

Lilo continuó: Cuando me enteré de su muerte, sentí pena por mi madre y el dolor que esto le ocasionaría, al tiempo que me alegré por mi padre. Aunque suene loco y extraño lo que pretendo decir, pero es que murió haciendo lo que le gustaba hacer, con ese sentimiento que nadie pudo arrebatarse, por su oficio de relojero. Tenemos que ser como marionetas librándonos de nuestro propio azar, y correr en la pista de la vida como si fuera la primera y única carrera. La vida te va llevando por diferentes caminos, y aquel que no soñó y no logró volar alto, te quiere anclar a su historia.

“Siempre me ha gustado la idea de hacer *stand up*, pero el destino me llevó a ser payaso de un circo de poca monta; perdóname la franqueza”, me dijo. Después del discurso, que a todas luces me pareció que no era algo aprendido o leído en algún libro, tomé otro trago de cerveza, haciéndole saber que, según mi parecer, tenía absolutamente toda la razón. Permanecí callado unos cuantos minutos, pensando en sus palabras, y viendo el efecto que su relato había causado en mí, me preguntó nuevamente con un dejo de sarcasmo: ¿Seguro que te gusta el circo?

“Tengo días buenos y días malos”, le dije, al tiempo que pedía dos cervezas al barman alzando la voz para que pudiera escucharme, pues el ambiente se estaba llenando de ánimo y bullicio. Llegaban grupos con las respectivas camisetas de su equipo favorito, se enfrentaban los equipos de fútbol *Tottenham* y *Liverpool*. Me gusta ese deporte, pero sin preferencia de equipo; me gusta observar el arte implícito en el balompié, ver cómo la fanaticada entona canciones, se abrazan, pelean amistosamente (en algunos casos). Cuando me preguntan de cuál equipo soy, respondo que soy hincha del fútbol, de la pelota, y de esas veintidós almas tratando de dominar un balón, para llevarse la victoria.

Pasó una hora y media, y ya podía sentir los efectos de la cerveza en mi cabeza. *Lilo* se mantenía sereno mientras veía en la televisión cómo alineaban los dos equipos, para comenzar el partido. Pienso que después que termine el primer tiempo me iré a dormir, le dije casi gritando, pues el pub estaba a casa llena.

—Buena idea— me contestó, casi gritando también. Fui al baño a evacuar todo lo que debía evacuar. Al lado de mi cubículo, escuché un sonido extraño que hacía un hombre con la nariz; lavé mis manos y salí trastabillando, tratando de llegar a mi silla, donde alguien se había sentado. Al verme en el sitio, se levantó pidiéndome que me sentara, pero le insistí en que no

era necesario. El juego se mantenía empatado a cero goles faltando diez minutos para terminar el primer tiempo, entonces Lilo tomó su cerveza hasta el fondo y eso me hizo sentir obligado a hacer lo mismo. Terminó el primer tiempo, y la hora de la verdad pareció haber llegado para Lilo, pues se levantó de la silla después de casi tres horas, caminando hacia la puerta de salida como si no hubiera tomado una sola cerveza. “Vamos a tomarnos la del estribo en mi remolque”, me dijo llegando a la carpa, lo que acepté con cierta duda, ya que sabía que iba a ser más que un solo trago.

Al entrar en el remolque, encontramos a *Nick* con una revista de arte en sus manos, y un vaso largo conteniendo un líquido amarilloso con hielo. “Hoy sí vamos a hablar con un verdadero artista”, dijo al verme entrar, soltando la revista y sin siquiera saludar a Lilo. Fue directo a una pequeña y deteriorada repisa marrón, para capturar con sus grandes manos dos vasos cortos, haciendo un comentario sobre los mismos, que no alcancé a escuchar. *Mamil*, (su nombre artístico), mide un metro cuarenta y siete centímetros, de manos gruesas, ojos pronunciados, cabellera hasta los hombros de color amarillo, una barba muy bien cuidada color anaranjado claro, pero su edad es un misterio. Hay quienes comentan que proviene del sur de Inglaterra, otros dicen que viene del norte, y

cuando alguien le pregunta por su lugar de nacimiento, responde con picardía: “Nací en este mundo”. “Quiero mi whiskey sudamericano”, dijo Lilo.

—¿Cómo lo quiere el señor Ademar? — me preguntó *Nick*.

—¿Cómo es el sudamericano? — dije, dejando caer mi cuerpo en un sofá negro muy suave.

—Whiskey, hielo y Agua *Perrier* —respondió *Nick*.

«He caído en la tentación de fumar una de las colillas que has dejado en el cigarrero, siempre me pasa lo mismo» dijo *Nick* y empezó a contar que había dejado de fumar, pero en algunos momentos su mente lo atacaba pidiendo un poco de nicotina: «¡Ay qué cosas! que no podemos dejar, igualmente si logras teñirlas o las disfrazas, en cualquier momento salen a reclamar su parte», dijo *Lilo* mientras con su dedo movía suavemente el hielo de su vaso en movimientos circulares,

«¿Te gustaría estar algún día en Montecarlo?», me preguntó *Nick* cuando estaba viendo una pequeña colección de *CD* en una repisa de madera. (Para algunos, es algo arcaico utilizar *CD* de música a estas alturas de la revolución tecnológica, pero a mí me parece algo muy elegante y romántico). «Me gustaría comer en los famosos restaurantes y salir de pesca», respondí dando un pequeño sorbo por primera vez a mi trago. «Me refiero al festival», replicó *Nick*.

Notando que no tenía ni remota idea de lo que *Nick* me había preguntado, Lilo replicó en mi defensa: «Cómo puedes preguntarle eso a *Guido*, acaso a *Charlie Rivel* le preguntaron si quería ir al festival?». Tienes toda la razón, respondió *Nick*, se puede decir que a *Elvin Bale*, qué me dices de *Oleg Popou*, replicó Lilo, el Italiano *David Larible*, refutó *Nick*, *Anthony Gatto* dijo Lilo, el director *Alexis Gruss* replicó *Nick*, *Bello Nock*, *Trushin Troupe*, dijo Lilo, *Merrylu* y *Jozsef Richter*, replicó *Nick*, *Martin Lacey*, dijo Lilo, terminando el rifirrafe en carcajadas. Y yo, para aparentar que sabía de los personajes que estaban mencionando, los acompañé con una risita estúpida.

¿Sabes lo que pasó el año que naciste?, me preguntó *Nick* con la música de *Ray Charles* de fondo. “No”, respondí. La UNESCO declaró patrimonio de la humanidad a la ciudad de *Biblos* (en Líbano). Un millón de personas murieron gracias a la hambruna en Etiopía, y la CIA comenzó una operación de narcóticos que había generado en todo el país la epidemia del crack. “Interesante”, respondí sintiéndome estúpido, sin que me viniese nada a la mente.

Nick es uno de los hombres más cultos que hay dentro del circo, y expresa su intelecto y conocimientos tratando de culturizar un poco a las personas de su entorno. Al terminar mi whiskey, me disculpé con mis anfitriones y escapé del remolque con el pretexto

de estar cansado y tener mucha hambre. En parte, era verdad, pero también quería descubrir de qué se trata el festival de Montecarlo, y saber de esos nombres que Lilo y *Nick* se habían contrapunteado.

IX

Me gusta sentir la luz que la luna llena refleja en mi rostro, me gusta la gama de colores que se hace al amanecer en épocas de primavera, generando en mí un sentimiento de vida, pero para no transfigurar el maldito clima, amaneció lloviendo.

Oliver hizo el intento de tocarme y con un grito fuerte le dije que no lo hiciera, tan solo recordar que no me complació en no pedir la *Indian food* me hace entrar en cólera fácilmente. Como un escopetazo llegué a la librería y encontré que Ágata se retiró del trabajo. La librería estaba abierta gracias a *Crisek*. Tomé mi bolso, lo coloqué en la oficina con algo de emoción, pensando que lo más legítimo es que yo tomé el puesto de Ágata. *Hanna* me da los buenos días y me dice que *Crisek* volverá en algunos minutos.

Comencé a hacer lo mismo que hago todas las mañanas, esperando que llegara *Crisek* y me dijera lo que quiero escuchar. El salario es una mierda, pero tendría una oficina donde podré escaparme unas cuantas horas. En todo este tiempo que llevo trabajando en la librería, únicamente he visto cinco veces a *Crisek*, el gerente. Pasaron algunos minutos antes de ver cruzar la puerta a *Crisek*, con un hombre de traje igual al que él llevaba. Fueron directamente a la oficina, y yo

seguí con mi rutina haciéndome la idea en la cabeza, de estar sentada, mientras una nueva empleada haría mi trabajo.

A las diez con dos minutos, *Crisek* salió de la oficina y me dijo: «Señorita Lily, venga un momento a la oficina, por favor». «¡Listo!», pensé, hoy celebraré con Mariana mi nuevo puesto de trabajo. Caminé despacio, no quería demostrar mi emoción ante el suceso. «Lily, quiero presentarle al nuevo encargado de la librería», dijo *Crisek* con sonrisa de estúpido. Por algunos instantes me quedé paralizada, y no supe qué hacer, hasta que el hombre extendió su mano y se presentó: «*Jhon Carpell*», dijo, colocando su portafolio de imitación encima del escritorio.

Crisek empezó a hablar con *Jhon* como si yo no estuviera en la oficina; tomé mi bolso de encima del escritorio, y salí de allí. Con ganas de llorar, gritar, vomitar, pasé unas dos horas, no tomé mi tiempo para almorzar, el apetito desapareció por completo, y un pequeño dolor de cabeza no desaparecía después de dos píldoras. A las cuatro en punto salió el tal «*Jhon*» acompañado de *Crisek*. Lo acompañó hasta la puerta y se despidió. «Puede terminar por hoy, yo me encargo de lo que está haciendo», me dijo mirando su teléfono. No repliqué, tomé mi bolso, me despedí de *Hanna* y salí pesando que el maldito día amargo había terminado, que lo único que me quedaba de consuelo

era encerrarme en el estudio a escuchar música, ignorando a Oliver.

Manejé un poco más rápido de lo normal, tan solo quería llegar y quitarme los zapatos, servirme una copa de vino y escuchar cualquier música. Subí las escaleras en un ritmo deportivo —nunca espero el ascensor—, abrí la puerta, y conseguí a Oliver —como siempre—, sentando en el sofá viendo televisión. Lo saludé con desgano y caminé a la habitación. «Mis padres vienen a cenar hoy», me dijo, cuando pasé frente a él. (¡Y pensar que creí que mi día había terminado!). Llené mi copa de vino hasta el tope y me encerré en el estudio.

No dejaba de pensar en que tendría que ver a la madre y el padre de Oliver en mi casa, en mi silla, escuchando la misma historia de cuánto pagaron por el armario —que llega hasta el techo— que está en mi habitación. Decidí tomar un baño antes de la llegada del troglodita y la chismosa, siendo un caso excepcional, ya que Oliver cocinó lo único que sabe cocinar: carne con vegetales, y un *gravy* que viene listo para calentar en el microondas.

El matrimonio debería ser como los jarabes para la tos, que dicen «no consumir después de la fecha de vencimiento», o firmar un contrato por cinco años. Para hacer más fácil la visita de los intrusos, salí del estudio, llené otra vez mi copa hasta el tope, y me

senté en el sofá a ver las noticias (los doctores hablan de lo dañino que es el alcohol, pero si no fuera por el vino no sé cómo estuviera ahora). Los intrusos llegaron a las ocho en punto, el vino había hecho su mágico efecto en mí, y hasta ayudé a *Oliver* a poner la mesa «¿Cómo está señora *Candy*?», le dije a la longeva chismosa dándole un beso en cada mejilla, sintiendo ese olor a viejo que expulsaba su chaqueta. Creo que debería intentar en el mundo de la actuación, pensé en el momento que saludé al hombre de la caverna, es decir, al padre de *Oliver*: «¡Cómo me le va, señor *Bruce*!», me respondió el saludo, y fue directamente al sofá en busca del control.

La cena fue igual que siempre: Bruce repitiendo las mismas burradas, y la longeva chismosa diciendo lo mismo, para desviar mi atención de las idioteces de su marido. “Sirvele un poco más de vino a tu madre, hijita”. (Si fuera mi madre, ya la hubiese envenenado o encerrado en un geriátrico por lengua larga). Ver a mi suegro comer como un cerdo, y escuchar a mi suegra sonar los cubiertos con el plato, me hacía sentir más asco cada vez; pero hoy la culpa no es de ellos, la culpa es de Oliver por invitarlos sin consultarme.

En medio de la cena, me levanté de la mesa alegando tener un fuerte dolor de cabeza, y que lo mejor sería acostarme. Tomé la copa de vino y caminé con rapidez a la habitación, y antes de cerrar la puerta,

pude escuchar a *Candy* decir: “¿Estará embarazada? De ser así, mañana mismo me mudo contigo, hijo”. Me pegaría un tiro en la cabeza, antes que vivir con la longeva chismosa, pensé. Tomé mi *iPod*, me coloqué los audífonos, y me dispuse a escuchar música de *Elton Jhon*. Dos horas después, entró Oliver para decirme que sus padres se marchaban, y debí ir a despedirlos, soportando otra vez ese olor que tanto me repele. Como represalia, tomé las almohadas de Oliver, las llevé hasta el sofá en la sala, y cerré la puerta de la habitación. ¡Creo que el mensaje fue suficientemente claro!

X

Después de sentirme tan insignificante intelectual-mente en aquel rifirrafe entre *Nick* y *Lilo*; me percibí como el perfecto idiota, pero al investigar sobre el famoso festival de «Montecarlo» caí en cuenta de porqué se relacionaba con el mundo del circo. No tenía ningún conocimiento del festival, que se celebra anualmente, y donde se premia a los mejores artistas del mundo con el Payaso de Oro, Payaso de Plata y el Payaso de Bronce.

El festival es organizado y presidido con pasión por la «Princesa *Estefanía*» de *Mónaco*, desde 2006 cuando asumió este rol después que su padre falleció, y aquel contrapunteo de nombres que pronunciaron *Lilo* y *Nick* eran: el payaso español *Charlie Rivel* galardonado en el 1974, *Elvin Bale* el trapecista estadounidense, payaso ruso *Oleg Popov*, galardonado en 1981, *David Larible* el payaso italiano galardonado en 1999, el malabarista americano *Anthony Gatto* galardonado en el 2000, *Alexis Gruss* el director de circo francés galardonado en 1974/2001, *Bello Nock* el payaso americano galardonado en 2011, el acróbata ruso *Trushin Troupe* galardonado en 2017, *Merrylu* y *Jozsef Richter* los domadores húngaros galardonados en 2018 y *Martin Lacey Jr.* el británico galardonado en 2010/2019.

Aclarando el contexto de toda la conversación, una vez más estoy convencido que no pertenezco a este mundo, pero he llegado a una tesis que tiene un tiempo revoloteando en mi cabeza y surcando en mi memoria cada vez que me toca salir al escenario: he llegado a comprender que el papel del payaso en cada país refleja la verdadera sociedad, y somos personajes que encajamos perfectamente en la realidad de las personas, algunos payasos que han venido de *Sudamérica*, y que mi padre como fiel «cristiano» le ha dado trabajo; he visto caras explotadas y cansadas de tanto viajar.

He escuchado testimonios de cómo en los circos de Suramérica los obligan a acomodar los cables del sonido, barrer, limpiar. En el instante de ensayar, salen vistiendo con roturas en el traje, el sombrero, en los zapatos. Se podría creer que es parte del personaje, pero no es cierto, es que así viven y visten, viniendo de sus países bofeteados, pateados, escupidos y empobrecidos por el sistema político. El payaso casualmente y en forma de doble sentido, repite en sus actos, todas las equivocaciones y errores estúpidos de la humanidad. Los payasos se golpean, caminan como ciegos, no entienden la situación, son ineptos, flojos, se burlan entre ellos, se ponen trampa entre ellos, la risa de la venganza, el engaño —he visto situaciones iguales fuera del circo con supuestas “per-

sonas normales”—. Esa es la razón por la que me siento identificado con la realidad del payaso; tengo el “beneficio” de todas las características., Abofeteado: siento que he sido abofeteado por el miedo que no me deja ser lo que realmente quiero ser, o, quizás, el miedo a mi padre. Pateado: he sido pateado por algunas personas, la primera patada que recibí, fue de Dios, que decidió que naciera en esta familia (soy un poco escéptico con respecto a si aquel dios que mi madre me enseñó desde pequeño, existe). Escupido: me he sentido escupido por personas que me rechazan en el momento que he querido hablar con ellas. Empobrecido: por el sistema donde vivo, de este circo pobre. Y lo demás, creo que es un plus que me ha dado el circo.

Creé mi personaje llamándolo «*Kasi*». Quería hacer algo diferente, saliéndome del prototipo del payaso silvestre y común, colocando en mi acto algunos trucos difíciles de malabarismo —tomando ventaja de mi pasantía por esa disciplina—, y así configuré *Kasi*. Tenía que crear un traje que no me molestara a la hora de hacer los malabares, debía tener un carácter serio, y cumplir con la meta de todo payaso: hacer reír a toda costa —siguiendo los consejos de *Lilo*—. Mi padre retomó la confianza en mí al verme ensayar con el *Lilo*, *Nick* y *Jeff*, aunque siempre terminábamos todas las noches después de cada función, en

el remolque de *Nick* tomando whiskey y escuchando cuentos de los circos pobres donde había trabajado. Creando una especie de club, *Nick*; en su paso por Latinoamérica, hombre de mundo y amigo de los libros, contó una historia en esos días de disputas para sobrevivir y conocer nuevas cosas. Consiguió trabajo en un circo en *México*, a través de un hombre que tocaba un saxofón en la calle, llamado *Marcelo Turial*. Contaba *Nick* aquella noche, mientras tomaba whiskey —el aceite indispensable para nuestras conversaciones— que *Marcelo* trabajaba en la banda musical del circo, de paso por el pueblo de «*Santos Reyes Yucuma, Oaxaca*». El cabecilla de la banda reclutaba músicos por cada pueblo donde pasaban, y *Marcelo* llevó a *Nick* con el dueño del circo. *Valentino* era el nombre del dueño de aquel circo; un hombre delgado, muy alto, con una cabellera larga enrulada y una nariz muy grande y puntiaguda, y manos muy bien cuidadas (*Nick* pensó algunos segundos antes de describir a *Valentino*). Le dio trabajo como alimentador de los leones, con una paga miserable que tan solo le alcanzaba para comer y comprar whiskey barato. Por varios días durmió a la intemperie, hasta que conoció al mago del circo, que se hacía llamar «*Espagñ*». Este le ofreció un pequeño espacio en el remolque, donde dormía con su esposa y su hijo de tres años de edad. El mago era igual o más pobre que el circo, su atuendo

era todo hecho con telas de mala calidad, su sombrero era de cartón, y del mismo sacaba pañuelos en vez de conejos, que eran los mismos pañuelos que utilizaban a la hora de comer. Después de algunos meses, y habiendo hecho unos «cuates», *Nick* comenzó a salir todas las noches en cada pueblo donde llegaban, en busca de perros vagabundos para venderlos al dueño del circo. Que sirvieran de comida a los leones, y así ganar un poco más de dinero, aquellas cosas a *Nick* le parecían una barbarie, pero no podía ir en contra del sistema impuesto por lo payasos de aquel circo, que en el día eran payasos y en las noches se convertían en cazadores de perros.

Yo me mantuve callado escuchando todo lo que decía *Nick* o lo que pudiera decir *Lilo*, o algunas veces *Jeff*, quien relataba siempre la misma historia, donde contaba que se enamoró de una mujer de sesenta años, siendo tan solo un muchacho de veinte. Las que más me interesaban eran las historias de *Nick*, ya que de un cierto modo quiero conocer lo que él conoció, pero sin pasar por ninguno de esos percances. Por esa razón debo seguir mi régimen de ahorro.

XI

Desperté con sobresalto a las cuatro y media de la madrugada, en medio de un sueño, y no pude volver a dormir. Oliver se había quedado dormido con el televisor encendido, caminé hasta la cocina, tomé un vaso de agua, y regresé a la habitación. Había soñado que me encontraba en la casa de mi madre, en mi antigua habitación, y escuchaba una voz muy delgada y femenina pidiéndome que me cortara en el brazo con una pequeña navaja; yo no quería hacerlo, pero sentía una gran fuerza en mi mano que hacía pequeños cortes en mi antebrazo izquierdo. Vi cómo salían pequeñas gotas de sangre, sentí a cómo la adrenalina corría por todo mi cuerpo, y desperté. Cuando tenía quince años manejaba bicicleta y de manera intencional caía al suelo, raspando mis rodillas. Al ver la sangre, me levantaba muy excitada pedaleando con fuerza, sintiendo la adrenalina correr por mis venas, igual que en el sueño. Aquella extraña sensación nunca fui capaz de confesarla, ni siquiera a Mariana, que sabe más de mí, que el mismo Oliver.

Era un poco más de las cinco y media, tomé un baño caliente y me vestí, para tomar una buena taza de café en una cafetería apenas a una cuadra de la librería. Oliver roncaba —como todas las noches—

así que caminé de puntillas para hacer el menor ruido posible hasta llegar a la puerta. Silenciosamente la abrí y halé con todas mis fuerzas. Escuchando el grito de Oliver, bajé las escaleras rápidamente, riendo. La cafetería se llama «*Orem*»; compré un café *late*, un ponqué de vainilla y un *sparkling water*. Me senté al fondo en una pequeña mesa, y tomé dos sorbos de café. En ese momento vi entrar a *Lioson Sonil*, le hice señas con la mano y me reconoció automáticamente. *Lioson* es un compañero de la secundaria, nos saludamos con un pequeño abrazo y dos besos en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —le dije invitándolo a que se sentara conmigo.

—Tengo tres meses viviendo en *Stockwell*— me respondió sentándose.

—¿Trabajo? —le pregunté dándole un pequeño mordisco a mi ponqué.

—He creado una empresa de venta de equipos de seguridad, tengo mi oficina en *Brixton*, y me dedico a buscar compañías o negocios como esta cafetería, para proveerles de todo lo necesario en materia de seguridad. ¿Y tú? Cuéntame de ti—me dijo.

—Trabajo en una librería a pocos metros de aquí, pero es temporal, mientras consigo algo mejor—le respondí antes de un nuevo sorbo a mi café.

—Anota mi número de teléfono, y toma mi tarjeta,

así podemos planificar vernos un día. ¡Tenía mucho que no te veía!

Lioson miró su reloj y se levantó de la mesa, despidiéndose de mí con dos besos, diciéndome que tenía un día muy ocupado, lleno de visitas a futuros clientes. Era un poco más de las nueve de la mañana, y el día transcurría rutinariamente.

Jhon, como siempre, en su escritorio, y yo, como es usual, arreglando los mismos libros. Eran las once de la mañana cuando salió de la oficina y caminó directo hacia mí, la librería estaba completamente sola, y *Hanna* en su hora de descanso «¿Te gustaría cenar conmigo esta noche?» me dijo mirando mi entrepierna. «¡Soy casada!» le respondí. «Quiero cenar contigo y conocerte un poco más, es decir, no quiero cenar con tu esposo» replicó el muy patán, con una sonrisita sarcástica. «No quiero conocerte más de lo atinente a nuestra relación laboral» le respondí aumentando mi tono y haciendo contacto visual. El imbécil soltó una carcajada, dio media vuelta, y regresó a su oficina. Nunca llegué a imaginar que iba a extrañar a Ágata. A las once y media de la mañana, llegó un hombre joven, era el primer cliente del día. Vestía jean azul, zapatos deportivos negros, camisa blanca, chaqueta negra ajustada a su cuerpo, y lentes negros. Un metro ochenta y nueve, pienso que podría medir. Caminó hacia mí, y dijo con tono simpático de voz: «¡Buenos

días! ¿Me puedes ayudar con algunos libros?» Sacó un papel de uno de los bolsillos del jean, era una lista de libros. «¿Pueden conseguir autores latinoamericanos?» me preguntó sacando una nueva lista de otro bolsillo, «¡Sí! Van a pasar algunos días antes de que lleguen los libros» le respondí.

La primera lista estaba conformada por *Prívate Berlín*, de James Patterson, *Poem for the day*, de Wendy Cope, *Name to face*, de Robert Goddard, *The way of all flesh*, de Ambrose Parry, *Sharpes Fortress*, de Cornwell, *Stalking the Angel*, de Robert Crais, *How to be Good*, de Nick Hornby, *The last Templar*, *The Snowman*, *The Girl on the train*, de Paul Hawking, *The Oxford to Art*, *You Got nothing coming*, de Jimmy Lerner, *The deils Feather*, *David Copperfield*, *Whit*, *Shame*, *No Safe house*, de Linwood Barclay, *The walls*, *Never the brige*, *The rule of foor*, *How play made the modern World*, de Steven Johnson, *Kitchen confidential*, de Anthony Bourdain, *Perfect Death*, *In the after light*, *The Lucifer effect*, *What every body is sayin*, *Be careful what you wish*,

En la otra lista, *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, *El señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias, *La conspiración de los 12 golpes*, de Thays Peñalver, *Dulces guerreros cubanos*, de Norberto Fuentes, *La dramaturgia*, de Rómulo Gallegos, *El palacio de la luna* Paul Auster, *Diario de invierno* Paul Auster, *La senda del perdedor* Charles Bukowski, *Escupirán sobre mi tumba*, de Jaime Bayly, *Vidas Vulnerables*, de Pablo Simonetti, *La metamorfosis*, de Franz Kafka,

Nunca me abandones, de Kazuo Ishiguro, *Diario de Jules y Edmond de Goncourt*, *Los hombres que no amaban a las mujeres*, de Stieg Larsson, *La chica que soñaba con una cerilla y bidón de gasolina*, de Stieg Larsson, *Lo que no te mata te hace más fuerte* de Stieg Larsson, *2666* de Roberto Bolaño, *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, *Memoria de mis putas tristes*, de Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez, *La tía Julia y el escribidor*, de Mario Vargas Llosa, *Don quijote de la mancha*, de Miguel de Cervantes, son algunos libros que quisiera recuperar físicamente ya que mi esposa cumplió su amenaza de que si seguía comprando libros, iba a tomar algunos para quemarlos. Y ese día de cólera, llegó ayer después de una discusión. (No soy lectora, ni compro libros, pero pienso que el que quema un libro puede quemar a su hijo).

En una semana tendría todos los libros, el hombre pagó mil cien libras por todo. Se despidió dándome las gracias, y antes de irse extendió su mano y me dijo su nombre: «*Sinegra*, gracias por la ayuda y que tengas un excelente día» Me guiñó un ojo, dio media vuelta, y salió de la librería. Por un momento quedé inquieta y empecé a imaginar aquel hombre desnudo, pero desistí de la idea diciéndome a mí misma que era muy joven para mí. Después de tener un día de insinuaciones por parte del imbécil de *Jhon*, con una sonrisa hipócrita le pedí que me dejara salir media

hora antes. Aceptó diciendo que pensara la proposición de salir algún día a cenar. Encendí mi auto dirigiéndome a «*Clapham Road Street*», ahí se encuentran diferentes tipos de pequeños mercados, de diferentes nacionalidades.

Voy cada mes a uno brasileño, donde venden varios tipos de salchichas y muy buenas chuletas de cerdo. Estacioné el auto frente a la tienda, antes de entrar pisé seguramente los excrementos de un perro, limpié mi zapato con la acera, solté unas cuantas maldiciones al dueño del animal, entré a la tienda, tomé dos botellas de vino, y le pedí al hombre que estaba detrás del mostrador dos kilos de salchichas y dos de chuletas de cerdo. «Disculpe por lo del excremento, fue mi perro, y en sentido de disculpa le daré un descuento», me dijo el hombre con una sonrisa. Se veía que lo estaba disfrutando, le gritó en portugués algo que no entendí a la mujer de la caja registradora, y me entregó las salchichas y las chuletas. «Siempre hace lo mismo con su perro, no recoge el excremento para ver quién lo pisa, es como un deporte para él» me dijo la mujer cajera en tono bajo, dándome el cambio. «¿Quién es el dueño de la tienda?» le pregunté. «Él mismo» me respondió. No dije nada más y salí de la tienda, encendí el auto con la idea clara de que era la última vez que vendría a ese sitio, recorrí algunos metros y el olor a mierda empezaba a correr por

todo el auto, enfrenté la realidad y la asumí con toda valentía: que debía botar aquellas zapatillas que me habían costado trescientas libras. Me las quité y las lancé por la ventana, y maldije al perro y al hombre del mercado brasileiro.

XII

Nick, hombre de mundo, amigo de las letras, con diferentes opiniones sobre la vida y manías artísticas, cuyo más leal compañero es el whiskey y los libros. Después de algunos meses de nuestras reuniones, comencé a verlo así, colocando temas como sobremesa, de los que yo no tenía ningún tipo de información. Gracias a *Nick*, ahora sé que cuando los romanos vieron y capturaron por primera vez una jirafa en África, creyeron que por tener la piel manchada era una mezcla de camello con leopardo, y llegaron a la conclusión que era una bestia digna para luchar con los gladiadores. En el circo se mezclan siempre la tragedia y la comedia, un «acróbata» es un simple hombre imitando a un pájaro.

«¿Sabes algo de la muerte de *Esquilo*?» me preguntó un día, mientras servía un trago de whiskey en modo de profesor, y yo, su alumno más neófito. «¡Es una muerte totalmente circense!» agregó. Me explicó que *Esquilo* fue un dramaturgo griego antecesor de *Sófocles* y *Eurípides*, considerado el primer gran representante de la tragedia griega. Pertenecía a una familia muy rica de nobles terratenientes. En su juventud fue testigo del fin de la tiranía de los *Pisistratidas* que son los descendientes de *Pisistrato*, tirano griego del siglo VI,

que gobernó Atenas en «561». Sus dos hijos, *Hípias* a *Híparco*, heredaron y gobernaron conjuntamente en *Atenas*, tras el fallecimiento de su padre en «527». En el año «510» los *Alcmeodinos* que eran de una de las familias aristocráticas de *Atenas*, y que habían sido exiliados por *Pisistrato*, se rebelaron contra *Hípias* y llamaron a *Esparta* que se unió a ellos en el ataque. En la intervención promovida por *Acrópolis*, los espartanos raptaron a sus hijos forzando para salvarse, el destierro del tirano, que abandonó *Grecia* y se refugió en *Sigeo*. Este fue el fin del dominio de los *Pisistratidas*. A Esquilo se le acusó de haber revelado los misterios de *Enlises*, por lo que fue juzgado y absuelto, tuvo un hijo llamado *Euforion* que, como él, fue poeta trágico, el oráculo le vaticinó que moriría aplastado por una casa, por lo que decidió residir fuera de la ciudad. Falleció al ser golpeado por el caparazón de una tortuga que fue soltado por un buitre desde el aire, al confundir su cabeza calva con una roca contra la que se podía romper el caparazón.

«¿Qué quiero decir en todo esto?» dijo *Nick*: en la tragedia y la desgracia podemos encontrar algo gracioso, como dice un poema que es mejor ver y no corregir, ver una casa ardiendo es un lindo espectáculo si no hay más nada que ver. Con el tiempo me hice más amigo de *Nick*, ya que *Lilo* apenas sabía escribir, y *Jeff* siempre vivía en una depresión continua, porque

su esposa lo había dejado varios años atrás, por un mago de un circo ruso que la llevó con él, y desde ese día no volvió a ser el mismo. Antes de salir al escenario, justamente detrás del telón, colocaba su mano en forma de pistola haciendo un gesto como disparándose en la cabeza, mientras veía a *Lilo*. Curiosamente al salir a escena, era extremadamente gracioso y algunas veces me sacaba de mi rutina haciéndome reír. En una extraordinaria tarde de verano, día sábado, llegamos a un pueblo llamado «*Sunderland*». Es un pueblo a diez millas al sureste de *Newcastle*, que aparte de ser un puerto, es el único pueblo de *Inglaterra* que no tiene una catedral. *Nick* me había dado algunos textos para leer, para que comprendiera un poco como veía el mundo. Aquella noche, *Nick* me invitó a un bar donde su primo *Will* era gerente. Acordamos encontrarnos a las ocho, tomé un baño, me puse ropa limpia, y para ir calentando el cuerpo me serví una copa de vino mientras leía una revista de arte que me regaló *Nick* (aunque me costaba un poco entender lo que decía y se apreciaba en la revista).

Nick tocó la puerta diciéndome que saliera, que estaban esperando por nosotros. Tomé el poco vino que quedaba en mi vaso, de un solo golpe, y salí del remolque. *Lilo* vestía de traje sin corbata y *Nick* igual, quise volver a mi remolque a cambiarme porque no me sentía cómodo viendo a *Nick* y a *Lilo*, pero ellos

me frenaron: «¡no importa, estás bien así!» apurándome, ya que en la entrada de la carpa nos esperaba un taxi. El taxista era amigo de *Nick*, y *estuvo* comentando nombres de mujeres que le causaban gracia.

Llegamos al supuesto bar, que al entrar supe que no era un bar o *pub* igual a todos, sino que era un prostíbulo. El primo de *Nick* nos recibió en la puerta, lo saludó con un abrazo, le estrechó la mano a *Lilo*, y después a mí. Había una música de fondo suficientemente fuerte, que nos obligaba a alzar la voz para entendernos, la estructura era tan vieja, que se podía ver claramente grietas en las esquinas del techo con pequeñas telarañas. Quise pensar que eran parte de la decoración, igual que los otros clientes, y tomé mi primer sorbo del whiskey malo que nos sirvieron de cortesía. Nos sentamos en el fondo del espacio, donde el primo de *Nick*, Will, alardeó que era su parte exclusiva del burdel. Eran los únicos sofás que no estaban en mal estado; empecé hacer recorrido visual y pude notar que el hombre de menor edad en el negocio era yo, y las prostitutas me parecían patéticas mujeres de edad.

La música seguía sonando tan alto que no se escuchaba ni una sola palabra de lo que decía *Nick*. Pasaron algunos minutos y llegaron tres mujeres; una se sentó al lado de *Nick*, otra con *Lilo* y la tercera conmigo. Tomé un trago, mirando a la mujer que esa noche iba

a ser mi novia. En un ejercicio rápido, le calculé entre cincuenta y cinco y sesenta años de edad, pero lo peor era su olor a tabaco rancio y una verruga cerca de su labio, con dos vellos cortos que la adornaban. El alcohol fue mi salvación ese día. «Disfruta el momento, y te digo algo, la mujer que te tocó todo el mundo la llama “la diosa”, por sus grandes habilidades orales», me dijo *Nick* en el oído, al ver mi actitud hacia ella. Me volví al sofá donde me esperaba la mujer, ya que *Lilo* sin perder tiempo desapareció subiendo unas escaleras de maderas viejas y polvorientas.

«¿Cómo te llamas *sweetheart*?» me preguntó la mujer colocando su mano en mi pierna, muy cerca de mi pene. «*Guido*», le respondí, tratando de no ver su verruga. Tomé mi trago de whiskey hasta el fondo pues era la única arma que me quedaba; empecé a decir frases inconexas para ver si podía librarme de la mujer, y de los ojos de *Nick* que de vez en cuando me examinaban. Mi memoria trabaja igual que un cementerio aterrerando recuerdos muertos, para después recordarlos en momentos inesperados, igual a un espanto, y de este recuerdo no estoy muy orgulloso. *Nick* se levantó del sofá, me guiñó un ojo y se marchó con su damisela.

«*Amandita*» era el nombre de la popular “diosa”. «¿Qué tal si subimos a la habitación? Así comenzamos a disfrutar» me dijo mientras acariciaba la oreja.

Tragué saliva, y titubeando solté un «¡sí!»; tomé la botella de whiskey, llené mi vaso hasta el tope, y me lo tomé de un solo trago. Subimos las escaleras, ella me agarró la mano mientras me fijaba muy bien que las escaleras no cayeran mientras subíamos. Entramos a la habitación cuya puerta tenía un número tres, escrito con mala letra y marcador negro, las paredes eran tan frágiles que podía escucharse todo de las habitaciones vecinas, una cama de hierro, cubrecama de color azul “amarillento”, una mesa de noche color marrón mal pintada, y un paquete de condones encima de ella, un florero con tres flores plásticas y un cuadro torcido, era lo que adornaba la habitación.

Hice todo lo que se puede hacer con una prostituta, aunque no pude dejar de ver esa verruga maldita. Antes de salir de la habitación, y con un poco más de confianza gracias al whiskey, le dije algo que no le gustó a *Amandita*: «deberías quitarte la verruga, se ve sumamente repulsiva», Soltó una carcajada y entró al baño tirando la puerta. Bajé las escaleras, la música del bar seguía igual de fuerte, miré hacia el sofá donde estaba sentado en búsqueda de *Lilo* y *Nick*, y al mirar a la barra me encuentro a mi padre y a *Leonardo*, uno de los choferes del circo, y que puede reparar casi todo lo que quiere. Caminé hacia ellos, coloqué la mano en el hombro de mi padre, y en tono burlón le dije: «no sabía que todavía estabas para este tipo de

ajetreo». «Con estos y todos los que tú quieras», me respondió riendo y dándome un abrazo. Saludé a *Leonardo* mientras mi padre pedía otro trago de whiskey para mí, nos sentamos cerca de la barra, al sentarme sentí cómo un pequeño resorte se clavó en mi jean.

—¿Cómo llegaste a este sitio? — preguntó mi padre dirigiéndose a mí.

—Vine con *Nick* y *Lilo*—le respondí alzando la voz.

—Algo sospecho, ya que ahora convives más con ellos que conmigo—me dijo en tono burlón para después tomar un sorbo de whiskey.

—No exageres—le respondí.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó.

—Esperar a *Nick* y *Lilo*—le respondí.

—Es decir que vas a dormir aquí, porque esos dos no van a salir hasta mañana en la mañana—me dijo mi padre con una sonrisa.

—Me tomaré este trago y volveré a la carpa— le dije tomando un sorbo de whiskey.

—*Leonardo* se toma un trago más y regresa al circo, se llevará mi auto, regresa con él—me indicó mi padre, dándole una palmada en la espalda a *Leonardo*.

—Perfecto— agregué.

Leonardo siempre me ha tratado con excepcional amabilidad, y no es porque soy el hijo del dueño del circo donde trabaja, sino porque actúa así con todo el mundo. Caminamos hasta el auto. «¿Disfrutaste tu

noche?» me preguntó encendiendo un cigarro. «Más o menos» le respondí. Llegamos al auto, subimos, y *Leonardo* puso a chillar las ruedas traseras «¿Te gusta lo que estás haciendo? Es decir, te gusta lo de payaso» me preguntó. Capté la intención de la pregunta al instante, ya que mi padre habla mucho de todo con *Leonardo*. «Sí me gusta, bueno, por los momentos, tú me entiendes», respondí en tono burlón. Sabía muy bien que mi padre lo había mandado a indagar un poco. «Creo que ninguna persona en el mundo comprende a un payaso, ni siquiera otro payaso» dijo *Leonardo* encendiendo otro cigarro. Me quedé callado pensando en lo que había dicho, «por mi parte tiene que gustarme y fascinarme, casi al punto de hechizarme todo lo que hago, porque si no es así, me enfermo entrando en un malestar emocional, es decir, todo lo que hago para el circo es mi vida entera» me confesó Leonardo botando el humo de su cigarro por la nariz.

«Tienes toda la razón» es lo único que dije. Llegamos al circo, entré a mi remolque y tomé un poco de agua con gas, me quité la ropa y me lancé a mi cama, desnudo. Siempre que tomo puedo dormir como un oso, casi nunca sueño, pero esa noche tuve un sueño y puedo decir que no fue nada agradable. Soñé con la prostituta «*Amandita*», que estaba bailando al frente de mí, y mientras se iba quitando cada prenda de vestir, le iba aumentando el tamaño de su verruga; yo

estaba sentado en una silla sin poder mover un solo músculo de mi cuerpo, intentaba gritar, pero era inútil, mientras la verruga iba agarrando más fuerza en su volumen, hasta llegar al tamaño de una pelota de baloncesto. «*Amandita*» me apoyaba la gran verruga en mi cara, donde podía sentir los pequeños vellos puntiagudos y la piel seca y carrasposa de la verruga. Desperté de un sobresalto con mi almohada mojada de sudor y mi corazón latiendo fuerte, miré el reloj y eran las cinco y cinco de la madrugada —mi número favorito, el cinco—, tomé un baño, me preparé una taza de café, y para olvidar aquel mal sueño, comencé a leer un libro que tomé del remolque de *Nick*, titulado «*Cocteles humanos*».

XIII

Oliver tiene cinco días durmiendo en el sofá, y, yo disfrutando de mis noches sin sus ronquidos., Ha intentado arreglar las cosas, pero al recordar aquella cena con la venenosa de su madre y el troglodita de su padre, rápidamente mis orejas comienzan a tornarse calientes y empieza a dolerme la cabeza. Rápidamente me salgo de juicio y con un apetito de venganza y represalia, comienzo a buscar cualquier objeto de él para destruirlo o botarlo. He comenzado por sus calcetines favoritos, sin dudar fueron en la basura. Ayer cuando llegué de la librería, con mucha sed, fui directamente a la cocina, me serví un vaso grande de agua, tomé un poco y me dispuse a ir a la habitación. Al dar varios pasos, mis piernas fallaron extrañamente por milésimas de segundo, y derramé todo el vaso de agua encima del televisor. Duré varios minutos observando el vaso, y cuando estuve segura que estaba bien, regresé a la cocina, tomé una pequeña toalla amarilla, y empecé a secar el televisor —escuché un sonido extraño y un olor a quemado— No quise arriesgarme, lo desenchufé y caminé a mi habitación para descansar un poco.

Me despertó el sonido de la puerta, era Oliver, no pasaron ni diez minutos y abrió la puerta de la habi-

tación. «¿Qué le ha pasado al televisor?» dijo en un tono de preocupación extrema, sin ni siquiera saludarme ni preguntar «¿cómo estás?» (solamente le importa el maldito televisor) «No lo sé, cuando llegué del trabajo sentí un olor extraño que venía de la parte de atrás del televisor, y para prevenir lo desenchufé», le dije aguantando las ganas de reír. Hace mucho tiempo que no lo veía así, su cara roja, preocupado, con pequeñas gotas de sudor que empezaban a correr por su frente, empezó a revisar el televisor y a enchufarlo y desenchufarlo, como si creyera que una fuerza mágica repararía el televisor. Yo permanecía en la cama disfrutando de aquel espectáculo, de repente soltó una maldición, colocó sus zapatos, y salió del apartamento tirando la puerta.

Para disfrutar aquello hermoso que había visto, me serví una copa de vino, y me dispuse a elegir qué iba a cenar, ya que tengo varios días que no cocino y pienso que no voy a hacerlo más. Tengo suficiente dinero en mi cuenta bancaria para cenar todos los días en un restaurante si quisiera, me he prometido a mí misma no servirle ni una taza de café más. Me decidí por un restaurante italiano que había abierto hace pocos días, a pocas cuadras; tomé un baño, me tomé mi tiempo eligiendo la ropa, me vestí con calma y por primera vez en mucho tiempo, coloqué un poco de maquillaje en mi cara, y cuando tomé mi bolso para

salir del apartamento, llegó Oliver con un televisor nuevo —el muy imbécil no puede con los gastos de un auto—. Tomé mis llaves, y salí sin decir ni una sola palabra. Caminé hasta el restaurante, y cuando estaba a pocos metros, empezó a llover.

«*La Ragazza*» es el nombre del restaurante escrito con letras rojas y luces de neón; se ve campechano, pero no es motivo para no entrar. En la puerta me recibió un hombre pequeño, delgado, con nariz muy grande y puntiaguda, muy bien vestido —el prototipo del hombre italiano—, le hizo señas a un mesonero que traduje era para que me atendiera. El mesonero me condujo a una mesa pequeña para dos personas, vestida con un mantel blanco, dos copas, y una vela blanca en el medio, al estilo de cualquier restaurante italiano de Los Ángeles. Había suficiente cantidad de personas como para no escuchar bien la música clásica que tenían de fondo; le pedí al mesonero una botella de vino tinto, dándole la opción que me recomendara la mejor que tuviera. El menú era el mismo de todos los restaurantes italianos; me dispuse a ver el ambiente, muchas parejas, una mesa grande de ocho personas, donde estaba un gordo calvo con un gorro estúpido de cumpleaños —detesto esos sombreritos de mierda y los cumpleaños en restaurantes, ¿o es que acaso las personas no tendrán casa donde celebrar un cumpleaños?... me parece patético—.

El restaurante cuenta con una barra pequeña de color gris, con tope de madera muy bien barnizada, copas colgando, y variedad de botellas de whiskey y vino. A pocos metros de mi mesa, hay una barra donde los mesoneros buscan los platos — hay una pequeña campana en ella que no deja de sonar—. El mesonero me trajo un «*Cabernet Sauvignon*», y al ver ese rojo intenso que suelta aromas frutales y florales lo acepté, me preguntó si estaba lista para ordenar, y le respondí que no. Tomé un sorbo largo de vino, y me distraje viendo las personas entrar. Después de algunos minutos, logré ver que aquel hombre pequeño, de nariz puntiaguda que me recibió en la puerta, caminaba de un lado a otro, hablando con los mesoneros, entraba y salía de la cocina constantemente, y se podía notar claramente su mal humor. «Seguramente es el dueño», pensé, mientras tomaba un sorbo de vino.

Aunque me gusta mucho la pasta, pedí un «*Sirlon Steak*» término medio, y una ensalada *capresa*. De repente, se escucha un grito que viene de la cocina, el mesonero me mira y yo lo miro. «¿El dueño?» le pregunté. «¡Sí!... siempre anda de mal humor» me respondió, se dio media vuelta, y se fue anotando algo en su pequeña libreta. El «*Sirlon*» y la ensalada fue todo lo que esperaba, la atención del mesonero impecable, pero lo único que me volvió loca hasta el punto de incomodarme, fue ver al dueño paseándose

por todo el restaurante. al igual que un faraón egipcio, buscando el mínimo error de sus empleados. Se podía escuchar claramente cómo gritaba groserías en italiano en la cocina, y se notaba fácilmente la pinta de avaro y miserable.

Rechacé el menú de los postres, pedí un *shot* de *limoncello* y pagué la cuenta. El mesonero que me atendió es un hombre joven, de unos veinte o veinte y dos años, ahora está parado justamente en la puerta, supongo que en espera de otro cliente. Rápidamente saqué de mi bolso un billete de veinte libras para dárselo como propina, le di las gracias y le entregué el dinero, me abrió la puerta, y salí. Luego de varios pasos, volteé a mirar al restaurante, y vi claramente cómo aquel enano miserable, con su nariz puntiaguda, le quitaba las veinte libras al mesonero. Dudé por un instante si devolverme y exigir que le retornara la propina, pero el vino siempre me hace abobarme un poco, y no quería pelear con un miserable viejo a esa hora. Era un poco más de las nueve de la noche, y quería volver y dejar caer mi cuerpo en la cama para descansar, despertar en la mañana, y comenzar un nuevo día en la maldita librería con el imbécil de *Jhon*.

XIV

Eran las ocho en punto de la noche, cuando mi primo comenzó en su nuevo trabajo como vigilante, dijo *Nick*, comenzando a contar una historia con un vaso de whiskey en su mano derecha. Estábamos en *Sunderland*, había llovido todo el día y mi padre decidió suspender la última función. El plan era estar unos días en *Leeds*. para después ir a «*Manchesters*». *Nick* tomó un sorbo de whiskey y prosiguió contando la historia: mi primo aceptó el trabajo como miembro de seguridad del recinto por tan solo una razón, y esa razón se llamaba Fabiana. Cabellera negra, larga hasta la cintura, buen tamaño, pasando el metro setenta, ojos verdes rayados, nariz perfilada, labios pequeños... mi primo se volvió loco por ella desde el día que la vio y se convenció que tenía que ser para él. Pasaron varios días y tan solo se conformaba con verla. Era un lunes, cuando hizo el primer contacto. —*Nick* hizo una pausa para darle un sorbo a su whiskey—.

Día solitario y sin mucho trabajo, Dios conspiró a su favor, y en el momento que caminaba hacia su auto, ve cómo Fabiana camina hacia la entrada del local, y sin poder hablar, enciende su auto y maneja hacia ella decidido: «Si quieres, puedo llevarte a tu casa» le dijo desde su auto. Fabiana dijo que sí. subiendo al auto

de inmediato. Mi nombre es Fabiana, dijo extendiendo su mano. *Will*, dijo mi primo. «No es necesario que digas tu nombre, sé quién eres perfectamente, y cómo te llamas, hermosa» agregó, echando a la suerte sus dotes de galán. «¿Qué tal el trabajo?» le preguntó. «Algo cansada por las secuelas del fin de semana, tú has sido testigo de todo el movimiento», contestó ella encendiendo un cigarrillo. Mi primo redujo la velocidad, ya estaba casi llegando a la casa de Fabiana, y lanzó su pequeña estrategia con un poco de miedo al rechazo: «¿Mañana trabajas?», preguntó, sintiendo cómo sus manos empezaron a sudar. «No», exclamó ella sacando unas llaves de su bolso. «¿Te gustaría salir con este simple mortal?», le preguntó reduciendo aún más la velocidad. «¡Sí! ¿A qué hora?» preguntó con una sonrisa pícaro. «¡Siete de la noche paso buscándote!». Fabiana afirmó con su cabeza, le dio un beso en la mejilla, y bajó del auto rápidamente, para abrir la puerta de su casa y entrar. Esa noche mi primo casi no pudo dormir pensando en Fabiana.

Fueron al cine y terminaron en un motel haciendo lo que dos adultos hacen en un motel. Mantuvieron su relación en secreto, y al menor descuido, en momentos libres, en el trabajo, en lugares clandestinos, hacían el amor. Todo fue así durante dos meses. Un día *Will* caminaba hacia su auto después de terminar su jornada laboral, y como era habitual, esperaría a

Fabiana para llevarla a su casa. Un hombre gordo, en auto de alta gama —de esos que sólo pueden pertenecer a un grupo pequeño de la sociedad— le preguntó que si el «burdel» ya estaba cerrado. «Sí, desde hace media hora» respondió, consultando su reloj. El hombre le dio las gracias y subió el vidrio de su auto. Se quedó en el auto sin encenderlo, empezó a buscar algo que escuchar en la radio, y cuando subió su vista en búsqueda de su chica, vio claramente a Fabiana caminando con pasos cortos y rápidos hasta subir al auto del aquel gordo. Fue la última vez que la vio. ¡Qué putada! dijo *Lilo* soltando una carcajada. *Nick* comenzó a reír, Daniel y yo reímos en coro. “Por lo menos Fabiana cobraba, mi hermana lo hacía, o lo hace, de gratis” dijo Daniel, soltando otra carcajada, y todos lo seguimos.

Daniel, cuyo nombre artístico es «*Zazu*», es un acróbata rumano que en ocasiones *Lilo* lo invita a nuestras reuniones. «¿*Will* no vio más a Fabiana, porque no volvió más al burdel?, no me quedó muy claro» le pregunté a *Nick*. «Fabiana desapareció con el gordo rico» respondió. «Quizás buscaba salir del burdel, y qué mejor que con un gordo rico» recalcó, sirviendo un poco más de whiskey en mi vaso. «Tienes razón», dijo Daniel encendiendo un cigarro. «Para mi primo el burdel es un sitio normal y común, como ir a una iglesia, por ejemplo. *Will* es una persona con muy

buenas convicciones cristinas, la historia que acabo de narrar pasó hace veinte años atrás, desde entonces no ha podido separarse de los burdeles. A su esposa actual la conoció en otro burdel, donde trabaja preparando los tragos, y ayuda en la limpieza, tiene diez años de casado y tuvo con ella su primer hijo»; «es decir, que ese niño es un hijo de puta» comentó *Lilo*, haciendo que todos riéramos colectivamente. «Ahora es encargado de ese burdel donde fuimos, no es una gran cosa, pero dice que paga las cuentas y le queda algo para disfrutar con su esposa» agregó *Nick*.

Eran las dos de la mañana, nos tomamos el último trago, y nos fuimos a dormir. Mi vida sigue su mismo rumbo, igual que hace diez años atrás, no ha cambiado absolutamente nada, y ya estoy llegando al mismo punto que siempre llego: el aburrimiento y la monotonía de esta vida circense. Llegar a un pueblo, hacer los mismos actos, tener que pintarme con las mismas pinturas baratas, que ya están causando efecto en mi piel. Todo mi entorno y los contornos son muy mecánicos, salir a escena una hora cada noche, tomar un baño, cenar cualquier cosa y terminar tomando unos tragos de whiskey con *Lilo* y *Nick*. Aunque es interesante las conversaciones que se dan, siento que nunca llegará el momento de partir a mi viaje, hago mis sumas y las restas todos los domingos, y si logro seguir el ritmo que llevo hasta ahora, me faltan 912

días, es decir, dos años y medio. Trato que mi desayuno se vincule con el almuerzo, cuando salgo a un pub me tomo cuatro cervezas en lugar de ocho, compro lo necesario y lo justo, guardando el resto.

Ayer he llamado a mi madre. Ella es la única que apoya todo lo que quiero en esta vida. Por esa razón, hablo más con mi madre que con mi padre, y no la juzgo por eso, ya que mi padre le tiene terror a escuchar otra vez las palabras que salieron de mi boca un día, que andaba de mal humor: «No dudes ni por un segundo, que cuando mueras voy a vender este circo de inmediato». Nunca he sido problemático, y no he querido comprometerme con nadie en el amor, ni en el circo... solamente quiero viajar. En algunas ocasiones siento ira, y casi siempre busco un punto de apoyo para descargarla. Una manera es escribir lo que siento, es saludable y cada palabra me hace sentir mejor, nunca pienso lo que voy a escribir, tomo mi pluma y escribo. Así como el que tiene miedo grita, así que yo por terror empecé a escribir. Aunque sea insignificante lo escrito, para mí es una ecuación química perfecta para sentirme mejor; he encontrado mi piedra filosofal, mi mundo perfecto o imperfecto, he encontrado mi confidente ideal —un trozo de papel—. Cuando escribo, siento que el tiempo se detiene, llevándome a un universo que tan solo es el papel, la pluma, mi mano y mis recuerdos. En el

momento que dejo de escribir siento que el tiempo va como encima de un caballo desbocado. Y experimento una sensación que estoy perdiendo el tiempo en este circo, pero trato de ser optimista, siguiendo mis propias leyes de fuerza, y sigo resistiendo; creo que es lo que realmente es para mí escribir —un foco de resistencia—, algunas veces cuando apago la luz y me acuesto en mi cama para tratar de dormir, veo cómo las otras luces de afuera hacen metamorfosis con mis objetos: me levanto y comienzo a escribir “lúcidamente borracho de recuerdos”.

XV

Lo primero que hago al levantarme de la cama, es ver por mi ventana para conseguir lo de siempre: «la lluvia», algo que detesto desde niña, pero algunas veces estoy con un poco de suerte y me encuentro con un día gris y oscuro que detesto un poco menos. En los días grises siento como si una pequeña nube se posara encima de mí, haciendo que desaparezcan mis ganas y toda mi vitalidad, para hacer las cosas. Ya hace más de diez días que Oliver duerme en el sofá, y mientras transcurre el tiempo, me siento mejor. Me coloco mi jean azul, mis tenis blancos, y mi suéter rojo manga larga, de cuello alto. Coloco un poco de perfume, y estoy lista para consumir el maldito día gris. Lo primero que veo al salir de la habitación, es a Oliver con sus pequeños ronquidos impertinentes, con una almohada en los pies y otra en su cabeza, con una pequeña sábana gris que no alcanza tapar todo su cuerpo, y el televisor encendido de toda la noche. Tomo mi bolso y mis llaves, abro la puerta y con una gran fuerza cierro la puerta, escuchando el grito de imbécil de Oliver. Suelto una carcajada mientras bajo las escaleras, eso de alguna manera ayuda a aumentar un poco mi ánimo. Estaciono mi auto y luego voy a la cafetería de siempre. Algunas veces sale el sol antes de llegar a la libre-

ría, pero sé muy bien que será por algunos minutos y después desaparecerá llevándose cualquier ilusión de que el día será diferente; la sensación de frío y el color gris aumentan con esas pequeñas apariciones del sol, como tratando de decir algo que no logro entender. Suelo tomar siempre un café «late» con dos galletas de vainilla, pero gracias al maldito día gris tengo que recurrir al recurso que me da algunas horas de ánimo, y pido un «doble expreso» con una cantidad importante de azúcar. En pocos minutos siento aquella cosa ficticia que produce la cafeína, y camino un poco más rápido hacia la librería. Como todas las mañanas le doy los buenos días a Cristal mientras esperamos a «Jhon», que siempre llega cinco minutos tarde. «Buenos días, y que el Señor bendiga este día», dice Cristal con una sonrisa. Sonrío y no digo ni una sola palabra; después que cumplí doce años empecé a tener dudas si allá arriba existe algo más que el cielo, o si en verdad existe un «dios», pero ya que es un tema muy denso para llevarlo a discusión, nunca hago mención sobre mis creencias.

Mi madre era cristiana y mi padre también. Siempre íbamos a la iglesia, hasta que cumplí quince años y me rehusé a levantarme a las siete de la mañana un domingo. Con las llaves en una mano y un café en la otra, llegó Jhon diciendo la misma excusa de todos los días, y pidiendo una disculpa hipócrita. Abre la puer-

ta, dejando pasar primero a Cristal para verle el trasero, sin hacer ningún intento en disimular; me guiña el ojo, y de seguro ve mi trasero también. Enciende las luces, Cristal coloca su bolso bajo la caja registradora, y como todos los días, se encierra en el baño por diez minutos, de seguro, para hablar con Dios. *Jhon* me da las cinco libras que cobra el señor que limpia los vidrios todos los viernes, y se encierra en la oficina hasta el mediodía. Cómo extraño escuchar en la radio a *Amelia Gil*, pienso casi siempre los viernes —hasta en mis pensamientos llevo una rutina—.

Hace tiempo atrás, intenté escuchar la radio con muy poco volumen, pero Ágata se opuso diciendo que iba contra la ética de una librería, que esto era casi una «iglesia» o un «santuario» para algunas personas, y era una chapucería tener una radio encendida. Como si fuera un acto paranormal, puedo conseguir libros de tecnología en la sección de filosofía, siempre empiezo con filosofía y psicología, pues tan solo gasto unos minutos en organizarlo, luego religión y teología. Cristal los organiza y logra gastar hasta dos horas en esa sección, nunca organizo ciencias sociales y ciencias políticas, paso a lenguaje y lingüística, ciencias puras, ciencias aplicadas, literatura, geografía, historia, literatura infantil. Ya con esto he consumido algo de tiempo y así que dejo arte y deportes, las novelas de ficción, biografías y la sección de *Joanne Rowling*

para finalizar el día. Veo mi reloj y son más de las diez de la mañana, y para mi suerte, ni una sola persona, y haciendo un acto de masoquismo miro hacia la calle para ver el tiempo. Poco después entra un hombre con algo de sobrepeso, con una camiseta de un equipo de fútbol. Lo acompaña un niño, y me aborda sin darme los buenos días para preguntarme si podía ayudarlo a conseguir un libro. Con ganas de decir que no, con una sonrisa falsa le respondo que, con mucho gusto, deme el título del libro para proceder a buscarlo. «No lo sé» me responde, «pero quizás esto podría ayudar a encontrarlo» me dijo, comenzando a relatar la sinopsis del libro: «se trata de cuatro académicos que están tras la pista de un enigmático escritor alemán; un periodista de Nueva York en su primer trabajo en México, un filoso viudo, y un detective de policía enamorado de una esquivia mujer, son algunos personajes que logro recordar».

—¿No sabe cómo se llama el autor? —le pregunté— viendo cómo el niño empieza a jugar con unos libros. —No, solamente se me grabó esta sinopsis que le acabo de relatar—me dijo.

—¿Dónde la vio? — pregunté— viendo cómo el niño salta a una sección que acabo de organizar.

—De un hombre que leía el libro en el tren, pero no alcancé a ver el título. Era texto, muy grande, y de color anaranjado—me dijo.

Le aclaré que tan solo con eso, no podría ayudarlo, que de seguro lo podría conseguir por internet. Como cosa rara, me dio las gracias y se marchó, ahorrándome la fastidiosa explicación de cómo buscarlo en *Google*—. Después de regresar de mi almuerzo, como siempre, escuchaba ciertas bromas de doble sentido sexual por parte de *Jhon*. Era un poco más de las tres de la tarde, cuando destapó una caja de nuevos cuadernos de anotaciones. El ambiente de los viernes siempre luce desolado, con la misma pareja de ancianos viendo los mismos libros. Sonó la pequeña campana que tiene la puerta, para avisar que está entrando o saliendo un posible desorganizador, pero no me ocupó en saber quién es, para evitar que la maldita campanilla contribuya a hacer peor mi arruinado día. Siento una mano que se posa en mi hombro, y al subir la mirada veo una mujer con un libro en sus manos, que dice: «¡Hola!», y me da un beso en la mejilla

—¿No me recuerdas, cierto? dijo la mujer sonriendo.

—No, pero tu cara me parece conocida, le respondí un poco avergonzada.

—Soy Amanda, fui yo quien te vendió el auto me dijo sonriendo.

—Disculpa, por el bronceado no te reconocí, y realmente no es mi mejor día, le dije dándole un beso en la mejilla, para expresar mi camaradería.

—Ni yo misma me reconozco con este perfecto bronceado, agregó con simpatía.

—Si mal no recuerdo, deberías estar en Acapulco.

—Sí, debiera, tú los has dicho. Pero el canalla de mi exmarido se dio a la tarea de arruinarme el viaje, con la excusa de tener que firmar algunos papeles del divorcio y otros documentos, acotó Amanda, mostrando cierta irritación en su cara.

—Bueno, pero ya volverás después que termine todo... ¡Qué envidia!

—De inmediato, me preguntó: ¿Falta mucho para que termines? Y sin esperar respuesta, agregó: Te invito a tomarnos algo, mientras jugaba con el libro entre sus manos.

—En una hora termino—le dije mientras miraba mi reloj.

—Si te parece, en una hora estaré esperándote afuera, así podremos caminar a un pub que está a pocos metros de aquí, me dijo mientras me entregaba el libro para pagarlo.

Estuve de acuerdo con la idea de Amanda, tomé el dinero y puse el libro en una pequeña bolsa; con el rabito del ojo pude ver el título: «*El poder de confiar en mí*» Le di el cambio, y quedamos en vernos tal como habíamos acordado.

No llovía, pero igual el cielo se tornaba más gris. A pesar de eso, sentí un poco de consuelo ya que no

volvería inmediatamente al apartamento como todas las tardes. Caminamos hasta el pub «*Little Corner*», así se llama. La decoración es de madera y un Jazz ambientaba la paz del ambiente cuando nos sentamos en una pequeña mesa cerca de la barra. Tomé la iniciativa y me adelanté a pedir dos copas de vino, que después chocamos en brindis por nosotras. Amanda comenzó su catarsis, vomitando todo lo que tenía guardado sobre su exmarido. —No hice mención de Oliver, ya me basta con las consultas de Mariana.

Amanda comentó que su esposo es un truchimán, majadero y mujeriego, que le causa placer todo lo que haga daño y humillación. Picada por la hormiga de la curiosidad, pregunté el nombre del imbécil. «*Samir Arlisco*» respondió Amanda, tomando un sorbo de vino. Queriendo que siguiera hablando de ella para no hablar de mí, y mucho menos del imbécil de mi marido, rápidamente lancé otra pregunta: «¿Qué trabajo tiene el patán de tu exmarido?» Tomó un sorbo largo de su copa, y respondió: «terminando la secundaria, su madre murió y él heredó la compañía de transporte, y hasta hoy no ha dejado de ganar dinero». Pensé en que tenía que manejar, por eso bebía mi copa sin apuro, escuchando la herida mujer hablar todo lo que tenía que decir, al igual que un globo cuando se está desinflando. Reflexionaba mientras ella hablaba sin parar, sobre el tiempo perdido, y a la vez había una

pequeña voz en mi cabeza preguntándome si aún lo estoy perdiendo con Oliver, o si es una buena idea divorciarme.

Amanda tomó otro vaso de vino, hablamos sobre el libro que había comprado, y traté de desviar la conversación con temas comunes y corrientes, para no seguir escuchando las infidelidades de su exmarido, y de todo lo mal que la había pasado. Amanda amablemente se opuso a que yo pagara la cuenta, caminamos hasta la librería y ahí nos despedimos. Fui al estacionamiento, subí a mi auto, lo encendí, y emprendí marcha lentamente, queriendo no llegar al departamento, a ver la cara del imbécil echado en el sofá, viendo televisión. Lo percibí como una cosa extraña o algo paranormal, o como si mi cuerpo fuera un poderoso imán que comienza a llover cuando miro al cielo.

XVI

Un día mi madre me contó que el día que nací, mi padre dijo: «¡Ha nacido un artista!». A los catorce años, ya tenía muy claro que el mundo del circo no era para mí. Algunas veces siento que mi padre me trata como un empleado más, a pesar de esa frase que siempre dice antes de comenzar una función: «detrás de un espectáculo, hay una familia». Cuando me emborracho me lanzo a mi cama y cierro los ojos, deseando que todo esto sea un sueño, y me imagino despertando en la casa de mi madre, en una familia normal. Pero ese sueño desaparece completamente, cuando despierto en el mismo remolque y en la misma vida. Cuando cumplí dieciocho años estaba más que seguro que no quería ser como mi padre, y cada vez que me hacía un comentario sobre mi destino, me decía: «En algunos años, tomarás las riendas del circo *Guido*», idea que yo rechazaba en mi mente.

Un viernes a las dos de la tarde, llegamos a *Manchester*. Estaba haciendo un sol que quemaba, y como cosa de los astros, el destino o quizás la suerte que de vez en cuando me golpea, ese día se jugaba lo que vendría llamándose el «*Derby rojo*», *Manchester United* contra el *Liverpool*. Indiscutiblemente, fuimos todos a ver el partido en un pub, que rápidamente

Zazu encontró a pocos metros de donde íbamos a montar la carpa. Mi padre prefirió verlo en su remolque, sentado en su silla reclinable marrón —no le gustan las aglomeraciones.

El partido estaba pautado para las cinco de la tarde, así que me daba tiempo de ir a la tienda más cercana, y comprar algunas cosas para el desayuno, y también el billete de lotería que sagradamente compro todos los viernes sin falta. Antes de comprar el billete, tengo que hacer algunos rituales que implemento por mí mismo, y es un requisito importante antes del azar. El ritual consiste en tomar un baño con agua fría, y mientras me baño, voy visualizando en mi mente cómo raspo el billete, y veo claramente el número 300 apareciendo y repitiéndose tres veces, logrando así el premio menor. Para mí es suficiente dinero para marcharme de viaje. En el momento que lo compro, no acciono mi suerte, lo doblo y lo guardo en mi billetera, y espero hasta el siguiente día, cuando me despierto a las ocho de la mañana, me siento en mi cama, y con una moneda raspo lentamente, esperando que esos tres «300» salgan. Pero casi siempre veo cómo mi suerte me traiciona otra vez, y percibo mi conciencia surcando en mi mente, diciéndome que lo intente otra vez.

Ver el fútbol es ver arte, saber de fútbol es un arte, como aquellos que saben quién fue el primer juga-

dor que marcó el primer gol, del primer campeonato mundial en Montevideo, Uruguay. Todos los domingos compro un periódico barato que trae una revista de deportes, y en ocasiones leo todo lo referido al fútbol nacional e internacional. Así salgo del imperio de la monotonía. En mi opinión, no debería existir el domingo, no recuerdo dónde leí que, en las primeras épocas de la humanidad, cuando los seres humanos descubrieron el ciclo solar, se dieron cuenta que se podía medir el tiempo transcurrido, y la edad de una persona, por la cantidad de pasos de invierno a primavera que ha vivido. En 1988 se firmó una norma en la convención internacional, que indica el orden de los días de la semana. Recuerdo que mi padre tenía una agenda, donde el comienzo de la semana era el domingo.

Entré al bar y vi que estaba casi todo el circo, menos Angélica. Comenzaban los trapeceistas a tomar cerveza una tras otra, y las bailarinas dejando que las malas intenciones de emborracharlas, se cumplieran. *Nick* y *Lilo* llegaron algunos minutos después que yo. El hombre que atendía el pub lo hacía de buena manera, con una sonrisa en su rostro, a pesar del rebullicio y las canciones a coro que cantaban los trapeceistas con los acróbatas. Pedí una cerveza haciéndome la promesa de no emborracharme, pues he comenzado a tener problemas de agudos de cefaleas después de

una gran ingesta de cerveza, hasta el punto de pensar que me voy a morir. Saludo a Fernando, el mimo, valiéndome de una seña minúscula con la cabeza, y él me responde igual. *Nick* y *Lilo* se sientan a mi lado, en grandes sillones rojos.

Es fácil darse cuenta cómo los demás hombres que están en el pub nos miran con recelo, como preguntándose de dónde hemos salido — quizás por las extravagancias de algunos, y el tamaño de *Nick*—, pero esto no fue obstáculo para ver el juego. Cinco hombres llevan camisa del *Liverpool*, y tan solo dos, gordos con jean azul y zapatos deportivos blancos, llevan camisa del *Manchester*. Ninguno de nosotros lleva camisa de algún equipo. Entre tragos y gritos comenzó el partido, el ambiente y las voces se elevaban a los ritmos de cada cerveza terminada, y *Lewis*, *Marcelo* y *Henrique* comenzaron a tomar cada vez más rápido, y gritar groserías cada vez que el *Liverpool* estaba en posesión del balón. Con el rabillo del ojo, miraba hacia donde estaban los hombres, y sentía cómo la tensión iba creciendo. Terminó el primer tiempo, y el marcador seguía igual. «Los hombrecitos de la cama elástica, quieren problemas» comentó *Lilo*, dándome una cerveza. «Trata de calmarlos» le dije, dando un sorbo a mi bebida.

Comienza el segundo tiempo. Fernando, el mimo, me da una cerveza guiñándome el ojo; el juego transcu-

rre lento, con pases muy bien calculados, cada equipo mide su jugada, como un trapequista mide sus saltos. Los de la cama elástica se calmaron un poco, gracias a la astucia de Lilo, y ya no gritan estúpidamente cada vez que *Liverpool* toma el balón. Entre tiros al arco, faltas, y muchos pases largos, termina el juego empatado a cero. Al salir del baño, fui a la barra y compré una cerveza para Fernando, notando que, durante todo el juego, *Nick* no me dijo ni una sola palabra, así que empecé a sospechar que estaba molesto conmigo, y en cuestiones de segundos, empecé a recordar si había hecho algo mal, o hice algún comentario que pudiera molestarle, pero no logré recordar nada.

Le entregué la cerveza a *Nick*, y sin muchos rodeos le pregunté si le pasaba algo, o estaba molesto conmigo, ya que no me había hablado durante el juego. «Días buenos, días malos, y este no es ni tan bueno ni tan malo», me respondió haciendo chocar su vaso con el mío. Afirmé con mi cabeza, mientras tomaba un sorbo de mi cerveza, viendo que con gran armonía empezaron a salir del pub los acróbatas, después siguieron los de la cama elástica, el hombre bala, el de la cuerda floja, el mago, y los trapevistas. Quedamos *Nick*, *Lilo* y yo. Después de unos veinte minutos y tomando el último trago, decidí que ya era hora de volver a mi remolque, comer algo, y dejar que el sueño haga su trabajo. Al salir del pub, *Nick* preguntó si

quería ir a su remolque y tomar algunos whiskeys, y sonriendo le dije que no, que quería descansar y tomar un baño. «No hay problema» me dijo, mientras *Lilo* encendía un cigarro.

Pasando frente a la carpa pudimos escuchar a los malabaristas —como siempre, cuando tienen unas copas de más— practicar trucos absurdos, riendo a carcajadas, e insultándose unos a otros. Para mi suerte, no estaba borracho, pero podía sentir levemente las doce cervezas en mi cuerpo, casi nunca prendo el televisor pequeño que tengo en una esquina, pero cuando quiero comer sin leer, lo enciendo colocando el canal de noticias. Siempre que tomo cerveza y son más de las ocho de la noche, trato de comer algo ligero y me voy por lo más fácil, es decir, un sándwich de lechuga, tomate y queso, tomo un poco de agua antes de un baño con agua fría, y desnudo caigo en mi cama. Me cuesta algunos minutos conciliar el sueño, así que aprovecho para imaginar mi despertar al día siguiente, agarrando mi billete de lotería, y ver que he ganado las trescientas mil libras.

XVII

Al despertarme, recordé que es domingo, mi día libre. Me acomodé en el centro de la cama, ya que tengo todo el espacio que quiero, pues Oliver no ha vuelto a dormir conmigo, no porque él lo quiera, sino porque se lo impuse. Prefiero dormir sola, al igual que él prefiere pedir *Indian food*. Aunque quise seguir durmiendo, no conseguí hacerlo. Me levanté como siempre, viendo la ventana, y sorpresivamente no estaba lloviendo. Sin saber que cambiaría mi vida, tomé un baño de agua tibia y me dejé llevar por el sentimiento de mujer soltera. Fui a desayunar a una cafetería que queda a unos doscientos metros del apartamento. Todos los domingos iba a casa de los padres de Oliver, aguantando las preguntas fuera de lugar de la «venenosa» madre, y además las grandes carcajadas y los sonidos asquerosos que hace el troglodita del padre al comer. Cuando salí de la habitación, ya Oliver estaba despierto preparando café. «Buenos días» me dijo, haciendo un gesto en su cara como si tuviera razón, y yo estuviera equivocada en todo lo que está pasando. Tomé mis llaves, y salí cerrando la puerta tan duro como pude. Fui la primera en llegar a la cafetería, donde una chica joven, de rulos amarillos, y cara llena de pecas, le daba vuelta al letrero que decía «abierto».

Aunque no soy de comer mucho en las mañanas. sentí que podía ingerir aquellos desayunos que consumía mi padre todos los días: dos huevos fritos, salchichas de cerdo, *back pudding*, *beans*, y dos tostadas de pan blanco con mermelada. Para acompañarlo, pedí café negro y jugo de naranja. En la puerta había una pequeña cesta con varios periódicos y algunas revistas, tomé uno para distraerme, mientras llegaba el desayuno. Realmente no me importan las noticias ni lo que pase en la ciudad, casi siempre, y como en una especie de ciencia oculta o cierto patrón a seguir, las noticias son las mismas, y casi igual que un virus de conocimientos, todos, pero todos, son expertos en la materia dando cátedra de todo, o puedes encontrar en la portada de un diario, que un miembro de la familia «Real» se despide de la vida pública, haciéndose más público.

Siempre paso las páginas, ojeando cada título, leyendo sólo las tres primeras líneas del artículo, hasta llegar a la página de los signos zodiacales. Aunque no creo en nada de lo que dicen, algunas veces me gusta leer las mentiras que publican de los acuarianos. Consecutivamente siempre encuentro que las personas regidas por este signo, son sinceras, refinadas, idealistas, tímidas, sensibles, pacientes y algunas veces frívolas. Dicen que el color de la suerte es el amarillo y otras tonterías más; Leo el horóscopo, porque a veces me

gusta sentir que alguien dice algo bueno de mí, aunque sea mentira, pero de eso se trata, escuchar o leer lo que nos gusta o nos place.

Consumía mi desayuno viendo cómo cada diez minutos entraba alguien, pidiendo un café o cualquier cosa para desayunar. Terminando la última tostada con mermelada, y dejando una salchicha en mi plato, decidí que era suficiente para mí. Pagué la cuenta, y salí viendo cómo una miga de sol salía dándome en la cara. Sin notarlo, estaba caminando sin destino, y al verme cerca de la tienda portuguesa, decidí entrar, arriesgándome a que me atendiera el patán del dueño, en lugar de la esposa simpática, que con una sonrisa me empaca el vino que siempre compro. Así podré encerrarme en el estudio a escuchar música.

Antes de llegar a la tienda, pude ver claramente a través de sus grandes ventanas de cristal, el rotulado del nombre con letras rojas. Quien está detrás de la caja registradora, es el señor «patán», así lo apodé la primera vez que delicadamente y en pocas palabras, me dijo que mi trasero se veía muy bien en el jean negro que usaba ese día. Aunque no sé el nombre de su esposa, pienso que debe ser muy desdichada en compartir la cama, con la talla que se gasta como marido. Entré a la tienda, y fui rápidamente a donde están los vinos, tomé dos botellas y un paquete de pistacho, y me dirigí a pagar sin mirar al patán. ¿Algo

más? me preguntó viendo directamente a mis senos. «¡No!» respondí secamente. Le di el dinero mirando unos embutidos a mi mano derecha para no hacer contacto visual con el cerdo. Pude escuchar su respiración agitada, y oler el rancio aroma de nicotina que expele su cuerpo. Me dio el cambio, tomé las cosas y salí de la tienda pensando en todo lo perverso y asqueroso que es posible pensar. Tengo suerte y el sol sale de repente, pegando en mi cara y subiendo un poco mi ánimo, aunque sea una alegría de pocos minutos. Camino dos cuadras y sin tener ningún plan, veo en mi reloj que son las doce en punto. Hice algún amague para tomar mi teléfono y llamar a Mariana, pero lo pensé bien y no quería responder preguntas sobre Oliver, así que decidí volver al departamento, pensando que podría relajarme un poco en el estudio o en la habitación, ya que mi imbécil marido no volvería hasta después de las seis de la tarde.

Sólo me costó algunos minutos llegar al departamento. Subiendo las escaleras, por extraña coincidencia me conseguí a *Teresa Murdet*, nuestra vecina desde hace un par de años. Aunque no sé su edad, siento que debe ser mayor que yo, por la forma de vestirse y las arrugas en la cara, esas que no perdonan a nadie. Es abogada, nos conocimos un día que vino a tocar mi puerta preguntando cómo activar el calentador de agua. Siempre nos hemos conforma-

do con un saludo corto, e intercambio de sonrisas, pues casi nunca nos vemos. Algunas veces siento que en este edificio no vive más nadie que ella y yo, y el imbécil de Oliver.

«¿Estás bien?» me pregunta *Teresa* al verme, y posa su mano en mi brazo como forma de consuelo «Sí... ¿y tú?» le respondí viendo de reojo cómo seguía su mano en mi brazo. «No dudes en tocar mi puerta si necesitas algo», me dijo mirándome, como si fuera una niña abandonada en un orfanato. Sólo afirmé con la cabeza, y seguí subiendo las escaleras, pensando en la rara actitud de mi vecina, que, siendo siempre tan fría y distante, ahora me había tratado así. A lo mejor sufre de ataques de bipolaridad, pensé, sin entender nada. Entré al departamento, puse mi bolso y las llaves encima de la mesa, me quité los zapatos siguiendo hacia el estudio, eché un vistazo a la cama de Oliver, es decir, al sofá, y noté que por primera vez había dejado muy bien dobladas las sábanas con que se cubre en las noches. Vi que la puerta de la habitación estaba abierta, pero no le di importancia, y seguí al estudio. Antes de entrar, giré en mis talones y fui a la cocina, tomé una copa, el saca corchos y un *bowl* de plástico para las conchas de los pistachos. No sentí que fuera necesario destapar el vino, ya que todavía mi barriga se mantenía abultada por el desayuno. Tomé mi *iPod*, coloqué los audífonos, y me acosté en

la silla reclinable cerrando los ojos, para dejar que la música me relajara por algunos minutos.

XVIII

Me desperté con un pequeño dolor de cabeza, pero no suficiente para llegar a tomarme una aspirina. Me dispuse a lavar mis dientes, y mientras lo hacía, pensé en el billete de lotería que me espera con los brazos abiertos, para echar mi suerte al aire. Puedo escuchar cómo empiezan a levantar la carpa, entre ruidosos martillazos y unas cuantas groserías de los hombres. Comienzo a afeitarme la pequeña y ridícula barba que heredé de mi padre, junto a unos pequeños vellos puntiagudos que no sé si llamarlos bigote. Me coloco una camisa blanca —siempre la utilizo para ensayar— mientras veo la billetera, me decido, la tomo con fuerza y la abro buscando el billete de lotería para terminar de una vez con lo que me puede cambiar la vida. Raspo el billete rápidamente sin ver, y al estar seguro que está completamente descubierto, cierro los ojos y me visualizo montándome en un avión a cualquier destino, abro los ojos y veo el billete igual que como hace tres años ya, diciéndome que lo vuelva a intentar.

Con esa cachetada mañanera comienzo el día, y trato de llevarme algo a la boca para que mi estómago no sufra mi pena, y mi mala suerte. Salgo de mi remolque y encuentro a mi padre —como en todos los lugares

que llegamos— viendo cada movimiento, cuerda y precinto de seguridad de la carpa. Quisiera ayudar, pero mi ánimo no me ayuda mucho —quiero hacer mi vida lejos de este circo— y sigo hacia el remolque de *Nick* y *Lilo*, donde encuentro que no están despiertos todavía. Conociéndolos, supongo que durarían toda la noche despiertos escuchando canciones viejas y tomando whiskey.

A pocos metros del remolque de *Nick*, está el de Angélica y también el de Roxana, unas de las mejores bailarinas que he podido conocer. Para mi suerte, en el momento que caminaba de vuelta a mi remolque, escuché cerrar con fuerza una puerta. No presté atención, y sigo caminando, a los pocos segundos pasó por mi lado al pasitrote Angélica, meneando su coleta con un short negro, zapatillas deportivas y una camisa blanca pequeña que deja al descubierto su ombligo plano. Lanzó un «hola» al aire, pero decidí no contestar nada. Al entrar a mi remolque, empieza a escucharse cómo *Aris*, *Cameron* y *Dan* calientan sus motos, pudiendo especular que se marcharon a dar algunas vueltas compitiendo entre ellos. Tomé mi bolso, donde tengo unas pelotas y mis clavijas viejas, agarré una manzana y le di un mordisco mientras buscaba una botella de Coca—Cola vacía para llenarla de agua, y encontrar luego un sitio donde pueda ensayar. Pero reflexioné y decidí darme el

día completo de descanso, ya que no tenía ninguna aspiración de mostrar algún truco nuevo, y no pretendo hacerlo. Siempre en día sábado raspo un billete de lotería, y sigo viendo cómo mi suerte sigue dándome la espalda. No quiero mover ni un músculo de mi cuerpo, pero tengo que seguir moviéndome para ver si la mala suerte no me sigue, y se pierde por los tubos de acero de la carpa, o sencillamente, sigue a otra persona del circo.

Manoseo la idea de ir al sitio que *Nick* me ha dicho que visite: «*Chethams library*», la biblioteca pública más antigua, que tiene en su haber más de cien mil libros, pero no quisiera gastar las quince libras que me costaría llegar allá, y si quiero cumplir mi objetivo, debo ser estricto en todo lo que sale y entra de mi bolsillo. Así que tan solo salí a caminar a un pequeño bulevar, a pocos metros del pub donde vimos el juego de fútbol. Al cerrar la puerta de mi remolque, y revisar dos veces si traía conmigo lo que necesito, es decir, mi billetera, mi teléfono, —que nunca uso— una pequeña navaja multiuso «*Victorinox*» que fue un regalo de mi padre en mi cumpleaños, y mis llaves. Dejando atrás a mi remolque, veo mi reloj «*Casio*» viejo, diciéndome que son las once y doce de la mañana. Los hombres que levantan la carpa están dentro de ella, al igual que mi padre, que suele sentarse a tomar un pequeño descanso, mientras ve si está todo en su sitio. Sigo mi ca-

mino, y ante mí sale de la nada *Emerick*, saludándome como siempre con un abrazo, y como si pudiera leer la mente me pregunta si voy al bulevar. Le respondo que sí, dándole unas palmadas en el hombro en forma de compañerismo. «¡Vamos juntos!» me dijo, y empezamos a caminar. Habiendo avanzado pocos metros con *Emerick*, se podía escuchar perfectamente cómo algunos artistas, empezaban a colocar la antena de televisión, y dando dos pasos más, pude oír la voz de Lorena indicándole a Jorge que moviera la antena un poco más a la izquierda. Jorge y Lorena son pareja, juntos trabajan en la cuerda floja, y Lorena algunas veces ayuda vendiendo algodón de azúcar con Sofía, que forma parte del grupo de bailarinas.

Emerick es mago, nació en *Irlanda*, pero desde muy pequeño comenzó a dar saltos de pueblo en pueblo, por toda *Inglaterra*, con su padre. No fue a la escuela —se puede decir que yo tampoco ya que iba intermitentemente y duraba tan solo semanas— ni aprendió a escribir hasta los diez años, ya que su padre trabajaba como domador y quería que *Emerick* fuera su continuación. Pero como dice el dicho, *Emerick* “no tuvo dedos para piano” ya que le teme hasta a una cucaracha. Su padre se retiró y murió en su cama en *Irlanda*, aunque dicho por el mismo *Emerick*, soñaba con morir en las garras de un león. Aunque los trucos de *Emerick* no sean de un gran nivel, casi siempre sorprende a los niños y al-

gunos padres que se dejan llevar por el espectáculo, sin tratar de adivinar cómo hace el truco de magia.

Caminamos hacia el bulevar, mientras me habla de cómo es vivir con Fernando, el mimo, y Rafael, el tragafuego: Fernando es de pocas palabras —por eso creo que es mimo— pero basta que hagas cualquier comentario de Latinoamérica para que comience a hablar. Se considera un obrero de la expresión, tomando en cuenta que el arte de la mímica viene evolucionando desde los tiempos de las antiguas *Grecia* y *Roma*. La pedagogía del mimo permite al artista tener un estado mayor de autonomía —eso fue un buen punto para llamar mi atención e intentar hacer mímica, pero al igual que todo lo que he desarrollado en el circo, lo dejé — pues el mimo no necesita un horario fijo para ensayar, ni requiere hacer cosas nuevas, o tratar de cambiar su rutina con algo más nuevo. Gracias a esa monotonía, fue muy fácil para mí separarme de lo mímico. Algunas veces vi cómo Fernando, sin ningún tipo de entusiasmo, terminaba su taza de café y entraba al escenario, tratando de graficar una historia, sin producir ningún sonido. Algunas veces no podía soportar la idea de no hablar, era muy difícil para mí imitar la realidad con un lenguaje no verbal, ese lenguaje que viene practicándose desde los orígenes del hombre, pues se puede decir que los cromañones fueron un cierto tipo de mimo.

Rafael es todo lo contrario, continúa *Emerick*, mientras saca de su bolsillo una cajetilla de cigarros muy maltratada. Encendió uno y comenzó a decirme que Rafael, a pesar de tener apenas veintiocho años, se levanta en la mañana tosiendo intensamente, como un viejo moribundo en su lecho de muerte. Va al baño y escupe en el inodoro aquella flema negra, que suena duro cuando se estrella con la pared del inodoro. Al preguntarle por qué no cambia de oficio, responde diciendo que es lo único que sabe hacer, y que ya está acostumbrado a los males colaterales del oficio.

Llegamos al pequeño y muy movido bulevar, había pequeños tarantines y puestos de comida española, turca y algunos de frutas. Después de la perorata sobre la magia y la forma del ver el mundo —cosa que no entendí—, *Emerick* decidió almorzar con la famosa paella española (No soy amante de los mariscos y prefiero decir que soy alérgico a ellos). Caminé algunos metros, dejándolo en espera de su paella, hasta encontrar algo más adaptado a mi presupuesto: «*hot dog*», por tan solo dos con cincuenta, un precio justo y provechoso para mi bolsillo.

El lunes estaba casi todo listo para que los artistas pudieran empezar a ensayar, ya que el jueves sería la primera función. Los días pasaron como siempre, cada uno de los artistas elaborando y desarrollando nuevas rutinas, y viendo cómo aportar para hacer

mejor el espectáculo. *Peter*, que es uno de los choferes del circo, vive con su esposa y sus dos hijos. Julián, de veinte años, y *Carl* de dieciocho, salen con una pequeña camioneta blanca haciendo el trabajo de publicidad del “Gran circo Ademar”. Mi padre regala cincuenta entradas haciendo un poco de marketing, aun cuando para mí son estrategias del tercer mundo, y me parece un poco patético y desesperado, como estar diciendo «por favor, ven a mi circo».

La expectativa de mi padre es siempre superior al nivel de nuestro espectáculo, sin posibilidad de que acepte algún comentario negativo al respecto. El miércoles cenamos juntos lomo de cerdo con puré de patatas y brócoli. La comida fue corta, sin muchas palabras, y como siempre, estuve haciendo mi mejor actuación diciendo «sí» a todo lo que dijera sobre el circo, o sobre algunas nuevas presentaciones tenidas en mente. Con un beso en la mejilla me despedí, y me dijo en tono burlón, que ya hacía mucho tiempo que no compartía con él, ya que había hecho un vínculo más grande con *Lilo* y *Nick*. Sonriendo, cerré la puerta de su remolque, con ganas de decirle que no quería seguir trabajando en el circo, pero como siempre, me acobardé y salí huyendo.

“La tarea del arte es transformar cosas, para que sean gozo de los demás”. dice siempre *Nick* antes de salir al escenario. A pesar de las entradas regaladas y el inten-

so trabajo de los hijos de *Peter*, el fracaso del primer día de trabajo fue frustrante. Mi padre se negó a cancelar la función, y trabajamos para veinte personas. Para mí era una más de las muchas señales, por lo que no debo ni quiero seguir en el circo. He realizado casi todo para no aburrirme, y he tratado de buscar nuevos espacios y nuevas pasiones artísticas, pero todo me resulta totalmente igual. He cometido muchos errores durante mis actos, he tenido errores en mi vida, combinados con uno que otro acierto, pero si realmente puedo estar seguro de algo, es que no va a ser un error irme de este circo. En ocasiones, una fuerza extraña me hace pensar que no pertenezco a esta familia, es decir, que mi padre no es mi padre, y mi madre, no es mi madre; que tan solo soy un producto de una mujer que me abandonó a las puertas de la carpa.

Los días transcurrieron y pequeños grupos de personas asistieron a cada función. Mi padre ordenó redoblar los esfuerzos de publicidad, y hasta pagó en una radio local un pequeño anuncio publicitario (cosa que nunca había hecho, pero el sentimiento de desesperación era cada vez mayor). El plan inicial era durar tres semanas en *Manchester*, pero viendo la indiferencia de la gente, hubo que adelantar el “levantamiento” de la carpa. (Cuando veo un auto viejo y obsoleto, pienso que de igual manera nos ven las personas: un circo viejo y obsoleto).

El proceso de desarme se ordenó el sábado. Tan solo duramos una semana y por razones obvias, no había pago para ningún artista. Mi padre hubo de acudir a sus ahorros para pagar la parte operativa. Para los artistas era una situación totalmente común, ya que tenían experiencia con este tipo de situaciones, y también yo lo entendía, pero guardaba una rabia interna porque la idea de mi viaje, se alejó un poco más. En cambio, mi padre cuando pasaba esto de la falta de público, se encerraba en su remolque y no se dejaba ver por nadie durante varios días. La idea de que el circo podría irse a total bancarrota, lo aterraba. Rechaza la idea de que, en estos tiempos, es muy normal que un circo cierre (suena un poco desgraciado de mi parte, pero sería algo fenomenal). La sociedad del siglo XXI prefiere otras cosas más instantáneas solía decir *Nick*

Era nuestra última noche en *Manchester*, y como en una especie de ritual raro entre whiskey y música vieja, hablábamos de lo bien y lo mal que nos había ido. Todo lo nuevo inventado por el hombre es de fácil acceso para un niño. No ser atraído por un circo, y la falta de público, se repiten cada vez más cuando pasamos por ciudades grandes, donde las personas prefieren ver algo más “importante” que a nosotros. «Siempre nos va bien en pueblos pequeños, y mejor aún si la cúpula de ese pueblo es po-

bre», dijo *Nick*, sin parar, como siempre, la sinhue-
so. «No es que quiera elogiar a la pobreza ni mucho
menos, pero si todos fuéramos ricos y eruditos, el
mundo sería un desastre».

Ahora nos encontramos en «*Stockwell*», y, a pesar de
los tropiezos con algunos artistas, ha venido públi-
co notable. Mi padre decidió ayer quedarnos algu-
nas semanas más, y yo sigo con mis ganas de ganar
el billete de lotería.

XIX

Desperté, y al ver mi reloj, supe que me dormí dos horas. Descorché la primera botella de vino, llenando mi copa hasta la mitad. Abrí el paquete de pistachos, tomé algunos, y al mirar por la ventana, vi cómo inevitablemente venía la detestable llovizna. Coloqué en mi laptop aquella canción vieja que me hace recordar a mi madre, y que también me hace entrar en un trance de melancolía. Aunque me hiciera soltar algunas lágrimas, mi madre me decía que era bueno para el alma llorar a sus familiares muertos, aunque sea una vez por mes. Para ese entonces no entendía muy bien porqué decía esas cosas. Terminé la primera botella de vino, y sin pensarlo abrí la segunda, ya que la música me inspiraba a seguir tomando. El ánimo comenzó a subir un poco, y empecé a sentirme confiada y con un poco de poder, es decir, ya el vino estaba haciendo su maravilloso efecto.

Como cosa extraña, quizás gracias al vino, comencé a escuchar las canciones de cuando era novia de Oliver, recordando aquellos veranos de extremo calor. Una reflexión estúpida vino a mi cabeza, quizás he sido un poco dura con él, y sea mejor arreglar las cosas y tratar de volver al punto inicial, cuando nos enamoramos. Lo pensé por varios minutos, pero

cambié de idea, viendo que la segunda botella estaba a punto de pasar la mitad. Consulté mi reloj, y sin darme cuenta el tiempo había pasado tan rápido, que ya eran los siete y tres minutos de la noche. Me pareció extraño Oliver no hubiera llegado, ya que siempre vuelve a la misma hora todos los domingos. Tomé la copa de vino y salí del estudio para asegurarme de estar aún sola, pensando que quizás perdió el tren que siempre toma.

Fui a mi habitación, miré mi cama y comprobé que estaba tal cual como la había dejado, y antes de cerrar la puerta, pude ver entreabierto el armario y el cajón de madera donde Oliver guarda su ropa. Como siempre he sufrido de esa extraña manía de no dejar nada abierto, fui al armario para cerrarlo. Fue así como pude ver que toda la ropa de Oliver había desaparecido. Extrañada, abrí el cajón de madera donde guarda sus camisas y los jeans azules, y estaba completamente vacío. Lo cerré con toda mi fuerza, y rápidamente fui al compartimiento donde guardamos algunas maletas y unos bolsos de viaje. Al abrirlo, pude certificar que Oliver había tomado su ropa y las maletas. Bebí de un solo golpe el vino que quedaba en la copa; tomé mi bolso, y caminé hasta el estudio. Puse más vino en mi copa y busqué mi celular, mientras sentía como si un ciempiés caliente caminara en mi espalda, y un ardor empezara a bajar por mi frente.

Al revisar el teléfono, leí un mensaje de texto de que te decía: «No puedo aguantar el ritmo absurdo de tu mal humor, quiero que esto sea lo más fácil para los dos, no me llames y no trates de buscarme. *Teresa* se encargará de todo el papeleo relacionados con el divorcio». Lancé mi teléfono estrellándolo contra la pared, comprendiendo porqué *Teresa* había tenido esa actitud conmigo horas atrás. Una explosión de sentimientos empezó a recorrer mi cuerpo; tomé lo que quedaba de vino de un solo trago, y sin pensar tomé mi bolso, mis llaves, caminé a la habitación, y agarré la pistola de mi padre, que guardaba bajo la cama, junto a unos álbumes de fotos. Con el arma en mi bolso salí del apartamento, todo lo que pensaba era en apuntar a la cabeza de Oliver, por no ser lo suficiente hombre para decirme todo en mi cara. Puse en marcha el auto y arranqué haciendo sonar las dos ruedas traseras —pensando en ir a casa de la madre de Oliver, donde seguramente estaba el cobarde maldito— pero después de algunas cuadras y calmándome un poco —ya que no sentía lo mismo que años atrás— decidí no ir a esa casa a darle gusto a la venenosa señora, y después de todo, sería algo perjudicial para mí, pero estaba segura que alguien pagaría toda la rabia y la repugnancia que sentía hacia los hombres. Como una ráfaga en mi mente, recordé aquel puticlub clandestino, donde estuve estacionada

un día, así que manejé directamente pensando que podría saciarme con algún asqueroso hombre que saliera del lugar, dándole un susto con mi pistola.

Teniendo ansias de tomar alcohol, paré en una de esas tiendas turcas, compré media botella de vodka, y por suerte el trabajador de la tienda era una mujer joven que, sin verme, con audífonos, y su mirada puesta en su teléfono, me dio el cambio sin equivocarse. Llegué al puticlub, y destapando la botella tomé un trago mientras acariciaba el arma deseando que un hombre saliera del sitio. Pasaron algunos minutos y no salió ni entró nadie. Me aseguré de que no hubiera nada que pudiera traerme algún problema, es decir, alguna cámara de seguridad. Ya con la botella de vodka casi llegando a la mitad, vi un hombre de pequeña estatura, de barriga prominente, que caminaba hacia donde estaba estacionada. Me agaché para que el hombre no me viera, esperé unos minutos, y asomé mi cabeza cuidadosamente. Y vi cómo el hombre pasó frente a mí, sacando unas llaves de su bolsillo. Salí del auto sin hacer mucho ruido, con la pistola en mi mano derecha, caminé detrás del hombre, y estando a pocos metros, lo apunté y grité: ¡maldito asqueroso! Mis manos empezaron a temblar, y otra vez sentí aquel ciempiés caminando por mi espalda, y el ardor en la frente; y en cuestión de segundos imaginé que ese hombre que tenía al frente, era el cobarde de Oliver.

El hombre subió sus manos sin entender nada, y pasó lo que jamás pensé que pasaría. Salió una bala de mi pistola, y vi claramente cuando entró en la cabeza de aquel ser. Por algunos segundos creí estar soñando, tener alguna pesadilla extraña, pero viendo mi mano y mi dedo aún en el gatillo, era obvio que todo era real. Subí al auto, arrojé el arma al asiento trasero, y arranqué a toda velocidad. Gracias al carácter clandestino del puticlub, no logré ver a nadie, manejé unas cuantas cuadras, y al ver que nadie me perseguía bajé la velocidad. Mi cuerpo empezó a temblar, y una especie de escalofrío iba y venía recorriendo mi espina dorsal.

Manejé hasta el apartamento, tomé el arma y la botella de vodka, y las coloqué en mi bolso. Al bajar del auto me sentí un poco mareada —un sudor frío empezaba a correr por mi frente— subí las escaleras lentamente, y mientras subía conté los escalones uno por uno. Fui directo al estudio, saqué la botella del bolso y tomé un trago. Ya nada podía hacer, todo estaba hecho... había matado un hombre por culpa de mi rabia, y sobre todo gracias al imbécil de Oliver (Él debería ser ese hombre). Por un par de horas pensé en llamar a la policía y contar todo, pero algo dentro de mí decía que no lo hiciera. Podría correr con la suerte de que el crimen quede impune, pensaba. Sin embargo, mi cerebro (en piloto automá-

tico) cada vez que escuchaba una sirena, creía que ya venían por mí. Cuando era un poco más de las tres de la mañana, y con solo un poco de vodka, me sentí más tranquila, y después de darle vueltas a una idea en mi cabeza, pensé una y otra vez sobre lo que había hecho pocas horas antes. Llegué a la conclusión, que le había hecho un favor a la esposa de ese imbécil que ahora está muerto.

XX

Estoy forzada a hacerlo, creo que estoy simplemente condenada a seguir matando. Aquella voz en mi mente me lo pide, y antes que la policía me atrape, quisiera matar algunas personas que se ganaron mi odio y mi desprecio. Pienso que deberían estar muertas, sería mejor así, y debo asesinarlas, para no ir por ahí matando a cualquiera sin ninguna razón. Quisiera empezar matando al viejo decrepito, sádico y patán de la tienda portuguesa. Él debe morir y tener un final así —no sentiría ningún remordimiento— porque siento que le haré un favor a su pobre esposa. Dado ya el caso, y elegido el ganador de este “premio”, tendré que trabajar para ver cómo matar el decrepito viejo, sin hacer mucho ruido. Para cometer este tipo de asesinato, tengo que planearlo, estudiar hasta lo más mínimo, y hacer varios ensayos en mi mente de cómo debo ejecutarlo. Debo tener un plan ajustado a cualquier eventualidad que se pudiera presentar, no debo improvisar, ya que quisiera antes de que me atrape la policía o termine con mi vida yo misma, eliminar algunos bichos feos. No pude dormir en días después de lo sucedido, llamé a librería y renuncié. El lunes en la mañana salió la noticia del hombre que asesiné: su nombre era *Antonio Peril*, de cincuenta y seis años, y

encontraron cocaína y heroína en sus bolsillos. Era *dealer* de la zona, y ya tenía expedientes por venta de drogas y trata de blancas. No sé si fue por un golpe de suerte, o una señal del destino, que hice lo correcto y di mi aporte a la sociedad, eliminando a ese hombre. Entonces puedo seguir mi plan de aniquilar al viejo decrepito de la tienda. He pensado que mi arma hace mucho ruido, y ya que hasta un elefante se puede adquirir por internet, decidí comprar un silenciador para mi pistola, dándole un toque de elegancia a mis asesinatos.

XXI

Tomé dos botellas de vino mientras veía cada rincón de la tienda, percatándome de que no hay ninguna cámara de seguridad. Tomo una revista de farándula y un paquete de caramelos de menta, le entrego las cosas a la mujer del viejo decrepito, y en tono amable le digo: «¡Siempre trabajando!». Ella, con una mirada de cansancio, me responde que su único día libre es el domingo, y lo aprovecha para ir a la iglesia. Pagué y di las gracias a la mujer, saliendo de la tienda segura de que no existe alguna cámara dentro o fuera del local, que pudiese tumbar mi plan. Todo indicaba que el domingo estaba a mi favor para matar al patético viejo imbécil, haciéndole de esta manera un favor a su esposa y a la sociedad.

Caminé hacia una tienda de accesorios de mujer, ya que había decidido comprar algunas pelucas, pensando que sería lo mejor, para estar más segura de no ser atrapada antes de cumplir con todos mis asesinatos. Entré a la tienda con la cabeza gacha, mirando al piso, ya que estaba segura de que en todos los negocios del «*town*», tienen una cámara en la entrada, y no quiero dejar registro de mi rostro por ningún lado. Hice un recorrido tomando unos collares de perlas de imitación, unos lentes de sol grandes, fabricados en China,

y, una peluca gris. «¿Una despedida de soltera?» me preguntó la cajera. «Algo así», le dije sin mirarla. La mujer no hizo ningún otro comentario, y empacó todas las cosas en una bolsa plateada con el logo de la tienda. Pagué menos de cincuenta libras.

Al llegar al apartamento, vi una caja pequeña en mi puerta. «El silenciador», pensé emocionada, deseando colocarlo de inmediato en mi pistola y ver cómo le queda. Tiré las cosas encima de la mesa, busqué el arma, y como cualquier adolescente, abrí la caja haciéndola pedazos. Coloqué el silenciador, y aumentando el tamaño de la pistola, se ve elegante e imponente. ¡Qué fácil es encontrar cosas como esta belleza de silenciador por internet! dije en voz alta con la pistola en la mano, buscando una copa para tomar un poco de vino. Tomé un sorbo, y repasé en la mente varios escenarios. Pensé en cómo matar al viejo decrepito; quisiera ser la primera en entrar a la tienda, tomar un periódico, pagar con un billete de veinte libras, y justamente cuando esté buscando el cambio, sacar la pistola de mi bolso y pegarle un tiro en medio de los ojos. Tan solo una bala se necesita para terminar con la vida del viejo. Creo que tomaré algunos riesgos, ya que a esa hora sale la mayoría de los ancianos a pasear los perros, o comprar diarios, pero no me importa, el viejo morirá porque sí. Repasé una y otra vez en mi cabeza el plan, y tomé un sorbo de vino mientras es-

cucho lo que encuentro en la radio: Estaciono el auto en la esquina de la misma calle de la tienda, me coloco los lentes, ya que tengo puesta la peluca, tomo mi bolso negro, que es lo suficientemente grande para meter la pistola, camino con paso ni lento ni rápido, entro a la tienda (le daré los buenos días) tomo el periódico, le doy el dinero y disparo.

No pude dormir casi nada en toda la noche. Me calcé mis zapatos deportivos blancos y estoy lista para salir. Ya tengo todo en mi bolso, la pistola, la peluca y los lentes de sol. Preparé una taza de café y me arrepiento, pienso que necesito algo más fuerte para cumplir con mi cometido. Desde que maté aquel hombre, no he parado de beber un solo día. He comprado cajas de vino, whiskey y vodka. Termino el segundo vaso de vino, y tomo un *shot* de *vodka*, agarro el bolso, y salgo. Al cerrar la puerta, sale *Teresa* con ropa deportiva y audífonos blancos, solo me hace un gesto con la boca acompañado de una sonrisa hipócrita, y baja las escaleras primero que yo con cierto ritmo deportivo. Bajé pensando que estaba a minutos de convertirme en otra yo, en esa segunda mujer que llevo por dentro, que se dispone a hacer un bien a la humanidad, convirtiéndome en una heroína oculta. (Me pasó por la cabeza matar a *Teresa*, por antipática, y por no tener la delicadeza de quitar un audífono y gastar un minuto de su tiempo lanzando un «¡holá!», en vez de

hacer ese mohín con la boca, como diciendo que no soy tan importante para merecer su saludo)». ¡Quizás más adelante sí la mataré!

Encendí mi auto, y saliendo del estacionamiento, veo pasar una patrulla de policía. Mi corazón se aceleró un poco, pero me tranquilicé dejando mi mente en blanco. Encendí la radio y sintonicé música clásica, y aunque no sé nada de ese género, dejé el dial, mientras ensayo mentalmente lo que tengo que ejecutar en pocos minutos. Pasé por el frente de la tienda, y vi cómo el viejo decrepito estaba abriendo. Miré por el retrovisor y descubrí una calle desierta que le daba un *plus* a mi seguridad. Estacioné en la esquina de la calle, subiendo las dos llantas del lado izquierdo a la acera. Apagué el auto, me coloqué la peluca y aceleré el paso

Llegando a la tienda vi claramente cómo un hombre mayor, con bastón, salía lentamente. Bajé el ritmo de mis pasos y volteeé notando que nadie más venía. Entré y lo primero que penetró por mi nariz fue aquel olor asqueroso a tabaco rancio, mezclado con un perfume barato. Tomé el periódico con un chute de adrenalina, y el ciempiés caliente empezó a recorrer espalda. El viejo puso su mirada fija en mí, y me dio los buenos días. Le correspondí entre dientes, y le entregué el periódico, y un billete de veinte libras. Me miró fijamente por unos segundos, abrió la caja registradora, y pronunció las que serían sus últimas pa-

labras: «Su cara me parece conocida», dijo, buscando el cambio. Abrí mi bolso, saqué la pistola, y le disparé en todo el centro de la cabeza.

Vi claramente cómo la sangre manchó toda la pared, haciendo una obra de arte bellísima. Guardé la pistola y salí de la tienda con ganas del tamaño del océano, de correr y gritar de excitación, pero resistí las ganas y caminé hasta llegar al auto. Lo encendí y arranqué de vuelta al apartamento, haciendo una parada en la esquina de un semáforo, a tres cuadras de la tienda. Miré el retrovisor, y noté que no me había quitado los lentes ni la peluca. Una mezcla de emociones corría por mi cuerpo. Con un vaso de vino y dos tostadas de pan blanco untadas con mermelada, celebré el arribo mi nueva yo, y que había un bastardo menos en este mundo.

XXII

Cuando murió mi madre, empecé a hacerme pequeños cortes en mi pierna sin ninguna razón, en busca del dolor. Pero me gustaba ver pequeñas gotas de sangre salir de mi cuerpo, y aquello producía en mí una descarga de adrenalina, mayor que cuando le robé a mi padre un billete de veinte libras durante un verano. Pero esto de usar mi pistola, ponerla en acción y gastar una bala en la cabeza del viejo decrepito, me proporcionó más adrenalina de la que nunca había sentido, y un alivio psicológico sabiendo que ya estaba muerto. He pensado muy bien mi siguiente movimiento, y después de unas cuantas copas de vino y un «*filet mignon*» —acompañado con una salsa de carne, puré de papa y zanahoria al vapor—, tengo una cena memorable, celebrando mi segundo asesinato. He llegado a la conclusión, que mi siguiente víctima debe ser *Samir Arlisco*, el esposo de Amanda. Tiene que morir, por todas las razones que ella misma ha lanzado de su boca. Creo que es un motivo justo, por el cual ese ser debe desaparecer.

Sentada con una copa de vino y mi laptop, pienso como podré emboscar a *Samir*. Dando vueltas en mi cabeza por algunos minutos después de abrir otra botella de vino, recuerdo esa cosa llamada «*Facebook*».

Pienso que es la mejor vía para atrapar un mujeriego maldito como *Samir*. Sin perder tiempo, creo una cuenta, puse como nombre *Geta Bet*: tengo veintiocho años y vivo en «*Mayfair*». Tomé una foto en *Google* de una chica, la subí al perfil, y listo, ya estaba creada la cuenta. Lo encontré en cuestión de segundos, y lo reconocí gracias a que todavía conserva en su “muro” algunas fotos con Amanda. Mandé una solicitud de amistad, pero me impacienté al ver que no confirmaba mi solicitud. Pasados treinta minutos, envié un mensaje diciendo ¡Hola! Segundos después, *Samir* respondió:

—Hola ¿te conozco?

—No, pero podemos conocernos—le respondí—tratando de no perder el tiempo.

—Por supuesto—dijo Samir— y pensé: ¡Ya cayó!

—Estoy buscando hacer amigos, vi tu foto y me pareces atractivo—le dije.

—Tú también eres muy atractiva, me encantaría ser tu amigo—exclamó *Samir*.

—¿Eres casado? le pregunté, mientras tomaba un sorbo de vino.

—No! respondió el imbécil.

—No es mi estilo, pero me gustaría conocerte en persona, escribí.

—A mí también, ¡y mucho! dijo él.

—Pero sería algo de muy bajo perfil, porque tengo no-

vio y es muy celoso, pero hoy estoy de suerte porque está de viaje, le dije, esperando la respuesta perseguida.

—¿Nos vemos hoy? preguntó.

—Sería buena idea, y nada más pensar que voy a conocer un hombre como tú, me excita mucho, dije para emocionar un poco al imbécil.

—A mí también me excita, muñequita. ¿Dónde nos vemos? respondió, usando ese maldito diminutivo que odio tanto.

—Podemos vernos a las once en «*Green Park*» y caminamos hasta *Mayfair*, donde está mi departamento. Así podremos tomar algo y conocernos bien, le dije pensando que ya era mío.

—Excelente idea, ¿En qué parte de *Green Park* te veo?

—En todo el centro del parque, le dije, visualizando cómo iba a hacer mi contribución a la humanidad.

—¡Perfecto! Hasta las once mi muñequita, dijo *Samir*.

—Hasta las once, *see you soon*, le dije odiándolo dos veces por el maldito diminutivo.

La fortuna es como una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sube a quien derriba ni baja a quien ensalza. Yo soy esa mujer borracha, pero solamente buscando derribar aquellas personas que lo merecen. Los recuerdos más estables de «*Green Park*» son de cuando fui con mi madre y mi padre a los trece años, en aquellos momentos felices. Hago una pequeña conjura en mi mente, de cómo

matar a *Samir*. Es obvio que no debo ir en mi auto, pienso que es más seguro moverme en tren —a la hora acordada no se consigue muchas personas en el tren y en el parque— esto será algo sencillo que no llevará ninguna complicación. Decidí comer un poco para evitar la maldita acidez. Tomé un baño, me coloqué ropa limpia y elegí una chaqueta negra de cuero con grandes bolsillos, donde cabe perfectamente la pistola. Cada vez que escucho una sirena pienso que vienen por mí, y empuño el arma hasta que desaparece la sirena. Revisé el buzón del correo y me conseguí con un sobre amarillo, contentivo de los papeles del divorcio. Lo coloqué otra vez en el buzón y lo cerré, pues no me importa ni quiero saber nada sobre el maldito Oliver por ahora, en algún momento le llegará su fin también.

Debo centrarme en *Samir* y cómo hacer una ejecución limpia. Tomé el «*underground*» y haciendo un leve cambio de planes, a mitad de camino decido ir a *Oxford Street* para comer, y hacer unas compras como una mujer normal y corriente. Compré los tres periódicos más relevantes de *Londres*, los revisé minuciosamente, sin conseguir noticia alguna sobre la muerte del viejo decrepito. Me da cierto aire de satisfacción, saber que he hecho un buen trabajo. Llegué a *Oxford Street*, hacía mucho que no venía, me parece que nada ha cambiado, después de tropezar con muchos asiáticos turistas.

Aunque mi comida favorita es la italiana, quiero darle una oportunidad a un restaurante de carnes que queda a unas cuantas cuadras de *Piccadilly*. Esperé en el bar del restaurante, mientras el mesonero ubicaba una mesa disponible para mí. Sin perder mi religión, pido una copa de vino, ya que no quería pedir una botella por el compromiso que tenía presente. El mesonero sin saber quién soy, me trata con una elegancia tal, que me hace creer que soy de la realeza.

Decidí llegar antes de la hora acordada, para darle una doble vista al parque y asegurarme que todo salga bien. Asegurarme de que no esté cerca ninguna cámara de seguridad que haga ver mi rostro, dañando toda la génesis de la idea. Llego a *Green Park Station*, camino algunos pasos, y el plan inicial de cómo había visualizado matar a *Samir*, toma rumbo a una nueva configuración, al ver unas bicicletas de alquiler. Pienso que es una forma elegante, juvenil y hasta de película, matar a *Samir* montando bicicleta. Monto en una, y le doy una vuelta al parque.

Es un poco más de las diez y veinte de la noche —el parque está desértico—, y en el momento que estoy pasando por el centro del parque, donde acordé encontrarme con *Samir*, me viene a la mente un detalle que se me había escapado: mi conversación con él en *Facebook*. Eso pone en riesgo todo lo que estoy construyendo, y no quisiera que me atraparan has-

ta lograr asesinar a todas las personas que quiero, o, mejor dicho, a las personas que se lo merecen. Al pensar un momento lo de mi conversación con *Samir*, saqué la pistola y la coloqué en el bolsillo de mi chaqueta. Tomé un sorbo de una botellita de vino que venden en cualquier tienda, consulté mi reloj, y me dijo que faltan solo cinco minutos, para que mi siguiente aporte a la sociedad se consuma. Espero sentada en un banco del parque a pocos metros del sitio que acordamos, y me aseguro de que mi pistola esté lista para disparar. Veo un hombre a lo lejos, de traje negro, con aspecto de gerente de banco, y gracias a mi buena vista (que he conservado por los buenos genes que heredé de mi madre), logro ver que se trata del imbécil *Samir*. Veo que todo el parque se mantiene solo como hace una hora, y sonrío montando la bicicleta, viendo que todo va a salir de acuerdo a lo planeado. Pero no “canto” victoria, todavía no llega el sublime final. Faltando algunos metros saqué mi pistola, mientras *Samir* escribía en su móvil — seguramente me escribía a mí— jalé el gatillo y pude ver cómo un bello proyectil entró por su nuca. Guardé mi pistola, y seguí pedaleando sin mirar atrás. Solo pude escuchar un apagado gemido, su cuerpo caer.

XXIII

El cuerpo de *Samir* ha sido encontrado, y tanto la prensa local como la nacional, causan una pequeña intriga sobre el asesinato. Todos los artículos dicen que el caso está bajo investigación, es decir, nada del otro mundo como para alarmarme. Matar debería ser algo habitual, nada especial. No tengo ningún deseo de ser parte de esta sociedad, eso no me preocupa, y pensando un poco más en frío y bajando aquel chute de adrenalina que me produjo matar a *Samir*, viene a mi mente mi siguiente contribución a la humanidad. El siguiente debe ser (y será) Eugenio Chirinos, ese ser morboso y sádico que quiso tomar ventaja con Mariana. La única información que recuerdo sobre él es que su consultorio queda al lado del de ella. Los asesinatos con armas de fuego han aumentado, dice un periódico, pero lo que no dice es que son personas inocentes que no deben morir. Recuerdo un caso en dos mil catorce, cuando asesinaron a una adolescente que caminaba por el *Tottenham*. Los disparos que salieron de un auto en marcha, la dejaron sin vida en el sitio. ¡Eso sí es un asesinato cruel! no lo que yo hago, lo que hago es un favor a la sociedad y un obsequio a mi estado mental. No tengo deseos de ser parte de esta sociedad con cánones estúpidos.

Quiero hacer algo diferente con Eugenio, tenerlo en mi poder, y hacer una castración química, pero no como se hace en *Estados Unidos*, que es un método con pastillas para reducir la libido. Mi idea va más allá, quiero colocarle un ácido en su pene, o simplemente castrarlo con un cuchillo. Y ya que esto no puedo llevarlo a cabo por cuestiones razonables, además de que no quisiera arriesgarme y cometer un error que lleve a que me atrapen antes de tiempo, le daré al morbosos sádico de Eugenio, una muerte rápida y sin dolor, cosa que no merece. Han pasado dos días desde que maté a *Samir*, y todavía siguen apareciendo reseñas en los periódicos que leo, y que no son más que lo mismo. El extraño asesinato tiene intrigada a la prensa, una buena señal de que hice bien mi contribución. Suena mi teléfono y es Mariana, no quiero contestar ni hablar con ella, pero a los pocos minutos insiste y atiende.

—Hola, ¿estás bien? Me he enterado de todo, Oliver me lo ha contado todo, me dijo con un tono lastimero.

—¡Estoy mejor que nunca! me alegra escucharte, le dije, y aun cuando creo que ella piensa que le estoy mintiendo, la verdad es que nunca me había sentido mejor.

—Quisiera verte, hablando otra vez con el maldito tono de compasión.

—Yo también, le dije, pero mentí, no la quiero ver, no quiero someterme a preguntas psicológicas, y aguantar su psicoanálisis. No tengo tiempo para eso, debo estar enfocada en mi objetivo de asesinar al hombre que la trató como una prostituta.

—¿Qué te parece si cenamos esta noche?

—No puedo, tengo una cita, le dije en tono alegre.

—¡Qué rápido te has repuesto de tu separación! me alegra mucho.

—Mañana te llamo para planear cuándo vernos, le dije mintiendo nuevamente, pues no la voy a llamar.

—¡Perfecto! exclamó.

—*Bye*—le dije para terminar la llamada.

Una cita, pero con Eugenio, una cita con mi pistola, mi peluca y mi chaqueta larga de cuero. Desde que maté a *Samir* con ella le he tomado cierto cariño, y al ponérmela con el peso que la particulariza siento un *plus* de confianza. Busco a Eugenio por el *Facebook* y es fácil reconocerlo, por la información que aparece en su perfil. Veo su foto: hombre de cabello castaño, nariz grande, y pómulos redondos. Decido ir a el edificio donde está su consultorio, a riesgo de encontrarme a Mariana, ya que voy sin peluca, como una paciente más. Está lloviendo, ya para mí no es importarte el tiempo, me da igual si llueve o hace buen tiempo, esos días terminaron; ahora lo más importarte es cumplir con mi misión. (Ya entendí que mi mi-

sión en este mundo es hacer lo que estoy haciendo) Constató que el consultorio de Eugenio queda en el segundo piso, y aunque no me gusta, tomo el ascensor. (Hay cosas que antes no me gustaban, y ahora sí). Ubico el consultorio del sádico, verifico nuevamente con una mujer joven —que supongo es su secretaria— y efectivamente es el que busco. La muchacha me dice que el doctor trabaja hasta las seis de la tarde, y que las consultas se deben reservar con un anticipo de dos días. Le agradecí y di media vuelta. Era todo lo que necesitaba saber, después de las seis la suerte de Eugenio está en mis manos.

Suelo comer poco y beber mucho, salgo del apartamento ya con todo listo, la chaqueta negra, el arma lista y la peluca y mis lentes en el bolso. Enciendo el auto y enciendo la radio, estaciono en el único parqueadero de la zona, veo mi reloj y ya es la hora. Bajo y acelero el ritmo de mis pasos, toco mi cabeza y noto que olvidé la peluca. ¡Qué mierda! Pienso y sigo caminando, y al cruzar en la esquina, veo aquel hombre de cabello castaño, nariz grande, y pómulos redondos. Viene en dirección a mí, trae consigo un maletín de mano, color marrón. Lleva puesto un traje azul, sin corbata, y unos zapatos que hacen juego con su maletín. Me pasa por un lado y sin mirarlo volteo la cara y lo sigo. Dos rabinos con bolsas de supermercado caminan en dirección contraria, abro el bolso y tomo

la pistola para colocarla en el bolsillo de la chaqueta, lista para disparar. Aunque pensé que debía planear cada uno de mis asesinatos, este no fue planeado. Fue un golpe de suerte o quizás simplemente el destino de Eugenio. Caminaba en dirección al estacionamiento donde está mi auto, reduje el ritmo de mis pasos, y volteé a mirar si no vienen personas atrás. Quería disparar al instante, y lo que más me daba seguridad de que todo saldría bien, es que la calle estaba sola, muy sola para ser miércoles, pero quizás los astros están a mi favor. Eugenio sacó su celular y comenzó a hablar, caminé lentamente, dejando unos cuantos metros de distancia, entramos al estacionamiento caminando en dirección contraria a dónde está mi auto, y al ver que sacó de sus bolsillos las llaves de su auto, di una pequeña carrerita. Sacando mi arma le grité: ¡Doctor! Cuando volteó, le disparé en su pene, y lo rematé con un tiro en la cabeza. Quedé extasiada unos instantes, viendo la brillante sangre manchar las rallas amarillas del estacionamiento.

XXIV

He matado al viejo decrepito, a *Samir* y a Eugenio, nada mal, y creo que le ha llegado la hora al hombre que se ganó mi odio por no haberme dado el puesto que merecía en la librería. Es hora de matar a *Crisek*, y ya que aguanté las consignas sádicas y asquerosas de *Jhon*, él tiene que morir también. Es una ventaja que los crímenes que he cometido, no los estén vinculando con un asesino en serie. Ya que tengo conocimiento de cosas claves respecto a *Crisek* y *Jhon*, estos asesinatos serán como soltar un disparo al aire. *Crisek* todos los viernes visita la librería una hora antes del cierre, revisa que todo marche bien, y cierra. Luego camina con *Jhon* hasta un pub que está a dos cuadras. *Crisek* por su gran tacañería, estaciona su auto en una calle clandestina para no pagar estacionamiento, y vuelve a su casa en tren. No debo dejarme ver por *Crisek* ni por *Jhon*, ya que, aunque me coloque la peluca, creo que me puedan reconocer. Diariamente compro casi todos los periódicos, y ninguna noticia de Eugenio todavía. (Quizás no es tan importante la muerte de un sádico y patán como él). Tengo dos llamadas perdidas de Mariana, pero no quiero hablar con ella, ya hasta me parece fastidiosa. Esto de matar me ha gustado más de lo que creí, y

lo que más me hechiza es que mis asesinatos se están quedando impunes, ¿o será que saben que estoy haciendo lo correcto? Y es que, así como uno mata a un insecto asqueroso que se atreve a entrar a la casa, así estoy matando estos insectos asquerosos y repugnantes que no deben existir. Nunca he matado a una mosca, ni voy a hacerlo, es decir, pienso que las moscas no tienen la culpa de haber nacido moscas, pero estos asquerosos que he asesinado, ellos sí eligieron ser asquerosos y repulsivos.

Es un poco más de las siete de la noche, y curiosamente he acabado doce botellas de vino en una semana, estoy algo impaciente, pero no es por el vino, sino por las ganas de matar. Es como el pintor que no puede dejar de pintar un día, o el vicioso que no puede dejar de consumir cocaína un día. Así me siento, esto de matar se ha vuelto un vicio, pero no un vicio maldito, yo lo llamaría un vicio delicioso, y tan solo pensar que faltan veintidós horas para poder accionar mi pistola, me desespera. Salgo a comprar vino y llevo la pistola, manejando con dirección al supermercado más cercano. Viene a mi mente algo hermoso e inteligente: recuerdo aquel cerdo de la tienda brasileña, que, gracias a su broma con la caca de su perro, boté una de mis zapatillas favoritas. A veces salir y tomar un poco de aire fresco es bueno para la memoria y la creatividad. Llego a la calle de la tienda, manejo

suave, algunos autos me rebasan, y veo uno que otro en dirección contraria. Me estacioné a pocos metros de la tienda, y no sé si tengo suerte, o solamente son los dioses otra vez conspirando a mi favor. Veo cómo la mujer que trabaja con el gordo sale de la tienda, y voltea el letrero, que ahora dice: cerrado. Saco el arma y la dispongo lista para disparar, y la coloco en mi chaqueta. Bajo del auto y camino mirando la calle, que está perfecta para hacer nuevamente mi contribución a la sociedad. Empujo la puerta de la tienda, y el gordo estúpido levanta la cabeza y me dice: Disculpe, señorita, ya estamos cerrados. No le respondí y seguí caminando hacia él, saqué mi arma y le disparé en la cabeza. De inmediato cayó al suelo, di la vuelta y lo rematé con un disparo en el pie derecho. Lo pateé en el culo, lo escupí y le dije como si fuera capaz de escucharme: ¡Esto es por mis zapatillas, maldito! Un perro salchicha salió de la nada, y comenzó a lamer la sangre del gordo imbécil. Salí de la tienda como si fuera un cantante después de su presentación en «O2 Arena», como si fuera un actor después de ganar un «Oscar». Creo que nací para esto, ahora sí puedo ir al supermercado a comprar algunos vinos y unos quesos, y pensar en mi encuentro de mañana con *Crisek* y *Jhon*.

Como todas las mañanas, compré la prensa, un café, y caminé de vuelta a mi departamento. Tomé un sor-

bo de *latte* y me senté a leer los periódicos. Ya llevo cinco asesinatos—, y no sé si seguir llamándolos así, creo que es mejor llamarlos contribución, mi granito de arena para ayudar al mundo. He decidido que después de terminar con *Crisek* y *Jhon*, debo ir en busca de aquel hombre italiano tacaño y usurero, dueño del restaurante; debe ser eliminado también.

Durante todo este tiempo no he recibido ni una sola llamada de Oliver, ya no siento la misma rabia que sentí por él, ahora siento una especie de lástima y me compadezco, creo que debe tener algún problema psicológico, y en vez de matarlo, pienso que es mejor dejarlo que sufra con el troglodita de su padre y la venenosa de su madre. No siento ganas de comer carnes rojas, y me someto a una dieta a base de vegetales y pescados, y vinos tinto y blanco. Mi oído se ha ido afinando más hacia la música clásica, coloco un «Quinteto para clarinete, de Mozart» y visualizo en mi mente cómo debo ejecutar con mi pistola a *Crisek* y *Jhon*. Esperar a que se emborrachen, y en el momento que salgan del bar a hacer lo que la mayoría de imbéciles después que salen del pub hacen, (comprar en cualquier tienda de comida papas fritas con salsa), en ese momento, un tiro para cada uno y listo, sentiré que mi día estará hecho. Antes me costaba mucho tolerarme y tolerar la idea estúpida de Mariana de comenzar este diario en mi laptop. Ahora siento que no

puedo pasar un solo día sin escribir en mi laptop; es como hablar en silencio, soy mi propia cómplice.

Pido un café en una cafetería que queda a doscientos metros de la librería, sentándome en la mesa que colocan fuera, donde tengo una visual perfecta para ver cuando salgan los dos idiotas. Una chica muy simpática con un bello rostro y una piel muy cuidada, me da el menú preguntándome si quiero tomar algo. «Un café espresso», le dije, sin dejar de mirar a la librería. —Pagué el café antes de tomarlo, para estar lista en el momento que salgan *Crisek* y *Jhon*.

Eran las cuatro y cincuenta de la tarde. Veo a una mujer salir de la tienda, «deben estar por salir» pienso, y le doy un sorbo largo al café, dejando tan solo uno pequeño para terminarlo a la hora de irme. Volteé la mirada hacia una pareja que pasaba caminando tomados de la mano, y se detuvieron justamente al frente de mi mesa. El hombre le dio un beso largo a la mujer mientras ella lo abrazaba. Aquella escena algunos meses atrás me hubiera resultado romántica y bella, pero ahora me parece repulsiva, asquerosa, falsa... y pensar que en pocas horas pueden estar insultándose o maldiciéndose. Sale *Jhon* y lo sigue *Crisek*, tomo el último sorbo de café, le doy las gracias a la chica de la cafetería, y comencé a caminar lentamente, dejando unos metros razonables de distancia, pero teniendo el manejo visual de los dos. Veo cómo *Jhon* articula

sus manos mientras habla con *Crisek*, seguramente hablan de cualquier estupidez, o cualquier mujer que entró a la librería con las nalgas redondas y grandes. Cruzan a la derecha tomando la calle «*Thorme road*» y entran en un pub llamado «*Canton Arms*». Espero algunos minutos dejando que pidan y se acomoden en una mesa, o simplemente estén en la barra parados, viendo un televisor como todos los hombres hacen al entrar a un pub.

Veo entrar más personas que las que salen, entro al pub mirando al suelo, tratando de no llamar la atención, subo la mirada y no logro ver a ninguno de los dos. Voy a la barra y pido una cerveza —no suelo tomar cerveza, pero el ambiente me contagió un poco— estaba comenzando la segunda mitad de un partido de futbol (nunca me gustó el futbol, ni me gustará) Camino a un rincón lejos del televisor, el pub tiene algunas mesas afuera, y adentro las típicas de madera y sillas muy bonitas que combinan con el piso. Me senté en una mesa, tres hombres y una mujer están en una mesa opuesta a mí, y al pasar unos quince minutos una mesonera les trajo algunos platos de comida. No logré ver muy bien lo que pidieron, pero por encima se veía espectacular la comida. Tomé un sorbo de cerveza y todavía no logro ver a mis víctimas, en el pub hay una cantidad considerable de personas, pero no me desespero y tomo la cerveza hasta el fondo. Pido otra apro-

vechando que la pequeña mesa donde estoy sentada, se ubica casi pegada la barra.

Por fin logro ver a *Crisek* y *Jhon* que llegan al otro lado de la barra, y observo cuando *Jhon* pide dos cervezas. Le doy otro sorbo a la mía, y pienso «que la paciencia tiene que ser la protagonista». Siento esa sensación rara de que alguien me mira y al voltear, veo a un hombre que está justo a mi lado, mirándome de arriba abajo. Tiene que ser un cerdo, hijo de perra, buscando sexo, pensé. Le lanzo un «¡Hola!» tímido, y a la vez coqueto, ya que debo buscar nuevos contribuyentes para mi causa. Lo invito a que se siente conmigo, conversamos mientras él trabaja en la técnica de todos los hombres; es decir, tratar de emborracharme. Le di mi número, y él me dio el suyo, lo grabé en mi celular como «*El siguiente hijo de perra*». Si no tuviera que terminar con *Crisek* y *Jhon*, lo mataría primero.

A las nueve y diez de la noche, salieron *Jhon* y *Crisek* del pub. Me despedí del imbécil que conocí, dándole un beso en la mejilla, donde comienza el labio, para captar su atención y conseguir llevarlo a que me llamé; así de básicos son los malditos hombres. Por la forma de caminar, *Crisek* está más borracho que *Jhon*. Comienza a caer un rocío de lluvia que va aumentando cada vez más, saco la pistola de mi bolso y la coloco “montada” en el bolsillo de mi chaqueta. Cuando

llego a esa escena, comienza a correr la adrenalina en mi pecho, excitándome. Aumento el ritmo de mis pasos, buscando acercarme más a los dos imbéciles, para consumir el hermoso acto de matar. Cruzan y toman un «*Footpath*» que los lleva a pocos metros de la estación de taxis, haciendo todo más fácil para mí. Me apresuro y mis ganas aumentan con cada paso, saco la pistola de mi bolsillo a pocos metros de *Crisek* y *Jhon*, y gracias al alcohol no notaron que me acercaba. Dejé que mi dedo deslizara suavemente el gatillo hacia atrás, y el primer disparo fue para *Crisek*. El segundo fue para *Jhon*, a quien la bala le entró por una oreja, ya que su reacción fue voltear al ver a *Crisek* desplomarse. Giré en mis talones, y caminé rápido con la cara mirando al piso, tratando de que, si alguna «camarita» estuviera por ahí, (donde no pudiera verla) solamente vea mi peluca gris. Siento una especie de excitación que toma control de todo mi cuerpo, y empieza a reproducirse cada vez que recuerdo el hermoso acto que acabo de ejecutar.

Caminé de vuelta al pub a ver si lograba conseguir aquel imbécil que conocí, para jugar con él una hora y después clavarle una bala; pero al entrar al pub ya no estaba. Tomé una cerveza y llamé un taxi, no quería volver al departamento manejando. Subí al taxi y el hombre comenzó a conducir, cuando de repente dos autos de policía y una ambulancia a toda velocidad

nos pasaron, por un lado. Era señal de que ya habían encontrado a los hijos de perra. «La vida se torna más peligrosa todos los días» le digo al taxista, el hombre me da la razón y sigue manejando. A mitad de camino me dieron ganas de cenar comida italiana, acompañada de un vino blanco. Vino a mi mente la deuda que tiene ese hombre odioso y maldito del restaurante nuevo, que con tanta ventaja y maldad toma las propinas de sus empleados. Y ya que ya estoy en tono, debería matarlo hoy. Indico la nueva ruta al hombre del taxi, y ensayo en mi mente cómo debe morir el maldito tacaño.

XXV

Creí que iba a ser igual que todos los sábados, viendo cómo pierdo mi tiempo y dinero en el billete de lotería. Raspo el primer cuadro y sale «50 mil». «Listo, me jodí», pensé. Sigo raspando sin ánimo y mirando qué podría llevarme a mi estómago, hasta que descubrí los otros dos que necesitaba para ganarme los «50 mil». Me quedé por algunos segundos pasmado, sin saber qué hacer, mirando fuera de mi remolque. Así duré unos segundos, en silencio, pensando que a lo mejor era un sueño, pero al pasar algunos minutos vi que no lo era. Me vestí y fui enseguida a cobrar el dinero, pensando que por fin había llegado la hora de hacer los viajes que tanto he deseado, y dejar el «maldito circo» de una vez por todas.

El hombre de la tienda donde compré el billete, me dice que tengo que ir a la oficina principal para cobrar el premio, me felicita, y me da la dirección. Sin pensarlo tomé un taxi, revisé mi billetera viendo si estaba mi tarjeta de banco, (algo que nunca utilizo), revisé mi *ID* y todo estaba en orden. Tomé mi teléfono y llamé a mi padre, diciéndole que no podría trabajar, que después le explicaba el motivo. Con mi gigantesca emoción, igual a cualquier edificio de *London*, con manos sudorosas, además, entré a la oficina

donde tendría que cobrar el premio. Empecé a sudar más cuando me tocó firmar algunos papeles antes de recibir el dinero, por cargos administrativos e impuestos. Me entregaron un cheque de 47,550 libras, un hombre calvo con traje negro me felicitó, e hicieron que me tomara una foto con él, sosteniendo un cheque más grande que yo. Salí de la oficina, doblé el cheque y lo metí en mi bolsillo, asegurándome cada dos segundos que se mantuviera ahí. Caminé algunas cuadras, hasta que por fin tomé un taxi hacia cualquier agencia del *Lloyds Bank*, donde tengo una cuenta con algunas libras. El camino me pareció rápido, ya que no dejé de pensar en los lugares que me esperan. Después de unos veinte minutos y otras felicitaciones del subgerente del banco, salí deseoso de celebrar. Saqué doscientas libras del cajero automático, y recordé que Chelsea y *Liverpool* se enfrentaban. Y sintiéndome como el hombre más afortunado del mundo, busqué cualquier pub con televisor. Me gané un premio en la lotería, y un buen partido de fútbol para celebrar. ¿Qué más puedo pedir? pensaba mientras caminaba sin rumbo en búsqueda del partido televisado. Desde lejos pude ver algunos hombres con la camisa del «*Chelsea*». Entré al bar, el ambiente está como siempre cuando un partido de fútbol casi comienza. Compré una cerveza, y en ese momento comenzó el partido, pero en una especie de conju-

ro, solo pienso en París y sus calles, en el tradicional pan, y en que al fin conoceré la *Torre Eiffel*. Todo me parece que pasa muy rápido, y el primer tiempo del partido se termina justo cuando voy a comprar una cerveza. Veo una mujer que está justamente a mi lado, y sonriendo me dice: «¡*Hola!*» le respondí con otro «¡*Hola!*». De inmediato, la mujer me invitó a sentarme con ella. Me gané un dinero en la lotería, vi un buen partido de futbol, y ahora una mujer me invita a que me siente con ella, eso es una evidencia irrefutable de que mi suerte ha cambiado, pensé tomando un sorbo de cerveza largo. Emocionado, empiezo a tomar con cierta velocidad mi cerveza, terminándola en dos tragos. Ella me sigue el ritmo, pero puedo notar que está un poco distraída, como si buscara a alguien. Repentinamente me dijo que debe irse, e intercambiamos los números de nuestros teléfonos, prometiendo que mañana me llamará para vernos. Me dio un beso en la mejilla, asomándose a mis labios, y se marchó. Su nombre es *Geta Bet*, y aunque me pareció un poco extraña, es una mujer muy sexy. Me enjuague mi mente con su cara esperando el encuentro con ella en el mismo pub.

CAPÍTULOS

I	7
II	21
III	37
IV	43
VI	57
VII	61
VIII	67
IX	77
X	83
XI	89
XII	97
XIII	107
XIV	113
XV	119
XVI	127
XVII	133
XVIII	139
XIX	149
XX	155
XXI	157
XXII	163
XXIII	169
XXIV	175
XXV	185

Este libro se diseñó y exportó para su publicación en Amazon el día 3 de julio de 2021, en el Taller Editorial del poeta Luis Perozo Cervantes, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en el continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 1810 en que naciera el poligrafo Rafael María Baralt

www.sultanadellago.com